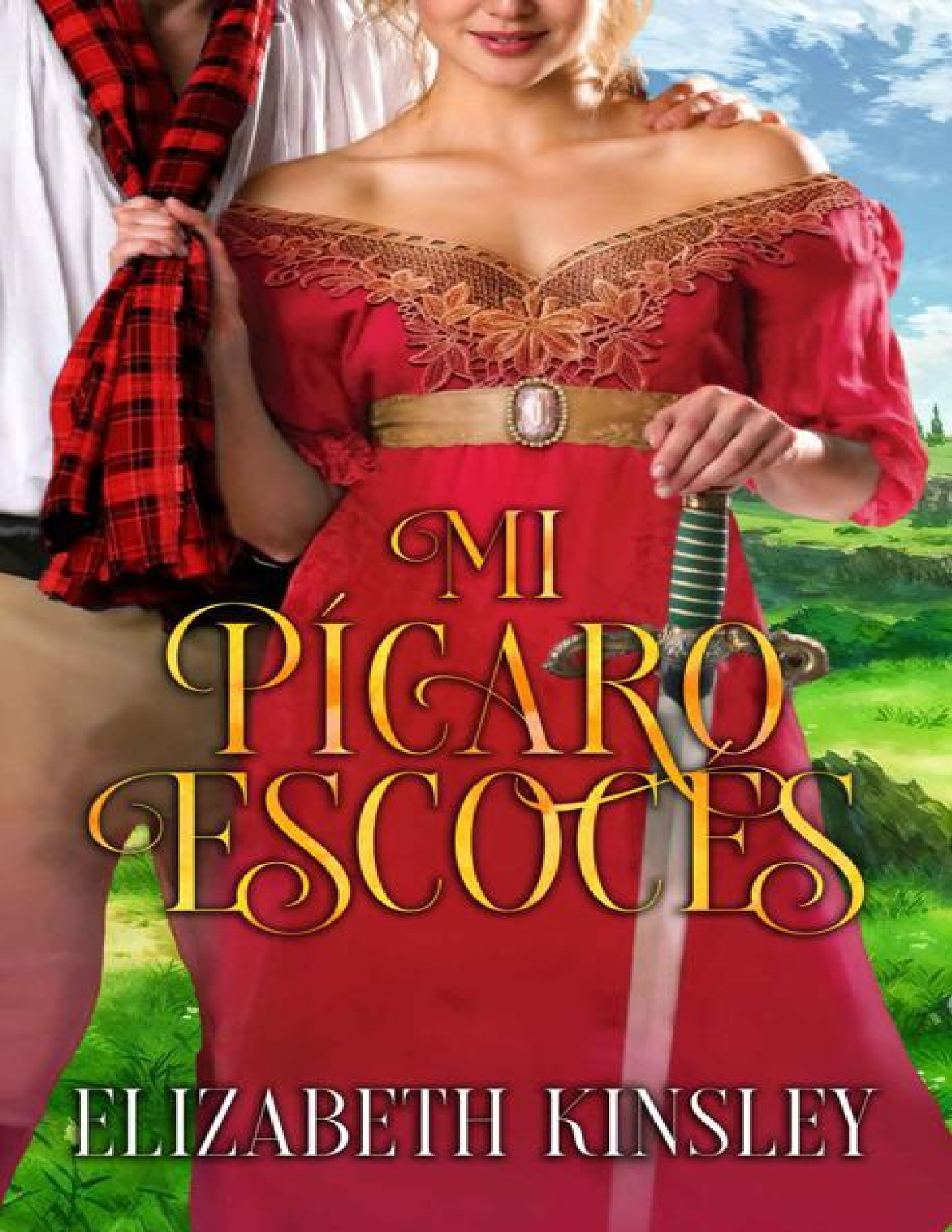

MI
PÍCARO
ESCOCÉS
ELIZABETH KINSLEY

MI PÍCARO ESCOCÉS

ELIZABET KINSLEY



Copyright 2024 de Elizabeth Kinsley

- Todos los derechos reservados –

Romance Histórico

Libros de Afrodita



Sinopsis

Él fue su primer amor, y ahora pretende que sea la institutriz de su hijo… ¿Y además quiere que olvide que nunca dejó de amarlo?

Hace diez años Sabrina Bingley se enamoró de un pícaro escocés que acabó rompiéndole el corazón al marcharse y casarse con otra. Ahora, el muy canalla, al saber que tras la muerte de su padre se ha quedado en la indigencia, le ofrece un puesto como institutriz en las Tierras Altas Escocesas.

Pero está muy equivocado si cree que va a caer rendida a sus brazos nada más verlo.

Por su parte, Nial MacGegor nunca la ha olvidado y está deseando volver a tener ante él a la dulce muchacha que, años atrás, le robó el corazón. Pero esa mujer no es la que se presenta ante él. Sino una decidida inglesa que no está dispuesta a darle una segunda oportunidad.

¿Podrá su pícaro escocés volver a conquistarla, o Sabrina habrá endurecido demasiado su corazón?

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Notas

Capítulo 1

Aberdour

Tierras Altas de Escocia Mayo de 1780

La magnificencia de la primavera en las Tierras Altas escocesas salpicaba la campiña, cubriendo los prados con un alborotado mosaico de amarillo, verde y púrpura. Sabrina Bingley contempló con curiosidad el espectáculo a través de la polvorienta ventanilla del carruaje, pensando que Escocia no parecía tan bárbara bajo la brillante luz del sol. Pero no era el paisaje lo que la tenía preocupada.

Era él, Nial MacGregor. El granuja escocés y su futuro patrón.

Entrecerró los ojos y entornó los ojos en la distancia, esperando a que aparecieran las famosas torretas gemelas de Caisteal na Mara o Castillo junto al Mar. Este sería su nuevo hogar, al menos temporalmente. Durante años su abuelo había hilado cuentos deliciosos y aterradores sobre los habitantes del castillo.

Acurrucada en una esquina del carruaje, por lo demás vacío, Sabrina miró por la ventanilla y se agarró desesperadamente al asiento. El carruaje se balanceaba tanto que estaba segura de que un vuelco era inminente. Su estómago cayó cuando el camino serpenteó alrededor de una empinada colina, revelando un precipitado acantilado rocoso a un lado. Atreviéndose a una

mirada hacia abajo, pudo ver las olas rompiendo contra una playa sembrada de cantos rodados. Las gaviotas chillaban en el cielo mientras volaban en círculos, casi como si le lanzaran un grito de advertencia.

El carruaje continuó su peligroso recorrido hasta que, de repente, el castillo se alzó ante ella. Sabrina se quedó sin aliento al ver la imponente fortaleza de piedra. Rodeada por una gruesa y alta muralla por un lado y por la defensa natural de los acantilados por el otro, las únicas edificaciones visibles que pudo ver fueron las torrecillas gemelas que sobresalían en las esquinas noreste y sureste.

Por fin las ruedas se detuvieron bruscamente y Sabrina se asomó por la ventanilla. Estaban a punto de cruzar un puente que conducía al imponente castillo. Arqueó el cuello, mirando hacia la impresionante estructura justo cuando su conductor tiraba hacia delante para cruzar el puente y entrar en el patio lleno de baches.

La puerta se abrió y el canoso conductor le tendió la mano.

—Espero que el viaje no haya sido demasiado duro para usted, señorita. Bienvenida a Caisteal na Mara.

Ella se apeó, queriendo caer de rodillas y besar el suelo, agradecida de seguir viva. Pero en lugar de eso sonrió amablemente.

—Se lo agradezco, señor.

Volvió a colocarse firmemente el bonete en la cabeza, recogiéndose unos mechones de su cabello castaño suelto y anudándose la cinta bajo la barbilla.

Una mujer de mediana edad con un delantal almidonado y un gorro blanco sobre el pelo apareció en la puerta del castillo. Le hizo un gesto con la mano a Sabrina.

—¿Señorita Bingley?

—Sí. —Sabrina caminó hacia ella—. ¿Es usted la Sra. MacDougal?

—Sí, lo soy. —El ama de llaves tenía una cara redonda y amable y a Sabrina le cayó bien al instante—. Confío en que el viaje no haya sido demasiado difícil.

Resistió el impulso de frotarse el dolorido trasero.

—Nos quedamos anoche en el pueblo, así que el viaje de esta mañana fue bastante breve. —No pudo evitar mirar el castillo, sintiéndose pequeña a su sombra—. Es una estructura bastante impresionante.

—Sí, lo es. Y os damos una calurosa bienvenida.

—¿De verdad? —murmuró Sabrina.

El ama de llaves debió oírla porque sonrió.

—No se preocupe, lass. Aquí se os tratará con justicia. Aunque para muchas de nosotras fue toda una sorpresa oír que el Sr. MacGregor había contratado a una inglesa. A veces, temo que el mundo se haya vuelto loco.

Sabrina no percibió ninguna hostilidad tras las palabras, pero algo en su tono le pareció extraño.

—¿No aprueba a una institutriz inglesa?

—'Tis no' mi elección para aprobar o desaprobar. Es simplemente inusual. Después de todo, fueron los ingleses los que nos robaron nuestras tierras, nos prohibieron tener un puñal y tocar la gaita. Sin embargo, aquí viene una lassie inglesa dispuesta a enseñar al joven maestro. No puede culparme por pensar que es un poco extraño.

—No le culpo. Es sólo que mi familia ha sido amiga de los MacGregor durante años. Por no mencionar que la guerra terminó hace cuarenta y cinco años.

Ella sacudió la cabeza.

—No por aquí. Venid, debéis de estar bastante cansada. Os mostraré vuestra habitación. —

Atravesó el umbral de la puerta.

Sabrina siguió a la mujer al interior del castillo. No pudo evitar quedarse embobada mirando el mobiliario mientras recorrían un largo pasillo. Muebles ornamentados se alineaban a lo largo del vestíbulo: elegantes sillas con cojines de terciopelo, hermosas mesas bajas y aparadores de madera. Las velas parpadeaban a lo largo de las paredes, sujetas por relucientes candelabros dorados. Gruesos tapices tejidos adornaban las paredes, acompañados de unos cuantos óleos enormes de personas que ella suponía que habían sido habitantes del castillo en el pasado.

Un precioso tapiz que representaba alguna feroz batalla llamó su atención y se detuvo a estudiarlo. Bárbaros a medio vestir con faldas de cuadros azules y verdes, medias y sin camisa, blandían espadas y dardos muy cerca. Recuperó el aliento cuando sus ojos se posaron en una de las figuras. Cabello negro, ojos azules llameantes y un pecho musculoso se habían congelado en el tiempo. La figura aferraba su puñal por encima de la cabeza, su rostro era una máscara de ira y violencia. El corazón le dio un vuelco en el pecho. Era la imagen de Nial MacGregor.

—¡Sabrina Bingley!

Casi saltó de sus zapatos al darse la vuelta. Fergus MacGregor, el patriarca de la familia MacGregor, salía arrastrando los pies de una habitación detrás de ella, apoyándose pesadamente en un adornado bastón de madera. Su pelo se había vuelto blanco desde la última vez que ella lo había visto, cinco años atrás, durante una visita que había hecho a Alnwick. Sus ojos seguían brillando con una feroz inteligencia y amabilidad. Al verle, la Sra. MacDougal asintió y desapareció por el pasillo, dejándolos a los dos solos.

—Mi querida muchacha. —Le cogió la mano, estrechándola con sus dedos nudosos—. ¿Cómo estás?

Por un momento le recordó a su querido abuelo y una oleada de pena la golpeó. Tragando con dificultad, logró esbozar una sonrisa.

—Tan bien como cabe esperar dadas las circunstancias.

Fergus asintió.

—Me entristeció mucho no poder asistir al funeral de Reginal. —Señaló con pesar su pierna—. Me duele tanto que no pensé que soportaría la agonía de un viaje tan largo. Espero que su final fuera tranquilo.

Sabrina sintió otra punzada de dolor.

—Murió mientras dormía. No sé cómo agradecerle que me ofreciera el puesto aquí. Las deudas del abuelo fueron bastante inesperadas.

Vio lástima y tristeza en sus ojos.

—Nuestro negocio no era tan rentable como esperábamos. No sabía que lo había invertido todo en nuestra empresa o le habría advertido de lo contrario. Aunque estoy segura de que no hubiera cambiado nada.

—El abuelo podía ser bastante terco a veces. —Fergus asintió, con un brillo de humedad en los ojos.

A pesar de sus orígenes tan diferentes, los hombres habían sido amigos íntimos.

—Era un hombre muy bueno.

Ella asintió, luchando contra sus propias lágrimas.

—Sí, lo era.

Se quedaron en silencio un momento antes de que ella se aclarara la garganta.

—Quería hacerle saber que me honra que usted me sienta cualificada para servir en su casa. Estoy bien instruida en todas las materias, incluyendo letras, sumas, geografía y literatura. Puedo...

Fergus la cortó con un gesto de la mano.

—Sabrina, no dudo de tus capacidades. Me has impresionado más de una vez con tu agudo ingenio. Pero debo mencionar que Caisteal na Mara ya no es mi casa. Nial gobierna ahora con lo que algunos de nosotros llamamos cariñosamente puño de hierro. Y… que quede entre nosotros, bienvenido sea. Mis días como laird han terminado y ha sido un gran placer para mí dejarlo en manos tan capaces. Pero sé que él también se alegra de tenerte aquí, muchacha. Piensa con mucho cariño en ti.

El calor subió a las mejillas de Sabrina y se odió a sí misma por la muestra de emoción. Después de todo habían pasado diez años desde la última vez que había visto a Nial. Una década desde que él había roto el corazón de una niña tímida y tierna. Pero ella ya no era una niña.

—No estoy segura de que se acuerde de mí.

La respuesta de Fergus fue rápida, firme.

—Och, pero lo hace. Te lo aseguro.

Su cara ardió más y se dio la vuelta, rezando por mantener la compostura. Necesitaba este trabajo y un escarceo veraniego de muchos años atrás no interferiría en ello ahora. Volvió su mirada al cuadro y al hombre bruto con el puñal.

—Es Darach MacGregor, uno de los MacGregor que una vez vivieron en este castillo. —Señaló el puñal—. Un luchador feroz, pero lamentablemente no de mucho honor. En lugar de ponerse del lado de sus compañeros de clan en la lucha contra los ingleses en el siglo XV, se alió con la corona contra los suyos. Al principio, se hizo con gran parte de las propiedades confiscadas a los MacGregor y se convirtió en un hombre muy rico. Pero vendió su alma al diablo para adquirirla. Cuando sólo tenía treinta y siete años, uno de los pocos MacGregor supervivientes le dio caza. Lo colgó del mismo puente que has cruzado para entrar en este castillo. Darach no tenía herederos varones legítimos, así que fue su bastardo quien acabó vengándolo, devolviendo el castillo a nuestro control. Darach el Negro es nuestro antepasado directo. Ahora se parece un poco a Nial, ¿verdad?

Asombrada por la historia y sin embargo fascinada, Sabrina sólo pudo asentir. Darach el Negro se parecía más que un poquito a Nial.

—Veo que tengo mucho que aprender sobre la familia MacGregor.

Fergus le puso una mano suave en el hombro.

—Sin embargo, tengo entendido que tú tienes cierta familiaridad con los MacGregor.

Ella le miró sorprendida y vio un brillo en sus ojos. Por Dios, ¿se burlaba de ella? ¿Sería posible que supiera algo de los besos robados y las hermosas promesas que su hijo le había dado bajo la luna de verano hacía mucho tiempo?

Ella buscó a tientas una respuesta apropiada cuando él se rio.

—No te preocupes, lass. Pronto aprenderás todo lo que necesitas saber sobre nosotros, los hombres MacGregor. Me alegro mucho de tenerte aquí y no se me ocurre nadie más cualificado para ayudar a Nial. Una sensata y robusta lass es justo lo que necesita para ayudarle a enseñar correctamente a su hijo.

Intentó no hacer una mueca de dolor ante su poco halagadora descripción de ella.

—Lamento enterarme de la muerte de la esposa de Nial. Debe ser un momento muy difícil para todos ustedes.

Fergus bajó la mirada.

—Admito que no han sido los mejores momentos. Los rumores han sido especialmente difíciles para Nial.

Sabrina parpadeó.

—¿Rumores?

—Seguro que sabes de lo que hablo. Toda Escocia ha oído los rumores.

—¿Hace falta que le recuerde que soy de Inglaterra? Además, el abuelo y yo no sabíamos

nada de usted desde hace meses. Realmente no sé nada.

Fergus frunció el ceño.

—Entonces no lo sabes. Lamento ser yo quien te lo diga pero Nial fue acusado de matar a Cora.

Sabrina dio un paso atrás, estupefacta.

—¿De matarla?

Fergus arrugó visiblemente enfadado.

—No fue más que palabrería. La verdad es que se arrojó por la ventana de la torre en un momento de locura. Lo dejé solo y con un joven muchacho que criar, la muy tonta.

Ella lo miró horrorizada. Había supuesto que la mujer de Nial había muerto por causas naturales.

—¿Cree que se suicidio? —La palabra rodó antinaturalmente de su lengua—. ¿Por qué?

Fergus se encogió de hombros.

—¿Quién lo sabe realmente excepto la propia mujer? No deseo hablar mal de los muertos, pero yo diría que Cora no estaba bien de la cabeza.

—Eso es terrible. Siento mucho su pérdida.

—Ha sido muy difícil para el muchacho.

—Es comprensible.

Fergus se pasó una mano temblorosa por la frente.

—No te mentiré, Sabrina. Aiden es un muchacho de fuerte carácter. No hemos podido mantener a una institutriz aquí más que unas pocas semanas. Pero estoy seguro de que su presencia aquí cambiará todo eso.

Ella ignoró un aleteo de preocupación.

—Ciertamente haré lo que pueda para ayudar. ¿Cuándo tendré la oportunidad de conocer a Aiden?

—En la cena. Espero que nos acompañes.

—Estaré encantada. —En realidad, deseaba cenar sola para recuperarse de su largo viaje y asimilar todo lo inquietante que él acababa de decirle. Sin embargo, su presencia había sido requerida, así que haría una aparición apropiada.

Fergus hizo una reverencia.

—Bien entonces, te dejaré en las muy capaces manos de la Sra. MacDougal.

Como por arte de magia, apareció el ama de llaves. Tras separarse del mayor de los MacGregor, Sabrina siguió a la corpulenta mujer por unas anchas escaleras de piedra y por un largo y tenue pasillo antes de detenerse ante una puerta de madera.

El ama de llaves abrió la puerta.

—Ésta es su habitación. Está unida al aula. La habitación de Aiden está al otro lado.

Sabrina entró. Había supuesto que la relegarían a una habitación pequeña y funcional.

Esta habitación era enorme y luminosa, con tres ventanas emplomadas sobre asientos acolchados, flanqueadas por cortinas de terciopelo azul oscuro. Un gran hogar ocupaba casi un lado de la habitación, y alguien había encendido el fuego donde ahora emanaba un alegre resplandor cálido. Una pesada colcha de rayas azules y blancas cubría la gran cama con dosel del centro de la habitación. Contra otra pared había un armario alto de madera. Sus tres maletas ya estaban sentadas frente a él. Al lado había un mueble bajo tallado con esmero sobre el que reposaban un orinal, una jarra de agua, unos cuantos paños de lino doblados y un pequeño espejo.

Sabrina sonrió.

—Es una cámara preciosa. Gracias.

La Sra. MacDougal también sonrió, señalando una puerta junto al hogar.

—Haré subir a Gladys para que os ayude a deshacer las maletas, si queréis.

—No, gracias. Soy bastante capaz de hacerlo yo misma.

—Como queráis. La cena es a las cinco en punto. Haré que una criada le avise.

—Se lo agradecería.

Cuando la Sra. MacDougal se marchó, Sabrina se quitó el bonete, dejó las maletas donde estaban y fue a examinar el aula. Abrió la puerta y cruzó el umbral, su mirada recorrió los tres pequeños pupitres, los cómodos asientos de la ventana y una larga mesa nido cubierta de numerosos arañazos y salpicaduras errantes de tinta. Divisó un libro de aspecto infantil, un libro de sumas y un cuaderno de ejercicios. Cogió el tercero y examinó las habilidades caligráficas de Aiden. La caligrafía del niño necesitaba bastante trabajo.

—¿Eres la nueva institutriz?

Casi se le cae el libro. Al girarse vio a un chico joven con una mata de pelo negro rebelde y penetrantes ojos azules. Era bastante alto y delgado, y en ese momento, completamente mugriento.

Dejó el cuaderno en el suelo.

—Hola. Me llamo Sabrina Bingley. Tú debes de ser Aiden.

—Eres inglés—. Sus labios se curvaron con desagrado. —Nadie me dijo que la nueva institutriz iba a ser inglesa.

¿Nadie había creído necesario preparar al chico? Ella sonrió a pesar de intuir que se avecinaba un problema.

—¿Sabías que nuestras familias son amigas desde hace muchos años?

Él resopló, claramente poco impresionado.

—No voy a dejarme educar por una inglesa. ¿Por qué crees que me importaría aprender cualquier cosa que los ingleses tengan que enseñarme?

Aturdida por el odio en la voz del chico, buscó palabras tranquilizadoras.

—Porque domino bastante bien la lectura, las sumas y la caligrafía, entre otras cosas. Por lo que acabo de observar en tu cartilla, parece que esta última es un área en la que tenemos mucho trabajo por hacer.

La miró fijamente un momento más y luego se encogió de hombros.

—No importa lo que digas, no estarás aquí por mucho tiempo. Ya he decidido que no me gustas.

Con esas palabras, atravesó el aula hasta su habitación y cerró la puerta de un portazo tras de sí.

Por un momento, ella sólo pudo mirar asombrada la naturaleza maleducada de este chico. ¿Éste iba a ser realmente su pupilo?

La ira se mezcló con el miedo. ¿Qué pasaría si fracasaba? ¿Y si Nial la despedía por ser incapaz de manejar a su hijo? ¿Adónde iría? Sus planes cuidadosamente trazados para labrarse una reputación como institutriz fiable se irían al traste. De algún modo, en un abrir y cerrar de ojos, todo su futuro parecía depender de este niño difícil.

Suspirando, regresó a su habitación, el cansancio del viaje empezaba a vencerla. Descansaría un poco, desharía las maletas y luego se prepararía para la cena. Parecía que iba a necesitar más fuerzas de las esperadas para manejar a este joven escocés.

Sabrina había descansado poco más de una hora cuando una joven sirvienta llamada Gladys la despertó inesperadamente.

—Lo siento, señorita, —dijo la joven cuando Sabrina abrió la puerta—. Pero el amo ha requerido su presencia en la biblioteca de inmediato.

No estaba ni mucho menos preparada para encontrarse con Nial, pero la muchacha se quedó en el pasillo, mirándola lo bastante nerviosa como para que Sabrina tuviera la clara impresión de que a Nial MacGregor no se le decía simplemente que no. ¿Qué era lo que había dicho Fergus acerca de que Nial dirigía el castillo con puño de hierro?

Sabrina se alisó las faldas y se pasó un peine por su rebelde cabello castaño. Podría haberse tomado unos instantes para volver a trenzarlo, pero Gladys rondaba junto a la puerta, su lenguaje corporal indicaba claramente que Sabrina no debía demorarse mucho.

Ella se tragó su irritación. ¿Acaso Nial no había tenido la decencia de permitirle un período adecuado de respiro en su viaje? ¿Qué podía ser tan importante para que no pudiera esperar a verla hasta la cena?

La mano que sostenía el peine vaciló y luego se detuvo a mitad de recorrido. ¿Y si Aiden ya había ido a ver a su padre para quejarse de ella? Una sensación de pavor se apoderó de ella. ¿Se acabaría su puesto aquí antes incluso de que hubiera empezado? ¿Adónde iría? Apretando los labios, se echó el pelo hacia atrás y se lo sujetó suelto en la nuca. En ese momento, el estado de su cabello y de su vestido era la menor de sus preocupaciones.

Se tomó un momento para serenarse.

—Estoy lista.

—Por aquí, señorita. —La chica prácticamente echó a correr por el pasillo.

Sabrina se levantó las faldas y se apresuró tras ella. Su corazón latía con fuerza. No sabía si era por la anticipación de volver a encontrarse con Nial o por el esfuerzo de seguir el ritmo de la joven. Se preguntó qué haría si él decidía en el acto que era inadecuada, y luego desechó el pensamiento, creyendo que incluso él tendría que darle una oportunidad para demostrar su valía.

Levantando la barbilla, avanzó a grandes zancadas, deteniéndose cuando Gladys levantó la mano y llamó a la puerta de madera.

Una voz grave salió de detrás de la puerta.

—Entre.

Gladys la abrió de un empujón pero no cruzó el umbral. En su lugar, hizo un gesto a Sabrina para que entrara. Ella cruzó el umbral, intentando no hacer una mueca de dolor cuando Gladys cerró la puerta tan rápido que la golpeó en el trasero.

Nial estaba sentado detrás de un escritorio, examinando lo que parecía ser un libro de contabilidad. Diez años le habían cambiado poco. Parecía tan impresionantemente guapo como ella recordaba, su presencia de algún modo imponente incluso desde una posición sentada. Cuando él levantó la vista, ella se dio cuenta enseguida de que su pelo largo y espeso seguía siendo tan negro como la noche y sus ojos del mismo azul penetrante. Su rostro había madurado en ángulos y líneas duras, y sin embargo estaba suavizado por lo que ella sólo podía llamar una sensualidad descuidada y peligrosa. Llevaba un chaleco marrón oscuro sobre una camisa de lino blanco, pero le habían quitado el pañuelo del cuello y tenía la garganta desnuda. La tensión zumbaba en el aire mientras su mirada fría y distante la recorría.

Se levantó de la silla, dirigiéndose a ella formalmente.

—Señorita Bingley.

La intimidad de muchos veranos pasados claramente había desaparecido. No es que ella hubiera esperado otra cosa. Aun así, la cortesía en su voz le dolió.

Él continuó.

—Es una gran fortuna para mí tener de nuevo el placer de su compañía. Ha pasado algún tiempo desde la última vez que nos vimos, diez años si no recuerdo mal.

Si no recordaba mal. El muy canalla.

Ella, en cambio, recordaba cada detalle de la última vez que estuvieron juntos: la luna dorada, la forma en que la brisa veraniega le revolvía el pelo cuando él se inclinaba para besarla. El recuerdo se abalanzó sobre ella ahora como un fuego a través de su mente, enviando un calor abrasador por sus venas.

—¿Señorita Bingley?

Su voz seguía siendo tan rica como siempre, atemperada únicamente por el peculiar y sensual redoble de su acento escocés. Incluso ahora sus sentidos hormigueaban.

—¿Sí? Yo... estoy aquí. —Se odió a sí misma por sonar como una niña declarando lo obvio.

Él no dijo nada pero caminó hacia ella, como si fuera un gato estirando sus largas extremidades. Era mucho más alto de lo que ella recordaba. Parecía injusto que la edad no le hubiera hecho menos atractivo, sino que, por el contrario, había profundizado su encanto, arrojando sobre sus ojos sombras oscuras y cómplices y proporcionando líneas sutiles e interesantes alrededor de su boca. Por un momento se quedó mirándole incrédula, incapaz de aceptar la ironía de que Dios hubiera creado un espécimen tan magnífico en la forma de un escocés diabólico.

—Pase, por favor. —Esta vez su voz se suavizó—. No hace falta que se quede en la puerta. No morderé. No mucho.

Ella vio un destello de diversión en sus ojos. El orgullo la hizo levantar la barbilla.

—No quiero entretenerle. ¿Deseaba verme?

Su boca se curvó en una sonrisa, quizás al comprobar que ella no le tuteaba, guardando las formalidades, como él había hecho.

—Así es. Me alegro de volver a verte. Estás toda... bueno, crecida.

Su mirada la recorrió y Sabrina trató de no inmutarse, sabiendo que la examinaba sólo para recordarse a sí mismo sus evidentes defectos. Se puso rígida cuando su mirada se detuvo en su pelo apresuradamente peinado, su vestido arrugado y sus rasgos simples y ordinarios. Seguramente él sabría que su abuelo le había proporcionado una fastuosa temporada en Londres y que ella había rechazado a su único pretendiente. Ahora sabría por qué ningún hombre, salvo él durante una diversión veraniega, le había dedicado más que una mirada pasajera.

Ella mantuvo la barbilla alta, negándose a dejar que él la inquietara aún más.

—Siento lo de tu abuelo. —Habló con auténtica sinceridad—. Era un hombre honorable con mano firme y un agudo sentido de los negocios. Era un buen amigo de mi familia y me caía bien.

—Gracias. —Su voz vaciló por la emoción.

—He oído que tuvisteis que vender la finca para pagar sus deudas. Lamento oír eso. Era una bonita casa la que teníais en Alnwick.

Un enervante rubor de culpabilidad la recorrió, sabiendo que podría haber salvado la finca si hubiera aceptado la oferta de matrimonio del viejo Herbert Young. Se le hizo un nudo en la garganta.

—Sí, era un hogar precioso.

—Lamento su desgracia, pero le agradezco que haya aceptado nuestra petición de venir aquí. —Se enderezó y le acercó una silla—. Por favor, tome asiento. Me gustaría hablarle de mi hijo.

Sabrina obedeció y, al pasar junto a él, se rozaron los brazos. Ella retrocedió bruscamente

cuando el calor recorrió todo su brazo y bajó hasta los dedos de sus pies. Horrorizada, se asomó y le vio mirándola fijamente. Se encaramó a la silla y esperó. Al cabo de un momento, rodeó el escritorio y se sentó, el cuero de la silla crujió al descender en ella.

—¿Ya ha tenido la oportunidad de conocer a Aiden? —preguntó.

Aliviada de que el chico aún no hubiera venido corriendo a su padre quejándose de ella, asintió.

—Lo he hecho.

—¿Y qué le ha parecido?

Ella eligió sus palabras con cuidado.

—Tuvimos una presentación informal. Parece bastante... voluntarioso.

—Es amable de su parte decirlo así. La verdad es que el muchacho necesita una instrucción adecuada en modales y aprendizaje. Suelo viajar a menudo y necesito a alguien en quien pueda confiar para que se ocupe de él.

¿Confiar? Le pareció una extraña elección de palabras, viniendo de un hombre que tan descuidadamente había tratado sus sentimientos.

—Parecía bastante sorprendido de que yo fuera inglesa.

Parecía divertido, pero no sorprendido.

—Bueno, es lógico. El muchacho nunca ha conocido a una inglesa. Será una buena experiencia para él, entonces.

—¿En qué sentido?

—Quiero decir que los ingleses parecen tener una manera de... bueno, de subyugar.

Sabrina se erizó.

—Encuentro ese comentario bastante impropio.

Se rio, mostrando una hilera de relucientes dientes blancos.

—Ésa es la muchacha que recuerdo: espinosa y correcta. ¿Recuerda cuántas veces me regañó por lo que llamaba mi humor 'insolente'?

Ella sí lo recordaba e incluso ahora podía imaginárselo aguijoneándola sólo para verla fruncir el ceño. Después de que él consiguiera arrancarle una mueca de disgusto, borraría con un beso esa desaprobación de sus labios.

—No hace falta que me lo recuerde. Y no soy espinosa.

Volvió a reír, un sonido profundo y rico.

—Si os he ofendido, os ofrezco mis más sinceras disculpas. Sólo pretendía sugerir que sois muy capaces de manejar a un incendiario como Aiden. Seré el primero en admitir que el muchacho no es fácil de manejar.

—Aiden es sólo un niño.

—Un niño muy voluntarioso y desobediente.

—Sin duda agravado por la repentina pérdida de su madre.

Nial suspiró.

—Sí, ha sido difícil para él.

—¿Y para usted? —No tenía ni idea de cómo se le había escapado eso de la boca. Mortificada, apretó los labios y deseó que el suelo se la tragara entera.

Él se tomó su tiempo antes de responderle.

—Un muchacho necesita a su madre.

Ella no notó ningún rastro de pena o arrepentimiento en su voz.

—He oído lo que ha pasado. Lo siento.

Hizo un gesto despectivo con la mano.

—Ese asunto ya lo he dado por terminado. Aiden es quien me concierne ahora.

Sabrina comprendió que el asunto estaba cerrado.

—¿Suele disciplinar al chico?

Se encogió de hombros.

—Como no estoy mucho por aquí, no siempre puedo disciplinarlo, aunque me tiene bastante en cuenta cuando estoy aquí. Pero no es suficiente. Por eso le contratamos. Consistencia y firmeza. Cualidades que he visto por mí mismo que usted posee.

No eran exactamente las palabras que toda mujer deseaba oír, pero indicaba que él tenía fe en ella. Dadas sus actuales circunstancias eso, por encima de todo, era importante.

—Gracias. Pero la disciplina es sólo una pequeña parte de la instrucción. ¿Qué hay de sus letras y sus sumas?

—Sí, eso también es muy importante. Las otras institutrices informaron de que el chico es un poco torpe. Como resultado, me temo que será muy difícil animarle a atender a sus estudios.

Ella consideró esto.

—¿Apoyará entonces mis esfuerzos por imponerle algún tipo de disciplina organizada?

Enarcó una ceja oscura.

—¿Disciplina organizada?

—Castigo. Retirada de privilegios, confinamiento en su habitación, etcétera.

—¿Incluye esto los azotes? —Sabrina jadeó—. Desde luego que no.

De nuevo la diversión brilló en sus ojos.

—¿Por qué no?

—Porque no será necesario.

—Eso lo dice porque no conoce muy bien a Aiden.

—No importa lo bien que le conozca. No voy a azotar a ningún niño.

—Parece segura de muchas cosas.

—Bueno, estoy bastante segura de eso.

Su boca se curvó en una sonrisa tan deslumbrante que ella sintió calor de inmediato.

—Entonces tiene todo mi apoyo, por supuesto.

—Estoy agradecida por ello. —Quizás esto no sería tan difícil como ella había previsto. Ahora la pregunta de la que ella quería, no, necesitaba oír la respuesta.

—¿Puedo atreverme a preguntarle por qué me ha requerido? Dada su posición y estatus, seguro que tenía muchas más, digamos... opciones adecuadas.

Pareció sorprendido por la pregunta y se echó hacia atrás, enhebrando sus largos y afilados dedos.

—Sólo si me permite preguntarle primero por qué eligió ser institutriz. No era su única opción. Oí que rechazó a un pretendiente.

Eso había oído. Sus mejillas se encendieron.

—Yo... pensé que era lo mejor en ese momento. —Por supuesto, ella no había sabido entonces que el anciano sería la única persona que pediría su mano—. Sin embargo, me gusta aprender, así que dadas mis circunstancias actuales, el puesto de institutriz me pareció una elección adecuada, incluso agradable. Su oferta llegó en el momento justo. —Por supuesto, había sido su única oferta en circunstancias muy terribles, pero él no necesitaba saberlo.

De nuevo su mirada la recorrió y ella sintió que su rostro se calentaba aún más. Pero para

su gran alivio, él no insistió más en el asunto.

—Bueno, ya que me lo ha pedido, le diré por qué la he invitado para asumir el puesto de institutriz. La recuerdo como una joven hábil, de mirada perspicaz, ingenio rápido y sonrisa fácil. Me desafiaba y eso me gustaba. Ahora, espero que haga lo mismo por mi hijo.

Una joven capaz. Así es como me recuerda.

No sabía por qué debían dolerle sus palabras, pero lo hicieron. Claro que el hecho de que aquel verano con él hubiera sido la experiencia más increíble, sensual y maravillosa de su vida, no significaba que hubiera tenido la menor importancia para un hombre como Nial MacGregor. Probablemente había creado docenas de recuerdos similares para muchas más mujeres ingenuas como ella. Era hora de aceptar la brutal verdad. Ella no había sido para él más que una agradable diversión veraniega. La habían invitado a Escocia porque el padre de Nial había oído hablar de su difícil situación y se había apiadado de ella. Nial, desesperado por cualquier ayuda para manejar a su incorregible hijo, había accedido. En consecuencia, ella haría lo posible por cumplir adecuadamente con sus obligaciones y marcharse cuanto antes.

Una extraña sensación de opresión se constriñó en su pecho.

—Le agradezco su franqueza. Me esforzaré por satisfacer plenamente sus expectativas.

—Se lo agradezco. Siempre fue una muchacha responsable.

Muchacha responsable. Hábil muchacha. Puntillosa y correcta.

Por la misericordia de Dios, su orgullo no podía soportar mucho más. De pie, decidió poner fin a la conversación antes de humillarse más.

—Bueno, si eso es todo, Sr. MacGregor...

Él también se levantó y de nuevo la elegancia de sus movimientos le recordó a un animal elegante y depredador.

—Antes de que se vaya, me gustaría pedirle un favor.

Sabrina sintió un destello de aprensión.

—¿Y cuál podría ser?

Él la agració con una de sus sonrisas que derretían los huesos. Por un momento los años se desvanecieron y ella vio al joven del que se había enamorado.

—Le ruego que se dirija a mí por mi nombre de pila cuando estemos en privado. —La petición le llegó con facilidad y sin vergüenza, como si pidiera a las mujeres que lo hicieran todo el tiempo—. Y yo te pediría permiso para hacer lo mismo. Fue así como nos tratamos la última vez que estuvimos juntos y, de algún modo, no me parece natural ser tan formal cuando estamos los dos... solos.

Hizo una pausa como si recordara algo. Por un instante, Sabrina pensó que él diría algo sobre la última noche que habían estado juntos, sentados bajo el gran roble detrás de los establos de su abuelo, contemplando un brillante conjunto de estrellas. Aquella noche él le había dicho que era hermosa y ella le había creído. La había besado tiernamente, todo el tiempo murmurando dulces palabras de cariño en gaélico en su suave acento escocés. Ella había estado tan enamorada de él.

—Bueno, ¿qué dices... Sabrina?

Su corazón tropezó... se debilitó. La forma en que su nombre rodaba por su lengua con su voz profunda y sensual despertó recuerdos que ella había enterrado hacía tiempo. Él siempre había sido capaz de hacer eso, decir su nombre de un modo que la hacía parecer la persona más querida del mundo.

—Supongo que no hay nada malo en ello. —Las palabras se le escaparon de los labios. Por la misericordia de Dios, ¿qué había pasado con su resolución de mantener una distancia adecuada con él?

Las comisuras de su boca se torcieron lentamente.

—Esperaba que estuvieras de acuerdo.

Ella pensó en marcharse, pero él rodeó el escritorio e inesperadamente le tomó las manos entre las suyas. Un estremecimiento recorrió sus venas ante su contacto, una respuesta inmediata e instintiva.

Su expresión se suavizó.

—Aún hay un asunto más que discutir entre nosotros. Un asunto de una disculpa.

La emoción se aferró a la garganta de Sabrina y apretó.

—¿Una disculpa por qué?

Se movió inquieto sobre sus pies.

—Por irme de Alnwick como lo hice hace diez años. Por no despedirme. Por no decirte lo mucho que ese verano significó para mí.

Ella se puso rígida.

—Ese verano tuvo lugar hace mucho tiempo y lo he considerado completamente olvidado. —Era la mentira más descarada que había dicho nunca y se sorprendió a sí misma por la audacia de la misma.

—Yo no lo he olvidado.

Se rio, más que nada en defensa propia.

—Éramos jóvenes y tontos. Fue una época bastante agradable, supongo, pero un error al fin y al cabo.

Frunció el ceño, juntando sus oscuras cejas.

—No fue un error. No me arrepentí entonces, y sigo sin arrepentirme.

Todo el dolor y la rabia surgieron de nuevo en su garganta tan crudos y dolorosos como si aquel verano hubiera ocurrido la noche anterior.

—Claro que no te arrepientes. Después de todo, un hombre de tu reputación debe estar muy versado en robar besos a jovencitas a la luz de la luna.

Ella vio un destello de ira en sus ojos y luego desapareció.

—¿Eran realmente besos robados, Sabrina?

Una puya bien dirigida a su corazón... y a su orgullo.

—Quizá no, —admitió ella—. Aunque ahora es probable que esperes que te diga lo impresionada que me quedé por tu admirable moderación al no llevarlo más lejos.

—Fue una moderación admirable. —Habló tan bajo que si ella no hubiera estado cerca de él no lo habría oído.

Con las emociones a flor de piel y sintiéndose ridículamente cerca de las lágrimas, apartó sus manos de las de él y dio un paso atrás hacia la puerta. Nial no hizo ningún movimiento para detenerla.

—Bueno, si eso es todo, me despido y vuelvo a mis obligaciones.

Ella reunió los vestigios de su dignidad, devastada de que después de todos estos años él aún tuviera el poder de herirla.

—Eso será todo.

Se alejó de él, profundamente inquieta por el giro que había tomado su conversación. Se merecía una disculpa por su parte, pero ahora que la tenía, le pesaba en el corazón.

Cuando llegó a su habitación, se dirigió inmediatamente a la pequeña palangana de agua que había sobre el mueble bajo y sumergió un paño de lino en ella, aplicándoselo a sus acaloradas mejillas. Volver a ver a Nial había sido más difícil de lo que ella esperaba. La vida

aquí en Caisteal na Mara sería un reto.

Especialmente para su corazón.

Capítulo 2

En cuanto Sabrina salió de la biblioteca, Nial se volvió y golpeó con el puño la repisa de la chimenea. Un jarrón cayó al suelo y se rompió en una docena de pedazos. Furioso consigo mismo por haber manejado mal su primer encuentro con ella, pateó un trozo mellado del jarrón con la bota, sintiendo una salvaje ráfaga de satisfacción cuando se estrelló contra la chimenea de piedra y se desintegró en polvo en su mayor parte.

Nunca lo había esperado de ella, no de su dulce Sabrina. Ella había sido tan fría, tan distante. Él había estado seguro de que ella aún albergaría al menos algún sentimiento por él, pero lo había mirado con tanto desdén, con tanta sorna.

—Infierno y condenación. —Se acercó al aparador y sacó una botella de whisky. Se sirvió una generosa ración y dio un largo trago.

Las mujeres iban a ser su perdición.

¿Cómo había podido equivocarse tanto sobre la reacción de ella? Había estado preparado para su resentimiento y su posible decepción hacia él. Pero ella simplemente había actuado como si lo que había ocurrido entre ellos aquel verano no hubiera importado lo más mínimo. Él no había estado preparado para eso.

Fue un tiempo suficientemente placentero, había dicho ella.

—¿Un tiempo suficientemente placentero? —Pronunció las palabras a la habitación vacía,

con su ira en aumento—. ¿Qué demonios se supone que significa eso?

Su reacción lo cambió todo. Sus planes, sus pensamientos, sus sueños. Nunca había imaginado que tendría que reconquistarla. No a la única mujer que le conocía mejor que él mismo. No a la mujer que una vez le había dicho que le amaba.

La ira se disipó y se hundió en su silla, con el vaso de whisky aún en la mano. Apoyó un dedo sobre el borde y dio vueltas, reconsiderando su enfoque. Quizá se había equivocado sobre su verano juntos. Ella había tenido dieciséis años entonces y quizá él sólo había imaginado que eran almas gemelas. O tal vez sólo había deseado que fueran tan excesivamente afines para poder olvidarse de lo que le esperaba.

Había esperado su ira, su dolor y su incredulidad. Pero nunca desinterés.

Había sido un egoísta. Debería haberle hablado de sus esponsales. Pero una vez que había caído bajo su hechizo, no se atrevió. Había querido que su tiempo juntos durara todo lo que pudiera. Y se había acabado demasiado pronto. Ni siquiera había podido despedirse.

Dios, cómo la había echado de menos todos estos años. Su pequeño duendecillo inglés. Cuando ella había entrado hoy en la habitación, sintió que se le cerraba la garganta, que se le aceleraba la respiración. Parecía casi la misma que aquel verano de hacía diez años, con un pelo castaño imposible de domar, una boca ancha y rápida para sonreír y una nariz corta y respingona. Sus ojos marrones conservaban la misma inteligencia e ingenio, sólo que ahora tenían un toque de refinamiento y frialdad.

Quizá ambos habían crecido demasiado para seguir siendo el uno para el otro.

Suspiró. Cuanto más tiempo permaneciera ella en el castillo, más aprendería sobre él y más se alejaría de su alcance. Una vez más había actuado de forma egoísta y la había traído aquí a su servicio, pero el momento había sido oportuno y había anhelado tanto volver a verla. Además, temía que si desaparecía en Londres como institutriz, no volvería a verla. Pero emparejarla con Aiden podría resultar en un desastre. Había sido un riesgo calculado, pero uno que había

decidido correr.

La indiferencia de ella le obligaba ahora a reconsiderarlo. No, había hecho bien en intentarlo. Estaría condenado si la dejaba escapar de nuevo.

Si ella se marchaba por voluntad propia, poco más podría hacer él.



Sabrina decidió pasar un rato tranquila a solas en su habitación antes de cenar. Necesitaba tiempo para asentar sus nervios y recuperar la compostura. Pretendía parecer tranquila y renovada, como debía parecer una institutriz como Dios manda. No agitada e inquieta como una chica de dieciséis años sin experiencia.

Se tomó su tiempo para ponerse una camisa y unas medias limpias y cepillarse el pelo castaño hasta que brilló. Para no arrugarse el vestido antes de la cena, se puso una bata ligera y se sentó en el asiento acolchado de la ventana, mirando hacia los terrenos del castillo.

Su habitación tenía una espléndida vista del patio delantero, los jardines y una vieja portería de piedra que, al parecer, había protegido en otro tiempo la entrada al castillo.

Se movió en el asiento para ver mejor los jardines. Una primavera cálida había hecho que muchas de las flores y arbustos prosperaran, creando un precioso despliegue de rojos, amarillos y púrpuras. Pensar en las flores le hizo añorar su propio jardín en Alnwick y, por un momento, le dolió el corazón de estar en casa, entre gente y flores familiares. Pero esa vida ya no existía. Esperaba que la nueva propietaria de su casa cuidara el jardín con el mismo cariño con que ella y su abuelo lo habían hecho una vez.

Unos golpes en la puerta la sobresaltaron y se levantó, apretando más fuerte el vestido contra su pecho.

—¿Quién es?

—Soy yo. La Sra. MacDougal.

Sabrina cruzó la habitación y abrió la puerta. La amable ama de llaves estaba de pie equilibrando una bandeja con té en una mano.

—Pensé que necesitaría una bebida caliente antes de cenar.

Sabrina sostuvo la puerta abierta.

—Qué amable de su parte.

Entró el ama de llaves, de mediana edad, colocando la bandeja sobre la mesa junto al sillón. Le dedicó una sonrisa a Sabrina.

—Bueno, si eso es todo, señorita...

—¿Le gustaría quedarse y tomar una taza? Es decir, si tiene tiempo de complacerme.

El ama de llaves pareció halagada por la sugerencia.

—¿Yo? ¿Está segura?

—Me vendría bien la compañía, —admitió Sabrina—. Me siento un poco nostálgica en este momento.

—Bueno, entonces, supongo que en aras de proporcionar un poco de comodidad a una recién llegada, podría acompañaros unos minutos. —El ama de llaves fue a buscar otra taza de té. Pronto regresó llevando no sólo una taza sino un pequeño plato de galletas dulces y, para sorpresa de Sabrina, una botella de licor.

—Normalmente no tomo un trago tan temprano por la tarde, pero viendo que estáis un poco nostálgica, no veo por qué os haría daño un pequeño chorrito. —Sirvió el té y luego añadió una cucharada más que generosa del licor a cada taza.

Sabrina bebió un sorbo, el líquido dejó un rastro ardiente en su garganta. El ama de llaves

se bebió el té sin incidentes, lo que hizo que Sabrina se preguntara con qué frecuencia se dedicaba a estos sorbos vespertinos.

—Me ha hecho sentir muy bienvenida.

—Qué amable es al decirlo. Tenéis un buen corazón, aunque seáis inglesa.

—Un sentimiento que espero que muchos otros aquí compartan.

El ama de llaves chasqueó la lengua.

—No te preocupes. Nadie en este castillo le haría personalmente responsable de las acciones de los ingleses. Además, es bien sabido que el anciano Sr. MacGregor apreciaba mucho a su abuelo. Fueron amigos durante mucho tiempo, ¿no?

—Sí, lo fueron. Tuvieron la suerte de que sus intereses mutuos en el comercio salvaran las divisiones más obvias de la política.

—¿Cómo se conocieron?

—Es una historia bastante extraña, en realidad. El Sr. MacGregor necesitaba un lugar donde vender su madera y mi abuelo estaba más que encantado de vendérsela a los astilleros del sur de Inglaterra. Nuestras mutuas ubicaciones cerca del mar hacían conveniente el transporte de la madera. —Dio otro sorbo al té y esta vez, bajó sin problemas—. Mirando hacia atrás, creo que el mayor error de mi abuelo fue no invertir en una mayor variedad de mercancías. Afortunadamente, los MacGregor no cometieron el mismo error.

El ama de llaves acunó la taza y el platillo en su regazo.

—Bueno, puede que sea un poco atrevido por mi parte decirlo, pero fue una sorpresa cuando Nial le dijo al personal que le había invitado aquí.

—¿Nial me invitó? —Sabrina habló sorprendida y luego se ruborizó al darse cuenta de que había utilizado su nombre de pila sin darse cuenta. Una cosa era que el ama de llaves, que

probablemente conocía a Nial desde que era un bebé, le llamara así, pero era totalmente impropio que la nueva institutriz se dirigiera a él como tal. Intentando cubrir su mortificante desliz, añadió: —Creía que había sido idea del mayor de los MacGregor.

El ama de llaves se encogió de hombros, sin darse cuenta o sin importarle su desliz.

—No lo sé con seguridad. El Sr. MacGregor ciertamente se lo tomó mal cuando se enteró de que su abuelo había fallecido. Pero fue el propio Nial quien dio a conocer su intención de traeros aquí por el bien de Aiden. Pero causó bastante revuelo.

—¿Y eso por qué?

—Porque una cosa es tener conocidos ingleses, pero otra es traer a uno para enseñar al joven señor. No es que quiera ofenderla con eso.

Sabrina dio un mordisco a su galleta, considerando las palabras del ama de llaves.

—Comprendo que las emociones por la guerra aún son muy fuertes en Escocia. Sólo espero que todos entiendan que no tengo nada contra ellos.

—Creo que lo harán. Especialmente porque muchos de ellos no envidian su tarea.

—¿Mi tarea?

—Dirigir a Aiden. Han sido tiempos muy difíciles para él.

—Bueno, eso es ciertamente comprensible, especialmente desde que la muerte de su madre fue tan repentina.

—Sí, fue una verdadera tragedia.

—Tanto para el Sr. MacGregor como para Aiden, por supuesto.

Sabrina vio un momento de verdadera angustia en los ojos de la mujer antes de que bajara la mirada.

—Sí, para todos.

La conversación se calmó y Sabrina tuvo la sensación de que había algo que el ama de llaves deseaba decirle, pero no podía. Sabrina se preguntó si, de haber formulado la pregunta correcta, algo significativo podría ser revelado. Pero sabía muy poco de la situación y no tenía ningún deseo de parecer demasiado ansiosa, aunque deseara desesperadamente saberlo.

Pero la Sra. MacDougal, bendita sea, al parecer tenía una ardiente necesidad de compartir la información de todos modos pues dio otro sorbo a su té y se inclinó hacia delante.

—Viendo que ahora forma parte de la casa, no veo el inconveniente en contaros lo que ha pasado. Imagino que lo oiríais pronto de todos modos. Cora se cayó por la ventana de la torre.

Sabrina asintió, empezando ya a sentirse un poco mareada por los ánimos.

—El anciano Sr. MacGregor me informó de ello. Pero, ¿por qué haría ella tal cosa? Ciertamente tenía todo lo que podía desear: un hogar encantador, un hijo y un marido.

La Sra. MacDougal se encogió de hombros.

—No estoy al tanto de lo que ocurre entre un hombre y su esposa. Pero sí sé que solían discutir con bastante fiereza. Era un matrimonio mal avenido, hecho sólo por dinero. Se dice que Nial le había echado el ojo a la joven belleza Berenice Cameron. Pero su padre no quería ni oír hablar de ello.

Piedad de Dios, ¿otra mujer?

Sabrina luchó por mantener el hilo de sus pensamientos.

—Pero yo creía que los MacGregore estaban bastante bien. Seguramente no le habrían forzado a un matrimonio sin amor si se hubiera opuesto firmemente.

—La riqueza es efímera. —La Sra. MacDougal bajó la voz—. Y estos son tiempos precarios para los escoceses. El joven Nial tenía el deber con su familia de asegurar su posición y poder.

Qué rápido había desaparecido la riqueza de su abuelo.

—Supongo que es cierto.

—La noche que murió, les oí discutir. Cora salió corriendo de su habitación y subió a la torre. Yo estaba en el pasillo cuando ella pasó junto a mí, casi derribándome en su precipitación. Nial la siguió, con aspecto muy enfadado. —Hizo una pausa un momento, no sabía Sabrina si para recuperar el aliento o para conseguir un efecto dramático—. Poco después, Cora fue encontrada muerta.

Sabrina se estremeció.

—Una tragedia indescriptible.

La Sra. MacDougal se inclinó hacia delante, equilibrando su taza de té sobre el regazo.

—Aunque es un poco extraño que nadie la oyera gritar.

Un escalofrío subió por la espina dorsal de Sabrina.

—Seguro que no cree que Nial tuviera algo que ver. Oí que había algún tipo de investigación.

—Sólo porque la madre de Cora sugirió rotundamente que Nial la había empujado. Una acusación de asesinato no se descarta tan fácilmente, así que Nial aceptó la investigación para limpiar su nombre.

—Algo sensato.

El ama de llaves abrió la boca para decir algo más y luego la cerró. Tal vez sintiendo que ya había dicho demasiado, se puso de pie.

—Bueno, le agradezco que me haya invitado a compartir el té y la compañía. —La Sra. MacDougal recogió las tazas y los platos—. Sois la primera institutriz que lo hace y además inglesa. Es mundo está loco, ¿no cree?

En efecto, Sabrina había estado pensando lo mismo. Nunca en cien años se había imaginado empobrecida y a merced de un hombre que una vez le había roto el corazón y había sido acusado de asesinar a su esposa.

—Así es. —Sabrina se levantó y sostuvo la puerta abierta para el ama de llaves.

—Gladys vendrá pronto a buscaros para cenar. Traeré una olla de agua fresca para que os lavéis, si queréis.

—Sería muy amable por su parte.

Cuando se marchó, Sabrina se apoyó en la puerta, pensando en las cosas extrañas que había aprendido sobre Nial y su vida en Caisteal na Mara. Suicidios, asesinatos e intrigas. ¿No le había contado una vez su abuelo tales historias cuando ella se sentaba a sus pies y escuchaba embelesada? Ahora estaba viviendo en uno de esos cuentos y no estaba nada segura de que fuera un lugar en el que quisiera estar.

Sintiendo un repentino escalofrío, se dirigió al armario de madera. Abrió la puerta, cavilando sobre qué vestido sería el más adecuado para su primera cena en el castillo, cuando de repente sintió que algo caía sobre su pie. Sobresaltada, saltó y dejó escapar un chillido cuando una pequeña serpiente se retorció por el suelo y desapareció de su vista bajo la cama. Retrocedió al menos dos pasos más, observando la cama con cautela por si el reptil reaparecía. Entonces oyó una risita ahogada detrás de la puerta que daba al aula y sus ojos se entrecerraron. Antes de que pudiera moverse sonó un golpe en su puerta. La voz preocupada de la Sra. MacDougal atravesó la madera.

—¿Se encuentra bien ahí dentro, señorita?

Sabrina cruzó la habitación y respiró hondo antes de abrir la puerta.

—Estoy bien, Sra. MacDougal. Sólo... ah, se me cayó algo en el pie.

El ama de llaves la miró con curiosidad, sosteniendo una bandeja con un lavabo limpio y

una jarra de agua fresca.

—Bueno, si está segura...

—Gracias.

Encogiéndose de hombros, el ama de llaves volvió a colocar la vasija y la jarra y se marchó. Sabrina se arrodilló y levantó con cautela las sábanas para echar un vistazo debajo de la cama por donde se había escapado la serpiente. No pudo ver nada. Por lo que ella sabía, la serpiente descansaría allí hasta que ella durmiera y luego se aventuraría a salir al amparo de la oscuridad. Furiosa, se levantó y cruzó la habitación acechando, abriendo de golpe la puerta del aula. La habitación estaba ahora vacía.

Cruzó el aula en cuatro pasos y llamó a la puerta de la habitación de Aiden. No hubo respuesta, pero oyó movimientos amortiguados desde el interior. Se apoyó en la puerta, alzando la voz.

—Aiden, quería agradecerte tu pequeño regalo de bienvenida. Y viendo que te gustan tanto las serpientes, empezaremos mañana nuestras lecciones con un estudio a fondo del reptil.

Girando sobre sus talones, marchó hacia su habitación, cuando la puerta de la habitación de Aiden se abrió bruscamente. Con las manos en las caderas, se volvió para mirarla.

—No te ha mordido, ¿verdad? —Sus ojos brillaban de triunfo.

—No le di la oportunidad de hacerlo.

—¿Entonces por qué te enfadas tanto?

—¿He dicho yo que estuviera molesta? Sin embargo, recuerdo haber dicho que me diste una excelente idea para nuestra lección de mañana.

—Te asustaste.

—No me asusto tan fácilmente.

—Lo harás la próxima vez. Y si le cuentas esto a mi padre, lo negaré.

—No tengo intención de decirle nada. Mientras estés en el aula bien temprano por la mañana.

El niño resopló.

—¿Chantaje? ¿Es lo mejor que puedes hacer? No vendré. No puedes obligarme, inglesa.

Ella asintió.

—Tienes razón. No puedo obligarte a asistir a tus clases. Pero tu padre sí puede. Y me ha dicho que piensa quedarse en el castillo durante algún tiempo hasta que esté convencido de que te esfuerzas en tus lecciones. Parece que tiendes a rendir de forma más satisfactoria cuando él está en la residencia.

Sabrina notó que él se estremecía ante la mención de su padre y se preguntó si la reacción estaría motivada por el miedo o por la ira. Sin embargo, en cuanto él abrió la boca para hablar, ella vio que se equivocaba en ambos puntos.

—¿Pa se queda? —Vio una inconfundible excitación en sus ojos—. ¿Dijo por cuánto tiempo?

Sorprendida, Sabrina se dio cuenta de que el chico acababa de revelar inadvertidamente su punto débil. Aiden amaba desesperadamente a su padre.

Se encogió de hombros, con cuidado de no parecer demasiado interesada.

—No lo dijo exactamente, pero tengo entendido que será durante al menos unas semanas.

Observó cómo una sombra descendía sobre sus ojos.

—O tal vez más tiempo si le digo que no me gustas o no enseñas como es debido. En ese caso tendrá que encontrar una nueva institutriz. Y la próxima vez no será inglesa.

Sabrina se puso rígida, sorprendida por el veneno de su voz.

—Me temo que no va a ser tan fácil, Aiden. No tengo otro sitio al que ir y tu padre me ha brindado todo su apoyo. Te guste o no, vamos a trabajar juntos. Te espero mañana en el aula.

Le dirigió una mirada maliciosa.

—A ver si me encuentras. Esta es mi casa, Inglesa, no la tuya. Recuerda mis palabras, te habrás ido antes de que lleves aquí quince días.

Sabrina cruzó los brazos contra el pecho, negándose a sentirse preocupada o intimidada por sus amenazas, a pesar de que bien podía tener razón.

—No, recuerda mis palabras, Aiden MacGregor. Aprenderás y con el tiempo llegarás a disfrutarlo. No me rendiré. Y te advierto, los ingleses somos un pueblo muy testarudo, quizá tanto como los escoceses.

—No iré, —gritó, cerrándole la puerta.

Sabrina respiró hondo y regresó a su habitación, más conmocionada de lo que le importaba admitir por el encuentro. ¿Cómo demonios iba a quebrantar el odio que este chico sentía por ella y por su herencia? ¿Y si fracasaba? ¿Adónde iría? Las alternativas eran demasiado aterradoras para contemplarlas. No podía fracasar, no lo haría.

Sin embargo, no tenía ningún plan si el chico no se presentaba a sus clases. Aiden tenía razón. Éste era su castillo. Ella no sabía moverse por aquí y difícilmente podía esperarse que se pasara el día buscándole. Estaba segura de que podría contar con Nial para que la ayudara los primeros días, pero después de eso, sin duda empezaría a molestarse por su incapacidad para manejar al chico. Tendría que usar su ingenio para resolver esto.

Ahora no tenía tiempo para pensar en ello. Gladys vendría dentro de un momento para llevarla a cenar y ella aún tenía que vestirse. Se dirigió de nuevo al armario, teniendo cuidado de fijarse por dónde caminaba. Encontrar la serpiente y echar un vistazo rápido por la habitación en busca de cualquier otro “regalo” de Aiden sería una prioridad después de la cena.

Escogió un vestido verde oscuro del armario y lo bajó con cautela, sacudiéndola sólo para asegurarse de que los pliegues del material no contenían más invitados inesperados. Se lo puso y alisó los faldones. Inclinándose, examinó cuidadosamente sus zapatos y se los puso justo cuando Gladys llamó a la puerta, anunciando que la cena estaba lista.

Poniéndose en pie, Sabrina siguió a Gladys escaleras abajo. Se sorprendió cuando la muchacha la condujo al Gran Comedor, donde Nial estaba sentado hablando en voz baja con su padre frente a un fuego abrasador. Un extremo de una larga mesa nido había sido cubierto con un mantel blanco con cuatro cubiertos. Ambos hombres se levantaron al verla y ella invocó una sonrisa confiada que no sentía y caminó hacia ellos.

—¡Eres puntual. —Nial le ofreció su codo. Sabrina dudó un momento antes de tomarlo, agudamente consciente de la fuerza de su antebrazo cuando las yemas de sus dedos tocaron ligeramente el suave material de su abrigo. Aunque todo era muy correcto, Sabrina no pudo evitar que le saltara el pulso con sólo estar cerca de él.

—Por supuesto, es puntual, —dijo Fergus con un brillo en los ojos—. Es inglesa, ¿no? Una cosa se puede decir de los ingleses. Nunca llegan tarde a una comida.

Ella sonrió y Nial rio entre dientes mientras la ayudaba a sentarse. A medida que la pequeña charla disminuía, el ambiente en la mesa se agriaba. Después de que los criados llenaran sus copas de vino por segunda vez, Nial empezó a tamborilear impaciente con los dedos sobre la mesa.

—¿Dónde demonios está Aiden? No permitiré que ese muchacho vuelva a retrasar nuestra cena.

Claramente molesto, Fergus llamó a un joven criado y le ordenó que buscara al muchacho. El criado pareció visiblemente molesto por la petición, pero se apresuró a intentarlo. Sabrina tuvo la clara impresión de que este tipo de cosas ocurrían a menudo.

De nuevo la conversación se calmó y Sabrina sorbió su vino preguntándose cuánto tiempo

más esperarían antes de empezar a cenar. Al cabo de unos minutos, Fergus sacó su reloj de bolsillo y lo miró, refunfuñando suavemente en voz baja. El ceño se frunció en el rostro de Nial antes de que éste echara atrás el resto de su vino y se pusiera en pie.

—Iré yo mismo a buscar al muchacho.

Sabrina levantó una mano.

—Espere. Sé que es bastante presuntuoso hacer una sugerencia en mi primer día, pero si me lo permiten, tengo una idea que podría ayudar en este asunto.

Nial se inclinó hacia delante, poniendo ambas manos sobre la mesa.

—Por favor, agrácienos con su sugerencia, señorita Bingley. —Sus ojos azules la estudiaron atentamente.

Fergus se inclinó hacia delante sobre la mesa, con los codos apoyados en ella.

—Sí, por favor, hazlo.

Incluso el criado que permanecía inmóvil junto a la puerta que separaba el Gran Salón de la zona de cocina, parecía interesado en lo que ella tenía que decir.

Sabrina tragó con fuerza, el sabor del vino repentinamente amargo en su boca.

—Sugeriría retirar el plato de Aiden de la mesa. Si no es capaz de llegar a tiempo a la cena, entonces que se quede sin ella.

—¿Quedarse sin cenar? —Fergus pareció ligeramente sorprendido.

—Sí. Y debería advertirse a los criados y a los de la cocina que no le proporcionen ningún alimento, ni siquiera un trozo de pan.

—¿Seguro que no quiere matar de hambre al muchacho? —Nial tenía un rastro de exasperación en la voz.

—Le aseguro que no se morirá de hambre. Pero creo que le hará reconsiderar su decisión

de hacernos esperar para cenar. La regla debe ser coherente. Si no está en la mesa, lavado y listo para comer a las cinco, se le retirará el plato y no habrá comida hasta la mañana.

Fergus la miró fijamente.

—Es un poco duro, ¿no?

—Si no se establecen límites con él, entonces no sabrá comportarse correctamente.

Fergus se acarició la barba, mirándola pensativamente.

—¿Entiendes que haciendo esto, declaras la guerra al muchacho? Es una estrategia arriesgada con él.

—Lo sé.

Viendo cómo se encontraba en un terreno inestable con Aiden tal y como estaba, esta directiva ciertamente no le granjearía su simpatía, y no dudaba de que él averiguaría quién la había emitido. Habría sido mucho más seguro dejar que Nial se ocupara de este problema de comportamiento en particular y morderse la lengua. Estaba segura de que tendría suficientes asuntos de los que ocuparse en cuanto empezaran sus clases mañana. Pero había seguido sus instintos con el chico y ahora simplemente rezaba por lo mejor.

Continuó con una firmeza que no sentía.

—No se le puede permitir que dirija el curso de las actividades en este castillo. Esto debe valer tanto si está en el castillo como si no, Sr. MacGregor. Pero no funcionará sin su apoyo y autoridad.

Nial la miró un momento más con sus penetrantes ojos azules y luego levantó la mano. El criado se puso instantáneamente a su lado.

—Retira el plato de Aiden de la mesa e informe al personal de que no deben proporcionarle ni un bocado de comida esta noche. Si me entero de que alguien ha desobedecido

mis órdenes, perderá la paga de una semana. ¿Entendido?

El criado tragó saliva, su nuez de Adán balanceándose nerviosamente en su garganta.

—Sí, señor.

—Excelente. Entonces tráiganos la cena.

Arruinado el humor de la velada, Sabrina tomó su sopa tranquilamente, casi terminando antes de que Aiden se dignara a aparecer. A su favor hay que decir que se había lavado y cambiado de camisa, pero sus calzones y botas seguían sucios. La ignoró mientras se deslizaba en su asiento.

—Da, deberías haber visto lo que ha pasado hoy en el gallinero. El gallo se volvió loco, persiguiendo a las gallinas y haciendo volar plumas por los aires. El viejo Sr. McKay lo persiguió y se cayó dos veces de culo. Jamie y yo saltamos y perseguimos al gallo hasta que simplemente se agotó. El Sr. McKay cogió el pájaro y dijo que tenía intención de retorcerle el cuello, pero la Sra. McKay dijo que no había nadie lo bastante fuerte como para despertarle del sueño, así que el gallo tendría que quedarse.

Buscó una taza y luego frunció el ceño al darse cuenta de que faltaba.

—¿Dónde está mi taza? ¿Y mi plato?

Nial dio un sorbo a su vino y miró al chico por encima de su taza.

—Si no puedes llegar a tiempo a la cena, entonces no comerás.

Una expresión de incredulidad cruzó el rostro de Aiden.

—¿Qué? Pero Da, yo...

—Ya me has oído, Aiden. Ya estoy harto de tus excusas estos últimos meses, desde que murió tu madre.

Aiden apeló a su abuelo.

—Abuelo, seguro que no quieres dejarme pasar hambre.

Fergus se encogió de hombros, centrando su atención en su cena. Sabrina vio cómo la mirada del chico se posaba finalmente en ella y sus ojos azules se endurecían.

—Esto es obra tuya. —Se apartó de la mesa con rabia y se puso en pie—. Les dijiste que me mataran de hambre, ¿verdad, inglesa? Probablemente también le contaste lo de la serpiente. Bueno, no debería sorprenderme. Crees que mandas aquí, pero no es así.

Nial se levantó, su cuchillo repiqueteando sobre la mesa. Un silencio sepulcral se apoderó de la habitación. Sabrina se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración.

—Ya basta, Aiden. Primero te disculparás con la señorita Bingley y luego irás a tu habitación. Creo que ahora entiendes lo que debes hacer para recibir tus comidas. Te sugiero que lo pienses bien antes de desobedecer de nuevo.

Aiden se puso en pie, todavía mirándola fijamente, con los puños a los lados y erizado de hostilidad.

—Lo siento. —Se alejó de la mesa sin volver a mirar hacia atrás.

Al cabo de un momento, Nial volvió a sentarse y reanudó tranquilamente la comida. A Sabrina se le había quitado el apetito y sólo podía empujar la comida en su plato. Fergus, intentando valientemente reavivar la conversación de la cena, empezó a hablar del agradable tiempo primaveral. Ella agradeció el esfuerzo e hizo todo lo posible por parecer interesada, pero se sintió agradecida cuando Nial preguntó si todos habían terminado la comida. Prácticamente saltó de su silla, deseando nada más que retirarse a su habitación y poner fin a este horrible día.

Ambos hombres se pusieron en pie y Nial rodeó la mesa y le ofreció el brazo, diciéndole que tenía intención de escoltarla hasta su habitación. Ella protestó, pero él insistió. Vacilante, ella le cogió del brazo, su codo se enlazó con el de él, sus dedos descansaron ligeramente sobre su antebrazo. Se maravilló de lo alto que era y, sin embargo, de cómo llevaba su estatura con una

grácil elegancia. El calor de él la atrajo hacia sí.

Le dio las buenas noches a Fergus. Caminaron por el pasillo y subieron las escaleras hasta llegar a su puerta. Nial le soltó el brazo y ella buscó el picaporte hasta que él le agarró la mano. Aún sujetándola, la hizo girar, arrinconándola hábilmente contra la puerta.

—Fue un movimiento audaz el que hiciste con Aiden esta noche. Me gusta que te hayas posicionado con él.

Dios, cómo le temblaba el corazón y le latía el pulso cada vez que él la tocaba. Él perturbaba sus sentidos en todos los sentidos.

—Yo... um, creo que es el curso de acción correcto, Sr. MacGregor.

—Nial.

Él estaba demasiado cerca. Ella tragó con fuerza.

—Nial.

—Estoy de acuerdo contigo. Pero eso no hará tu tarea más fácil.

—Nunca esperé que este puesto fuera fácil. —Ella se apretó contra la puerta preguntándose cómo podría retirar su mano cortésmente. Él no parecía tener prisa por soltarla y una parte traidora de ella disfrutaba abiertamente del contacto físico—. Pero creo que me las arreglaré de algún modo.

—De eso no tengo ninguna duda. —Él sonrió y Sabrina no pudo evitar responder. Su buena naturaleza siempre la había encantado.

Por Dios, mejor no pensar en esas cosas.

Su boca se torció.

—Ahora, Sabrina, ¿por qué no me hablaste de la serpiente?

—¿Serpiente? —Ella chirrió la palabra—. Ah, eso.

—Sí, eso.

Enderezó los hombros y extrajo con firmeza su mano, de nuevo una institutriz al mando. Excepto que aún la tenía atrapada entre él y la puerta.

—No es nada en realidad. Me encontré con una en mi habitación, eso es todo.

—Cortesía de Aiden. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Hay algunos asuntos que soy muy capaz de manejar por mí misma.

Se inclinó hacia delante, haciendo que ella se apretara más contra la puerta para evitar tocar su cuerpo.

—Entonces, supongo que eso significa que no quieres que me asegure de que se ha ido de tu habitación.

—¿Lo harías? —Las palabras salieron en un apresuramiento aliviado.

Él sonrió e inclinó su oscura cabeza hacia ella. Por un momento paralizante, que la dejó sin aliento, estuvo segura de que la besaría, pero en lugar de eso, él la rodeó por la cintura y soltó el pestillo de la puerta. Ella habría caído de espaldas al otro lado del umbral de no ser porque él le sujetó firmemente la mano en la parte baja de la espalda. Durante un breve instante, permanecieron allí, mirándose a los ojos.

Luego él la soltó cortésmente y dio un paso atrás, permitiéndole recuperar el equilibrio y entrar en la habitación. Al cabo de un momento, él la siguió. Parecía un lugar demasiado íntimo para estar con él, pero no parecía en absoluto incómodo. Al contrario, parecía llenar la habitación con su mera presencia, su olor y su mirada. Intentó no pensar en las otras circunstancias que podrían hacer que se sintiera tan cómodo en la cámara de una mujer.

—¿Dónde la viste por última vez? —le preguntó

—¿Donde la vi?

—A la serpiente.

Sus mejillas se calentaron mientras señalaba la cama.

—Allí debajo. Estaba en el armario. Cuando lo abrí, la serpiente cayó al suelo y procedió a deslizarse bajo la cama. Miré, pero no pude verla.

—¿Pudiste verla?

Se estremeció.

—Era verde y gris. En realidad era bastante pequeña.

—Probablemente solo sería una serpiente de jardín. Completamente inofensiva.

—No pensé lo contrario. Simplemente preferiría no tenerla bajo mi cama, sea inofensiva o no.

Se puso de rodillas junto a la cama y la miró, con un brillo de humor en los ojos.

—Hay cosas mucho más peligrosas que una dama podría tener en su cama, ¿sabes?

Ella frunció los labios mirándole. Ella le había acusado de humor insolente y él había accedido. Era extraño que ése fuera uno de los pocos aspectos de su relación que él parecía recordar. Aunque cuando lo pensaba ahora, ella también había disfrutado mucho igualando ingenios.

Levantó las sábanas y buscó debajo de la cama, ofreciéndole una vista espectacular de su trasero. Se tensaba contra sus calzones, apretados y bien formados, estrechándose en un notable par de muslos y pantorrillas musculosos. El calor se apoderó de ella. Consternada por su pensamiento, Sabrina apartó la mirada y la posó en la ventana.

—No veo nada aquí debajo. —Su voz era apagada mientras movía el brazo de un lado a otro bajo la cama.

—Espero sinceramente que la criatura se haya marchado.

—Tal vez. —Se levantó y se quitó el polvo de los calzones—. Si quieres, revisaré las sábanas y las mantas.

Por un momento fugaz, Sabrina se imaginó enredada con él en esas mismas sábanas y mantas y se ruborizó aún más.

—Por favor, se lo agradecería.

Levantó las mantas una a una, sacudiéndolas. Imágenes eróticas saltaron a su mente mientras observaba sus manos. Tenía los dedos más hermosos que ella había visto nunca: largos, afilados y capaces de una gran delicadeza. Por un momento, recordó cómo se sentía al tener esas manos maravillosas presionando su espalda, enredándose en su pelo y acariciándole la mejilla.

Deja de hacer esto de una vez, se ordenó a sí misma. La cara le ardía tanto que estaba segura de que él sólo necesitaría una mirada para saber exactamente lo que había estado pensando.

—No hay nada. —Se volvió para mirarla—. Deberías poder dormir sin peligro.

Ella se dio la vuelta y caminó hacia la ventana, mirando hacia fuera. Después de aquellas reminiscencias impropias, dudaba que pudiera pegar ojo.

—Gracias. Me haces sentir segura. —Nada más decirlo, cerró la boca mortificada. ¿Qué demonios le había pasado?

—Es bueno saberlo. Bueno, entonces te deseo buenas noches.

—Sí. Buenas noches. —Ella esperaba meterle prisa y poner fin a esta tortura.

Pero en lugar de caminar hacia la puerta, él se acercó a ella por la ventana. ¿Qué demonios está haciendo ahora?

Recobrando la compostura, se volvió hacia él.

—¿Hay algo más... señor? —Mejor recordarles a ambos su posición aquí.

Él extendió la mano y le cogió la barbilla con su cálida mano.

—Te pedí que me llamaras Nial. ¿No lo has vuelto a olvidar, verdad, Sabrina?

Ella deseaba más que nada resistirse a su encanto e ignorar cómo la hacía sentir. Pero en ese momento en particular, de pie en la intimidad de su dormitorio con el único hombre al que había amado, no podía.

—Nial. —La palabra salió como un susurro.

Sus dedos se apretaron en su barbilla. Ella sabía que su cercanía no era apropiada, pero no podía moverse. El tenue rastro de barba en sus mejillas y los músculos que se crispaban en su mandíbula la cautivaron. Su poderoso pecho y sus musculosos hombros estaban al alcance de sus manos si se atrevía a alargarlas y tocarle como había hecho una vez. Una oleada de calor la recorrió, su cercanía encendiendo sentimientos de deseo olvidados hacía mucho tiempo.

Él sonrió lentamente, con una mirada a la vez cómplice y comprensiva. Así que era consciente de su efecto sobre ella, ¡el muy canalla!

—Me alegro de volver a verte, Sabrina. Estando aquí contigo, parece como si no hubiera pasado mucho tiempo.

La emoción y el anhelo en su voz tiraron de su corazón y ella luchó por poner su determinación en contra de él. No tenía ni idea de por qué decía esas cosas o por qué jugaba con sus emociones, pero nunca más abriría su corazón a tanto dolor y pena.

Roto el hechizo, apartó la barbilla de su mano, con lágrimas punzándole los ojos.

—Siento discrepar. Los tiempos han cambiado y yo también.

Él sacudió la cabeza.

—No en lo que más importa, —murmuró.

La lluvia empezó a caer fuera de la ventana abierta, el sonido del repiqueteo era suave y

familiar. Ella cerró los ojos cuando él alargó la mano y enroscó un mechón de su pelo alrededor de su dedo.

—Con tu permiso, iré a hablar con Aiden sobre la serpiente.

Sacudida por la ternura de su gesto y consternada por lo vulnerable que la hacía sentir, se apartó de él.

—Ojalá no lo hicieras. Sólo empeoraría las cosas. Puedo arreglármelas sola.

—¿Estás segura?

Su cuerpo anhelaba volver a él, pero se mantuvo firme, rodeando su cintura con los brazos.

—Lo estoy.

—Como desees, entonces.

—Gracias.

Se dio la vuelta y caminó hacia la puerta, deteniéndose en el umbral.

—Buenas noches, muchacha. Te deseo el más dulce de los sueños. Tenemos la costumbre aquí en Escocia de que todo lo que sueñes en la primera noche en tu nuevo hogar se hará realidad.

Sin decir nada más, se marchó, dejándola allí de pie con el corazón martilleándole tontamente y el cuerpo hormigueándole por el encuentro con él.

El más dulce de los sueños, ciertamente. Si él supiera lo que ella soñaba con él.

Sabrina se hundió en una silla, con las rodillas débiles. Nunca se había sentido tan desconcertada, tan completamente incapaz de controlar sus emociones. Horrorizada, se dio cuenta de que era como si volviera a tener dieciséis años, sin la fuerza de voluntad ni la sensibilidad necesarias para comportarse de forma adecuada a su alrededor. ¿Cómo podía seguir teniendo un efecto tan perturbador en ella después de todos estos años?

Se llevó la mano al pecho, deseando que su pulso se ralentizara. Se trataba de un giro muy desafortunado de los acontecimientos. Ella no tenía intención de tener ningún tipo de mala conducta con él. Pero parecía que no podía evitar que su corazón latiera más deprisa cuando le veía, ni podía manejar una fría indiferencia. Sin embargo, por el bien de su futuro, debía esforzarse más.

Miró las sábanas revueltas de la cama y recordó la forma en que él las tocaba, como una caricia íntima. Inspiró bruscamente. Sus acciones habían sido inocentes, por no decir que se habían hecho a petición de ella. Los hombres como Nial tenían tanta práctica en el arte de la seducción que ésta se les pegaba como una segunda naturaleza.

Suspirando, se puso la bata de cama y se sentó frente al fuego. Mientras el calor del fuego calentaba su cuerpo y el sonido de la lluvia la reconfortaba, empezó a relajarse. Ella se las arreglaría. Ella manejaría a Nial MacGregor a pesar de su reputación de granuja extraordinario.

Era fuerte, era inglesa, era una Bingley. Ella perseveraría.

Sintiéndose envalentonada por el pensamiento, Sabrina se retiró a la cama, ignorando las sábanas revueltas. Lentamente, dejó que sus párpados se cerraran, abrumada por todo lo que le había ocurrido ese día.

Mientras se quedaba dormida, el persistente aroma de él le proporcionó un extraño consuelo. Somnolienta, hizo el voto de no soñar con él durante su primera noche en Caisteal na Mara.

Pero a pesar de sus mejores intenciones, los burlones ojos azules de Nial fueron exactamente lo que vio cuando la oscuridad la alcanzó para hundirla.

Nial estaba de pie frente al hogar de su alcoba completamente desnudo, bebiendo una copa de vino y mirando fijamente al fuego. La habitación estaba a oscuras salvo por la luz parpadeante de las llamas que proyectaban sombras grotescas y espeluznantes sobre la pared. La oscuridad convenía a su estado de ánimo en ese momento.

No estaba preparado en absoluto para la fuerza del deseo que se había apoderado de él al percibir su aroma y recordar el suave tacto de su piel.

Dios, se había sentido tan bien.

Aún la necesitaba, la deseaba. Muchísimo. Ni siquiera diez años habían podido disminuir los sentimientos y el anhelo que sentía por ella.

Todavía estaba enamorado de ella. Excepto que esta vez no había nadie más a cargo de su futuro que él mismo. Desde la muerte de Cora, su situación financiera se había vuelto bastante segura. Ahora sólo le quedaba disculparse ante Sabrina por sus errores del pasado y ganarse de nuevo su confianza. Parecía bastante sencillo.

Excepto que había una serie de complicaciones en el horizonte, unas que podrían plantearle problemas inquietantes y potencialmente perjudiciales si no los abordaba con rapidez. Ahora ya no tenía el lujo de disponer de tiempo para atraerla a su cama. Maldito fuera su padre por insistir en que celebrara una cacería del zorro y un baile a finales de mes. Pero ninguno de los dos había previsto la inesperada muerte del abuelo de Sabrina. El plan de Nial tuvo que ponerse en marcha mucho antes de lo que le hubiera gustado.

Pero se las arreglaría.

En el pasado había sido manipulado, engatusado y forzado a una vida que no deseaba. Nunca más. Era plenamente dueño de su destino, de sus deseos. Esta vez, tenía toda la intención de conseguir lo que quería.

Sabrina Bingley sería suya, y utilizaría cualquier método para conquistarla. Pero tendría

que actuar con cuidado. No quería que ella acudiera a él amargada, atrapada o engañada. Quería que ella acudiera por su propia voluntad. Porque sabía, como él, que no podían negar los lazos que les unían.

Dio un sorbo a su vino. No era el hombre que ella creía. ¿Haría alguna diferencia en su vínculo una vez que ella lo descubriera?

Suspirando, dejó su copa de vino a un lado y se hundió en una silla. No se atrevió a contemplar esa pregunta durante demasiado tiempo porque temía la respuesta.

Debía recuperarla. Sencillamente, no había otro modo.

Capítulo 3

Sabrina estaba sentada sola en el aula, intentando no mirar continuamente por la ventana mientras salía el sol y Aiden no aparecía. Ella esperaba plenamente que no apareciera, pero había alimentado una pequeña esperanza de que lo hiciera. Le dolía la cabeza tras una noche de sueño irregular. Había soñado que yacía en cama con Nial, los dos riendo y enredados en las sábanas. Él la había besado mientras la luz de la luna entraba por la ventana abierta, formando charcos dorados sobre la cama. Ella se había entregado a él, y entonces él la había recogido en sus brazos. Con un movimiento fácil, la barrió de la cama y la acercó a la ventana. Antes de que ella pudiera pronunciar palabra, él sonrió y la arrojó por la ventana. Se despertó gritando, con el corazón retumbándole y el cuerpo resbaladizo por el sudor.

Miró por la ventana, con una bola apretada formándose en su estómago. Aiden ya llevaba media hora de retraso y ella sabía que no iba a venir. Al menos no por su propia voluntad.

Se puso en pie, decidiendo comprobar primero su habitación. Para su sorpresa, la puerta estaba abierta. Aiden aún yacía en cama, acurrucado bajo sus sábanas. Animada por este pequeño golpe de fortuna, acercó una silla y se sentó junto a su cama.

—Buenos días, Aiden. —Mantuvo su voz ligera y alegre—. Hace un precioso día de primavera. Quizá hoy podamos dar nuestras clases al aire libre.

Se asomó por debajo de las mantas.

—Vete. No voy a ir.

—Muy bien. Haremos nuestras lecciones aquí mismo. Iré a buscar tu cartilla.

Eso llamó su atención. Se sentó, completamente despierto y tirando de las mantas hasta su barbilla.

—¿Estás loca? Aún estoy vestido con mi pijama.

Ella sonrió.

—Puedo pasarlo por alto.

Él se quedó mirando, con la boca abierta.

—Estás loca.

—Sólo decidida. Aiden, sé que no te caigo bien, lo cual no es justo ya que aún no hemos tenido la oportunidad de conocernos. Pero tengo la sensación de que nos llevaremos bien.

—Ve a tomar tus lecciones tú sola, inglesa.

Ella se encogió de hombros.

—Es tu elección no asistir. Pero siento que es mi deber mencionarte que tu padre dijo que se pasaría esta mañana para ver cómo van las lecciones. De hecho, le espero en cualquier momento. Estoy segura de que tu ausencia le decepcionaría mucho.

Con eso Sabrina salió de la habitación, cerrando la puerta tras ella y rezando para que sus palabras obtuvieran la reacción que deseaba. Al cabo de unos minutos oyó a Aiden levantarse y dar unos pasos. Finalmente entró en el aula, con la ropa arrugada, el pelo despeinado y los ojos brillantes. Se dejó caer en una silla, encorvándose.

—No puedo aprender si me refunfuña el estómago.

Sabrina se acercó a un mueble bajo donde había una bandeja con leche y galletas dulces.

—¿No es una suerte que tenga estos alimento a mano?

Con la clara intención de molestarla, se las metió en la boca, desafiándola a que le rebatiera sus modales. En lugar de eso, ella le ignoró, preparó su cartilla de matemáticas y aprovechó la oportunidad mientras él no podía hablar para hablarle del plan del día. Por lo que ya había observado de él, era un chico activo, así que decidió intercalar las lecciones de escritura y asiento con algo de ejercicio físico y un poco de aire fresco.

Cuando terminó, se sentó en su pupitre, al principio bastante grosero y poco colaborador. Sabrina insistió suavemente, manteniendo la lección ligera y fácil. Finalmente empezó a entrar en razón cuando ella aumentó la dificultad del material. Muy probablemente, sospechó, para demostrar que una inglesa no podía saber tanto como un escocés. Siguió adaptando la lección, haciéndola más competitiva entre los dos y mucho más difícil. Para su asombro, Aiden superó sus retos.

A diferencia de los informes que había oído de Nial, el chico no era ni lento ni tonto y, de hecho, tenía una mente curiosa y viva.

Se sintió agradecida cuando Nial se pasó por allí al cabo de una hora de clase. Estaba apoyado en la jamba de la puerta, vestido con unos pantalones oscuros de montar, una camisa blanca de lino y botas. Llevaba el pelo peinado hacia atrás y atado con una tira de cuero en la nuca y sus intensos ojos azules la recorrieron como si captaran cada detalle de su aspecto. La emoción se le atascó en la garganta ante la simple visión de él, y apenas fue capaz de apartar la mirada.

—Buenos días, señorita Bingley. Aiden, muchacho, me alegra ver cómo te esfuerzas en tus lecciones.

Aiden gruñó algo y Sabrina se dio cuenta de que le había tocado a ella continuar la conversación.

—¿Va a montar a caballo esta mañana, Sr. MacGregor?

—Sí. Me estoy preparando para la caza del zorro que se celebrará dentro de quince días

aquí en el castillo.

Sabrina parpadeó sorprendida.

—¿Aquí? ¿Una cacería del zorro? —Para su disgusto, la boca de él se crispó con diversión.

—Por el tono de su voz tengo la impresión de que esta actividad en particular no le resulta agradable.

—No he manifestado mi opinión en modo alguno. —No obstante, no pudo evitar sentirse molesta de que pudiera leerla tan bien.

—Sí, pero su expresión sí.

Ella suspiró.

—Bueno, entonces es inútil negarlo. No le veo sentido a cazar a un pobre animal indefenso.

Se rio entre dientes.

—Indefenso, difícilmente. El zorro tiene un ingenio extraordinario.

—Razón de más para no cazarlo.

—Srta. Bingley, no tenía ni idea de que fuera una defensora de los indefensos—. Ahora se burlaba abiertamente de ella.

—Soy una campeona del deporte razonable, no bárbaro.

Aiden interrumpió excitado:

—Bueno, creo que las cacerías de zorros son grandiosas. Si me dejaras ir, Da, yo...

—No. —La palabra salió tan cortante que Sabrina parpadeó sorprendida.

—Pero, Da...

Nial le cortó con un brusco gesto de la mano.

—He dicho que no. Una cacería de zorros no es lugar para un niño.

—No soy un niño.

—Entonces demuéstramelo comportándote.

Aiden, haciendo un mohín, se desplomó en su silla, con la decepción evidente en su rostro. Sabrina observó la interacción tanto con interés como con consternación. Algo cambió en el comportamiento de Nial cuando habló con el chico. Su tono era más frío, casi indiferente. No percibió calidez, ni afecto. Qué extraño. La tragedia debería haberles unido más.

Nial le dirigió una pregunta.

—¿Cómo van las clases?

Sabrina se animó.

—Bastante bien, la verdad. Aiden es un buen alumno.

—Eso no es lo que he oído. —La mirada de Nial se volvió hacia Aiden.

Irritada por la desconsideración del comentario, Sabrina puso una mano en el hombro de Aiden como si de alguna manera quisiera reconfortarle de la frialdad de su padre.

Fue un error. Aiden prácticamente le gruñó y saltó de su silla tan rápido que la derribó.

—Bueno, ya he interrumpido bastante. —La diversión brilló en sus ojos—. Veo que tenéis las manos ocupadas, así que os dejaré volver a vuestras lecciones.

Con esas palabras, se alejó, su corta visita arruinando todo lo que se había logrado entre ella y Aiden esta mañana. Su irritación hacia Nial creció al igual que su compasión por el niño.

Fingió no darse cuenta de la mirada de Aiden y en su lugar cogió el libro de lectura y lo cerró.

—Creo que ya hemos hecho bastante por esta mañana. ¿Te parece bien que levantáramos la sesión hasta después de la comida del mediodía?

Vio que la sorpresa y luego la sospecha cruzaban su rostro y se dio cuenta de que probablemente nunca le habían consultado cómo o cuándo quería hacer sus lecciones.

—¿Quiere decir que he terminado?

Sabrina asintió.

—Has terminado la primera lección de lectura más rápido de lo que esperaba. Reanudaremos con los problemas de matemáticas después de la comida. Luego, como hace un día tan bonito, quizá hagamos una visita a la ciénaga para examinar algunas de las hierbas que crecen allí.

La miró fijamente un momento más, sin saber qué decir o hacer. Finalmente giró sobre sus talones y salió del aula sin decir palabra.

Sabrina suspiró, recogió el resto de las cartillas y las apiló ordenadamente sobre la mesa. Desde luego, esperaba saber lo que hacía.



Comió la comida del mediodía sola en su habitación y luego volvió al aula para esperar a Aiden. No se sorprendió mucho cuando el chico no apareció.

Tomando la decisión consciente de no enfadarse, bajó las escaleras y salió al exterior, pensando que allí tenía más posibilidades de encontrar a Aiden. Pasó por delante de los establos, pero el mozo de cuadra le dijo que no había visto al chico. Decidió dar un paseo por el jardín y admirar los coloridos ranúnculos y amapolas. Los arbustos también estaban en plena floración y se detuvo por el camino para oler los aromas frescos y penetrantes. Por un momento cerró los ojos, imaginándose de vuelta en Inglaterra rodeada de su propio y querido jardín.

Un examen minucioso de los jardines indicó que Aiden no estaba por ninguna parte.

Resignada, decidió seguir el sonido de los perros ladrando. Pronto se topó con un gran corral rodeado por una valla baja hecha de troncos toscamente tallados y atados con cuerdas. Dentro de la valla, un hombre correteaba con una jauría de perros, presumiblemente los sabuesos que cazarían al zorro. Para su sorpresa, vio a Aiden no muy lejos, sentado bajo un árbol y observando cómo el adiestrador hacía trabajar a los perros. Aiden aún no la había visto, así que se quedó quieta, pillando al chico en un momento de descuido. Parecía muy joven y abatido, con las rodillas apretadas contra el pecho. Había algo intrínsecamente triste en él y le dio un tirón en el corazón.

Respirando hondo, se subió las faldas y caminó hacia él, asegurándose de hacer ruido. Él levantó la cabeza y entrecerró los ojos al verla, pero no se apartó. En silencio, ella se sentó a su lado en la hierba.

—No voy a volver a las clases.

—En realidad, pensé que podríamos trabajar un poco fuera. No todas las lecciones de la vida se aprenden en el aula.

—¿Por qué no te rindes, inglesa? Nos ahorrarías a los dos un montón de problemas.

—¿Por qué quieres que me rinda? Si lo hago no tendrías mucho tiempo para las actividades que te gustan.

—No quiero hacer cosas agradables contigo.

—Pues qué lástima. Porque sencillamente no suscribo la teoría de que el trabajo escolar tiene que ser duro y aburrido.

Curvó los labios con desagrado.

—Eres un pato raro. Y no va a funcionar si crees que este enfoque hará que me gustes.

—Soy muy consciente del hecho de que no puedo caerte bien haga lo que haga. Lo que puedo hacer es que el aprendizaje sea interesante.

Resopló con disgusto.

—¿Has sido institutriz antes?

—No, me temo que tú eres el primero, —admitió ella.

—Tienes mucho que aprender sobre los niños.

—Supongo que sí. Quizá acabemos enseñándonos algo el uno al otro.

Puso los ojos en blanco y volvió a mirar a los sabuesos. Sabrina siguió su mirada hacia donde el hombre era perseguido por varios de los perros. Ladraban y gruñían hasta que se dio cuenta de que el adiestrador sostenía una piel de zorro en la mano. Se estremeció.

—¿Cuál es la verdadera razón por la que tu padre no quiere que vayas a la caza del zorro?

Aiden se volvió hacia ella, molesto.

—¿Nunca dejas de hablar, inglesa?

—Puedes llamarme señorita Bingley. Y para ser sincera, rara vez me quedo sin palabras.

—¡Qué suerte! —refunfuñó. Por primera vez Sabrina notó que la corriente subyacente de hostilidad se había desvanecido.

—Y tú has evitado eficazmente la pregunta. ¿Por qué tu padre no te deja venir a la caza del zorro?

Suspiró resignado.

—Ya le has oído. Cree que aún soy un niño indefenso.

—Los padres son protectores por naturaleza.

—Él no es protector. Está avergonzado. —Entonces, dándose cuenta de que se le había escapado algo personal, frunció el ceño y guardó silencio.

Sabrina se sintió sorprendida por sus palabras.

—Estoy segura de que eso no es cierto, aunque me extraña que se oponga basándose únicamente en tu edad. En Inglaterra, los niños de hasta seis años cazan con sus padres. Quizá cambiaría de opinión si lo supiera.

—No cambiará de opinión. Jamás.

—Quizá sería beneficioso que hablara con él.

Aiden la fulminó con la mirada.

—¡No!

—¿Por qué no?

Aiden se dio la vuelta, con las mejillas enrojecidas.

—Porque yo lo digo.

Justo cuando pronunciaba esas palabras, los sabuesos empezaron a ladrar furiosamente. Sabrina vio que una desventurada ardilla había entrado corriendo en el corral. Los perros empezaron a perseguirla, gimiendo cuando se deslizaba por debajo de la valla para ponerse a salvo. Un gran sabueso negro que había sido separado de los demás y atado a un poste de madera, empezó a ladrar y a revolverse con saña. Conmocionada, Sabrina vio cómo el perro se desataba y saltaba por encima de la valla directamente hacia ellos.

Aiden gritó aterrorizado y se lanzó detrás de Sabrina. Atónita, no movió ni un músculo. El perro pasó corriendo junto a ellos y se adentró en el bosque en persecución de la ardilla. Regresó instantes después cuando el adiestrador silbó enfadado.

El adiestrador saltó la valla y se dirigió a Aiden que seguía acobardado detrás de Sabrina.

—Lo siento mucho, joven amo. No sabía que Charlie se había vuelto tan fuerte. Tendré que doblar sus ataduras para mantenerlo bajo control. ¿Estáis bien los dos?

El corazón de Sabrina aún latía con fuerza.

—Gracias, estamos bien.

Charlie se acercó por fin a ellos, deteniéndose para olisquear la mano de Sabrina. Aiden temblaba detrás de ella.

—No pasa nada, Aiden. En realidad Charlie es bastante amistoso siempre que no seas una ardilla. ¿Por qué no le acaricias?

—No, no quiero tocarle.

—Vamos entonces, Charlie, —dijo el adiestrador—. Siento haberles molestado. —El perro le siguió al trote, mirándoles una vez por encima del hombro como divertido.

En cuanto el sabueso estuvo a salvo, Aiden se levantó y comenzó a acechar de vuelta al castillo. Sabrina se levantó también apresuradamente, se subió ligeramente las faldas y le siguió.

—¿Así que ése es el problema? Te dan miedo los perros.

Se detuvo en seco, con el rostro enrojecido y furioso.

—No tengo miedo a los perros. Ahora déjame en paz.

Ella ignoró su orden.

—No debería avergonzarte. Antes me aterrorizaban los perros.

Aiden comenzó a caminar de nuevo, con los puños apretados a los lados.

—Claro que lo tenías. Eres una muchacha.

Resistió el impulso de poner los ojos en blanco.

—¿Sabes cómo superé mi miedo?

—Tengo la sensación de que me lo vas a decir, no importa cómo responda.

—Mi abuelo me ayudó llevándome a ver a los perros un poco cada día. Pronto se acostumbraron a mí y tampoco les tuve tanto miedo.

—Eso no cambiará nada. Da sabe lo de los perros—. Su cara se sonrojó de vergüenza. —Así que olvídalo.

Sabrina no se dejó disuadir.

—No nos rindamos tan fácilmente. Tengo una idea. Bajemos aquí al corral todos los días hasta la caza del zorro. Para empezar, le preguntaremos al adiestrador, el Sr. -—Hizo una pausa, esperando a que él le dijera un nombre.

Dejó escapar un suspiro.

—Foley.

—Foley que deje que los perros nos olfateen a través de la valla. Con el tiempo, tal vez incluso estés dispuesto a acariciarlos. Quizá una vez que tu padre te vea con los sabuesos, esté dispuesto a reconsiderar su decisión sobre la caza del zorro.

Aiden apretó la mandíbula.

—No funcionará.

—Bueno, ¿qué tienes que perder? Podemos considerarlo parte de nuestras lecciones. Sin duda será más entretenido que un manual de matemáticas. Si no funciona, nadie más tiene por qué saberlo aparte del señor Foley y nosotros. ¿Qué dices?

Aiden se detuvo, sus ojos se entrecerraron con desconfianza y recelo. Sin embargo, en el fondo de esas profundidades azules, vio un débil destello de indecisión y algo más... de esperanza.

—Lo pensaré.

—Es justo. Ahora sugiero que bajemos a la ciénaga.

Levantó la ceja de un modo que le recordó a Nial.

—¿A la ciénaga? ¿Y nuestras lecciones? ¿No vas a insistir en que volvamos al aula?

—¿Quieres volver?

—No.

—Entonces tengamos nuestra lección en la ciénaga.

Una sonrisa socarrona se dibujó en su rostro.

—Pero hay ranas y serpientes en la ciénaga.

—Ciertamente eso espero. Tanto mejor para examinarlas en su hábitat natural. Y por cierto, le vigilaré de cerca para asegurarme de que no se le cuela ninguna criatura desprevenida bajo la camisa para utilizarla más tarde.

Para su asombro, él se rio y se dirigió hacia la ciénaga.

—Muy bien, inglesa. Lo haremos a tu manera. Quizás no sea un día tan malo después de todo.

—Puede que sí, —murmuró ella con una sonrisa.



Pasó una semana y Sabrina cayó en una cómoda rutina. Ella y Aiden habían declarado una especie de tregua provisional. Después de llegar tarde una vez más a la cena y no recibir comida, empezó a llegar puntual, aseado y con buenos modales.

También llegaba puntual a las clases y, a su vez, ella las mantenía animadas y entretenidas. Para gran deleite del niño, las lecciones no se limitaban únicamente al aula.

También seguía tomando el té a diario con la Sra. MacDougal en su habitación, cotilleaba con la joven sirvienta Gladys y empezaba a sentirse parte integrante de la vida del castillo. Al final de la tarde, ella y Fergus MacGregor jugaban juntos al ajedrez, una actividad que había

disfrutado mucho con su abuelo.

Cada noche, después de la cena, Nial la acompañaba a su habitación, charlando de forma cálida y amistosa, todo un caballero. No había más mención de su tiempo juntos diez años antes. Ninguna insinuación en su voz o en su mirada, sólo amable respeto y calidez. ¿Cómo podía no afectarle un hombre tan apuesto y encantador? No obstante, aprovechó cada oportunidad que pudo para recordarse a sí misma que él estaba siendo amable porque necesitaba que ella se quedara por el bien de Aiden.

Sin que Nial lo supiera, ella y Aiden visitaban el corral del perro todos los días. Aunque Aiden aún no había reunido el valor suficiente para adentrarse en la zona vallada, había permitido que los perros le olisquearan e incluso una vez ella le sorprendió dándole una palmadita en la cabeza a uno de los sabuesos. El chico aún les tenía miedo, pero el hecho de que estuviera dispuesto incluso a intentar superar un temor tan arraigado era testimonio de lo mucho que anhelaba la aprobación de su padre.

No obstante, cuanto más observaba a Nial y Aiden juntos, más le desconcertaba la fría indiferencia de Nial hacia su hijo. No tenía palabras cariñosas para Aiden, ni abrazos o palmaditas paternales, sólo los acostumbrados intercambios de cortesía que dejaban el corazón de Sabrina dolido por ambos. No era de extrañar que el niño se sintiera obligado a desobedecer. Era la única forma en que parecía capaz de llamar la atención de su padre.

Esta mañana, después de las clases, paseaba por el jardín cuando oyó unos pasos detrás de ella. Se dio la vuelta y vio a Nial vestido con unos calzones color canela, una camisa de lino blanco y unas botas negras. Llevaba el pelo recogido en la nuca y estaba recién afeitado. Su pulso se aceleró.

—He oído que has estado pasando tiempo aquí. ¿Te gustan nuestros jardines?

—Son preciosos. Espero que no te importe que ayude a cuidar las flores. Echo tanto de menos mi propio jardín.

—No me importa en absoluto. De hecho, me alegra que hayas encontrar algo de paz aquí. —Señaló un pequeño banco de piedra—. ¿Tiene un momento para hablar conmigo?

—Por supuesto.

Ella se levantó las faldas y se sentó con cautela. Él se unió a ella, sus muslos rozando sus faldas. Su corazón dio un vuelco. El mero hecho de sentarse a su lado con el sol cálido sobre sus cabezas y hombros hizo que un torrente de recuerdos se precipitara.

—¿Cómo le va a Aiden con sus lecciones?

—Bastante bien. Tengo el placer de informarte de que no es tonto en absoluto. En realidad Aiden es un chico muy inteligente. Confío en que progresará rápidamente.

—Me alegra oír eso, aunque debo decir que estoy un poco sorprendido. Eres la primera institutriz que habla tan amablemente de Aiden.

—No hablo con amabilidad, hablo con sinceridad. Tiene muchos talentos que aún no he explorado a mi satisfacción. ¿Sabías que es un dibujante bastante consumado?

—¿Aiden?

—Sí. Me proporcionó un boceto maravillosamente detallado de una hoja de roble. Y dibujó una encantadora representación del castillo.

—Es un talento que recibió de su madre, sin duda. Cora era una pintora bastante consumada.

Era la primera vez que le oía mencionar su nombre voluntariamente.

—Tendrás que venir y ver sus esfuerzos por ti mismo.

—Debo hacerlo, desde luego.

La conversación se calmó y Sabrina se sentía cada vez más incómoda sentada tan cerca. El mero hecho de estar cerca de él agudizaba sus sentidos hasta un nivel extraordinario. El color de

las flores parecía más vivo, el sol más cálido y los olores del jardín eran mucho más fragantes cuando él estaba cerca.

Se protegió los ojos del sol.

—Hay otro asunto del que deseaba informarte. La caza del zorro comenzará la próxima semana. He invitado a varios invitados importantes y la celebración tendrá lugar dentro de unos días. Me gustaría que mantuvieras al muchacho fuera de la vista.

—Haré lo que pueda, por supuesto. Pero si me permites el atrevimiento de preguntarle por qué no permite que Aiden le acompañe a la caza del zorro.

Enarcó una ceja.

—Creía que no aprobabas la caza del zorro.

—No la apruebo. Pero eso no cambia el hecho de que tu hijo quiera asistir desesperadamente.

—Es demasiado joven.

—Niños de hasta seis años cazan zorros en Inglaterra.

—Esto no es Inglaterra.

Ella le estudió intensamente.

—¿Por qué no quieres realmente que vaya?

Nial suspiró, quizá dándose cuenta de que ella pretendía insistir.

—Aiden tiene miedo de los sabuesos. Puede pensar que podría arreglárselas, pero sería una experiencia aterradora para él. No deseo disgustar al muchacho.

Se removió ligeramente en el banco.

—¿Y si ya no estuviera tan asustado? ¿Cambiarías de opinión?

Él la estudió durante un largo momento.

—¿Qué estás tramando, Sabrina?

—Ya lo verás. Sólo te pido que te reserves tu decisión final sobre la caza del zorro.

Él lo consideró durante un minuto y luego asintió con la cabeza.

—De acuerdo.

Ella sonrió.

—Te lo agradezco.

Él le devolvió la sonrisa, con un poco del diablo en los ojos, y por un momento ella vio al joven que había sido una vez, desahogado por las responsabilidades de la vida. Una añoranza agridulce la llenó y tuvo que apartar la mirada por miedo a que él la viera en sus ojos.

—Ah, y mi da me ha convencido para que organice un baile para agasajar a nuestros invitados antes de la caza del zorro. No estoy seguro de que sea una buena idea, pero es algo que él realmente quería hacer, así que decidí complacerle.

Su corazón se agitó con pavor. Los bailes le recordaban su fracasada temporada londinense.

—Supongo que querrás que Aiden asista.

—Sí, ¿puedes encargarte de que esté convenientemente preparado?

—¿En qué sentido?

Parecía perdido.

—No lo sé. Pensaría en el comportamiento adecuado para un muchacho en tales cosas. Supongo que habría que enseñarle a bailar.

—¿En una semana?

—¿No es posible? —Parecía tan aterrorizado que ella casi sintió lástima por él. Los hombres eran tan completamente tontos cuando se trataba de esas cosas.

—Supongo que puedo enseñarle un paso o dos.

Nial suspiró aliviado.

—Bien.

—¿Qué tipo de baile va a ser?

—Un baile de disfraces.

Sabrina levantó las manos exasperada.

—¿Un baile de disfraces? Por el amor de Dios, Nial, no es como si pudiera producir un traje adecuado para él de la nada.

—La Sra. MacDougal se encargará de ello por ti. Ella también hará uno para ti.

—¿Para mí? ¿Deseas que yo asista?

—Por supuesto, deseo que asistas.

Ella buscó a su alrededor una razón para negarse, pero no se le ocurrió ninguna. Él había vinculado claramente su presencia al baile como parte de sus obligaciones en la vigilancia de Aiden. ¿Cómo podía negarse?

Se levantó, con la mente acelerada.

—Bueno, si eso es lo que deseas.

—Lo es.

—Entonces hay mucho que hacer. ¿Me das permiso para marcharme?

Él pareció complacido de que ella hubiera preguntado.

—Como desees, Sabrina.

Ella empezó a alejarse y luego se detuvo y le echó un vistazo por encima del hombro. Él seguía sentado en el banco observándola, sonriendo. La luz del sol bailaba sobre su pelo oscuro, su rostro iluminado con una belleza apasionada. Una agridulce sensación de añoranza la invadió. Incluso ahora sus recuerdos de él seguían siendo fuertes y claros, al igual que su atracción.

Él levantó una ceja oscura.

—¿Hay algo más, muchacha?

Ella negó con la cabeza.

—No. No hay nada en absoluto.

Capítulo 4

Sabrina acarició al dulce sabueso de pelo castaño por encima de la valla de madera.

—Creo que Mari será la que encuentre al zorro.

—No es posible. Es una lassie. —Aiden se acercó valientemente a la valla para rascarle detrás de las orejas—. Será un macho quien lidere la manada. Charlie, creo. —Miró al gran perro negro.

Sabrina se maravilló de lo mucho que había trabajado Aiden para superar su miedo a los perros. Aunque todavía no se sentía cómodo en su presencia, ya no estaba aterrorizado. De hecho, había progresado en muchas cosas. Se presentaba a sus clases y el trabajo había ido tan bien como cabía esperar. Aiden seguía siendo receloso y no cooperaba del todo, pero al menos estaba progresando. Dio gracias a Dios por las pequeñas cosas.

Sabrina continuó rascando los cuartos traseros de Mari cuando el sonido del golpeteo de unas pezuñas llamó su atención. Al girarse, vio a un grupo de seis personas cabalgando hacia el patio. Curiosa, estiró el cuello para ver a los visitantes. Cuando los jinetes desmontaron, Sabrina vio a Nial salir a grandes zancadas del castillo e ir directamente hacia una mujer embozada que permanecía sentada en su montura. Nial le ofreció una mano y ella la tomó, deslizándose hasta el suelo, segura entre sus brazos. Durante un momento, Sabrina sintió una inesperada oleada de celos.

La capucha se deslizó hacia atrás de la cabeza de la mujer y un espeso cabello negro se

derramó por su espalda en una onda en cascada. Le dijo algo a Nial y él se rio, inclinando la cabeza hacia ella.

Sabrina señaló a la mujer.

—Aiden, ¿quién es ésa?

Aiden se dio la vuelta.

—Lady Berenice Lokhhart.

—¿Lokhhart? —Sabrina se hizo eco y entonces un pensamiento desagradable saltó a su mente—. No será la antigua Berenice Cameron, ¿verdad?

—¿Cómo sabías que era del clan Cameron?

—Una suposición afortunada.

Su estómago empezó a revolverse incómodamente. Así que ésta era la mujer con la que Nial había deseado casarse antes de verse obligado a casarse con Cora MacKay.

—La odio, —declaró Aiden.

Sabrina lo miró sorprendida.

—Vaya, eso que dices es realmente horrible.

—Es verdad.

Berenice rio, el tintineante sonido flotando hacia ellos en la brisa y atrayendo de nuevo la mirada de Sabrina hacia la apuesta pareja. De repente, Nial levantó su oscura cabeza como si sintiera que ella le observaba. Sus ojos se clavaron en los de ella, intensos y pensativos. Avergonzada por haber sido sorprendida mirando fijamente, Sabrina enrojeció y se dio la vuelta, pero no antes de ver a Berenice enlazar posesivamente su brazo con el de él.

Sabrina marchó hacia la valla y empezó a acariciar de nuevo a Mari, con los pensamientos revueltos.

Aiden la siguió.

—Espero que esta vez no se quede mucho tiempo.

—¿Esta vez? —Por la misericordia de Dios, ¿con qué frecuencia nos visita Berenice?— ¿No está... bueno, ya casada? —No es que le importara a un granuja como Nial, pero por el bien de Aiden, ella esperaba que así fuera.

—Estuvo casada. Pero el viejo Archibald murió justo un mes antes que mamá.

Atónita, Sabrina se quedó callada. Qué extraordinaria coincidencia que los respectivos cónyuges de Nial y Berenice hubieran muerto con un mes de diferencia.

Se apoyó en el tronco inferior de la valla y se acercó a Mari.

—Viene mucho por aquí desde que murió tu madre.

—Ah. —Sabrina digirió esa desagradable información—. ¿No es un poco extraño que ya esté aquí? La caza del zorro no tendrá lugar hasta la semana que viene.

Aiden se encogió de hombros.

—No creo que a Da le importe pasar tiempo con ella. Al menos significa que no tendrá que estar conmigo. —La amargura tiñó su voz y Sabrina hizo una mueca de dolor.

—Tu padre simplemente está siendo un caballero y el deber exige que pase tiempo con sus invitados.

Aiden la miró con curiosidad.

—¿Por qué le defiendes?

¿Por qué? Ella mantuvo su expresión neutral.

—No le defiendo a él. Sólo expongo los hechos.

—Ella no ama a Da —Se rascó el pie—. Ella sólo quiere el tesoro.

—¿El tesoro? ¿Qué tesoro?

Aiden puso los ojos en blanco, claramente pensando que había que explicarle las cosas como si fuera una niña.

—El tesoro de ole Black Darach MacGregor. Se dice que escondió unas joyas en el castillo. La gente lleva siglos buscando las joyas sin suerte. Pero algún día las encontraré. Lo haré.

—Es un cuento maravilloso, Aiden, pero lo más probable es que no sea cierto. Seguro que cualquier tesoro escondido ya se habría encontrado.

—Pues no ha sido así.

Sabrina se sacudió las faldas.

—Creo que ya está bien de hablar de tesoros escondidos. Volvamos al aula para el resto de nuestra lección.

Para su sorpresa, él no se quejó mientras ella le llevaba de vuelta a la habitación. Al menos ese pensamiento la reconfortó incluso cuando los pensamientos más inquietantes de Nial y Berenice sirvieron para preocuparla considerablemente.



Nial se sentó junto a Berenice en el arboreto del castillo, intentando parecer interesado en su interminable charla sobre su último viaje a Edimburgo. No podía importarle menos la última moda, la renovación de la posada donde se había alojado y los cotilleos sobre las supuestas personas importantes que había visitado.

¿Por qué, en nombre de Dios, había llegado la mujer tan temprano?

Maldijo porque ya sabía la respuesta a eso. Ella había venido por él, por lo que creía que pasaría entre ellos. Y hasta que había visto a Sabrina, incluso él pensaba que era un futuro posible.

Sin embargo, sus planes se habían alterado en cuanto se dio cuenta de que sus sentimientos por Sabrina seguían siendo verdaderos. Ahora tenía que determinar la mejor manera de reconquistar a Sabrina sin herir en exceso los sentimientos o el orgullo de Berenice. Y por lo que sabía de Berenice, no sería una tarea fácil.

Infierno y condenación, las mujeres serían su perdición.

Suspiró y se recostó en su silla. Las plantas y flores del arboreto estaban en plena floración y él debería haber estado disfrutando de su belleza y fragancia. En lugar de eso, sintió que se le agriaba el humor.

Berenice dijo algo y le dio unas palmaditas en la rodilla. Aquel gesto íntimo de una mujer de su belleza y estatura habría hecho que la mayoría de los hombres contaran fervientemente sus bendiciones. Con qué facilidad se había enamorado de ella cuando era un muchacho. Tenía un cuerpo lleno de curvas y su espeso cabello negro colgaba en graciosas curvas sobre sus hombros. Sin embargo, a pesar de todo eso, también podía ser cruel y fría, y a él no siempre le había gustado lo que había visto. Además, entre ellos dos no había una atracción convincente, ni intereses comunes, ni una verdadera pasión más allá de la física. De no haber sido por Sabrina, tal vez se hubiera conformado con eso. Pero ahora sabía que no era así.

Quería más.

Había sido una lección bien aprendida que la belleza era superficial y no hacía un matrimonio dichoso. Sólo pensar en los años que había pasado con Cora hacía que su pecho se contrajera incómodamente. Pero Berenice sabía demasiado sobre él, sobre su pasado. Si sospechaba siquiera de su afecto por Sabrina, podía crearle problemas que él difícilmente podría manejar.

Por las heridas de Cristo, tenía que hacer algo para salir de esta situación intolerable antes de que perdiera algo de lo que había ganado hasta el momento con Sabrina.

Pero, ¿cómo demonios iba a hacerlo con Berenice vigilando todos sus movimientos?

Capítulo 5

A medida que se acercaban los días del baile de disfraces y de la caza del zorro, el castillo giraba en un frenesí de actividad. La cocina era un lugar ajetreado tanto de día como de noche, y la señora MacDougal parecía acosada cada vez que Sabrina la veía.

Había sido presentada formalmente a Berenice, que apenas había reconocido su existencia. Había visto a la mujer por el castillo, dando órdenes a la gente como si ya viviera allí. Las criadas correteaban fregando suelos y batiendo las alfombras.

Varias noches seguidas, Aiden y Sabrina cenaron solos en la gran mesa del Gran Comedor. Al parecer, Fergus, Nial, Berenice y su séquito cenaban mucho más tarde. Sabrina se esforzó por no sentirse celosa cuando vio a Nial y Berenice paseando por los terrenos del castillo, pero lo estaba.

Y se odió por ello.

El quinto día de la visita de Berenice, Sabrina tuvo la inesperada oportunidad de ver de cerca a la mujer. Berenice entró en el Gran Comedor con Nial y Fergus siguiéndola de cerca, aparentemente decididos a cenar temprano. Sabrina hizo un discreto gesto con la cabeza a Aiden y el muchacho se quedó de pie a regañadientes hasta que Berenice se sentó.

A diferencia de otras mujeres, Berenice era aún más hermosa de cerca. Su largo cabello negro estaba entrelazado con hilos de oro que brillaban a la luz de las velas, complementando su

vestido de terciopelo negro. El mero hecho de estar en la misma habitación que ella hizo que Sabrina se sintiera aún más desaliñada que de costumbre.

Como había esperado, Berenice apenas registró su presencia, ni una sola vez se dirigió a ella directamente, considerándola nada más que una sirvienta. La parte más incómoda de la velada llegó cuando se sirvió a los invitados el plato principal. En cuanto le pusieron el plato delante, Sabrina supo que estaba en problemas.

La bilis le subió a la garganta mientras estudiaba el bulto marrón del plato.

—¿Esto es... haggis?

Nial sonrió.

—Sí. ¿Lo has probado antes?

Sabrina sacudió la cabeza. Había oído a su abuelo hablar a menudo del manjar escocés. Oh, cómo se reía cuando ella se tapaba la boca con un paño y le daban arcadas ante la idea de tener que comerse el corazón, el hígado y los pulmones de una oveja hechos puré después de haber sido cocidos a fuego lento en el saco del estómago. Debería haberse preparado mejor para esas costumbres escocesas, pero habían pasado tantas cosas desde que llegó al castillo que simplemente lo había olvidado.

Sabrina buscó una respuesta cortés.

—Yo... no he tenido el honor.

Aiden tomó un bocado, masticó.

—Pareces un poco verde. Come.

Sabrina apartó la mirada de su cena.

—Ah, no me encuentro bien. Quizá debería retirarme.

Nial se rio, sabiendo enseguida lo que la había angustiado.

—Me temo que hemos ofendido la sensibilidad inglesa de la Srta. Bingley con nuestra oferta de comida.

—No, en absoluto. Soy consciente de que es un manjar escocés. Es sólo que no tengo tanta hambre.

Aiden arrugó la frente, llevándose otro bocado de haggis a la boca.

—Estabas comiendo bien hace un minuto.

—Ah, bueno, yo...

Nial levantó una mano, sus ojos centelleando.

—Por favor, quédese, Srta. Bingley. Haré que le traigan otro plato.

—No, por favor. No será necesario.

No obstante, Nial insistió. También la convenció para que se quedara charlando durante mucho más tiempo del que ella consideraba apropiado para la institutriz. Sabrina acababa de pensar en excusarse de nuevo cuando la conversación giró repentinamente hacia ella.

—Así que la institutriz es inglesa. Qué fascinante. —La voz de Berenice llevaba sólo una pizca de desagrado.

Sabrina levantó la vista de la mesa. A pesar de que el comentario de Berenice no se había dirigido directamente a ella, el orgullo le dictó que contestara.

—Sí. Soy del norte de Inglaterra. De Alnwick para ser exactos.

—Nunca lo había oído. —Berenice volvió sus hermosos ojos verdes hacia Nial—. Debo decir, Nial, que esto es bastante inusual, incluso para ti.

Sabrina se puso rígida ante el casual y pero muy señalado uso de su nombre de pila delante tanto de su padre como de su hijo. Se trataba claramente de una mujer haciendo una reivindicación pública de su territorio.

Si Nial entendió la implicación no dijo nada, pero resultó evidente su perplejidad.

—La señorita Bingley es una vieja amiga de la familia.

—¿Ah, sí? —Berenice levantó una delicada ceja—. ¿Cómo de vieja?

Por alguna razón insondable, Fergus se rio.

—Bueno, querida, su abuelo y yo nos conocemos desde hace bastante tiempo. Nial y yo pasamos un verano de lo más encantador en su finca hace algunos años. La señorita Bingley fue una anfitriona impecable, especialmente con Nial.

Sabrina se sonrojó. Fergus estaba claramente provocando a la mujer y parecía disfrutarlo. Peor aún, Nial no dijo nada para detenerlo.

Berenice se reclinó en su silla.

—¿En serio?

Sabrina bebió un trago de su vino.

—Fue hace mucho, mucho tiempo. Diez años.

¿Por qué, en nombre de Dios, había dado voluntariamente esa información?

—Vaya, vaya. —Berenice miró pensativamente a Sabrina por encima de su copa de vino —. Qué interesante.

—En realidad no. —Se puso en pie, con las mejillas ardiendo incómodamente—. Bueno, con su permiso, señor, me retiraré por esta noche.

Los hombres de la mesa se levantaron, pero antes de que Nial pudiera ofrecerse a acompañarla, ella invitó a Aiden a hacerlo. Él parecía reacio a levantarse de la mesa, pero para sorpresa de ella, accedió. Galantemente la acompañó hasta su puerta, deteniéndose sólo momentáneamente antes de volver corriendo hacia el Gran Comedor.

No supo por qué no entró simplemente en su habitación y se retiró a descansar. En un

minuto tenía la mano en el picaporte y al siguiente, se daba la vuelta y se dirigía hacia los escalones en espiral al final del pasillo. Sin tomar conscientemente la decisión, comenzó a subir por la larga y sinuosa escalera que conducía a la torre norte. Al principio el camino estaba débilmente iluminado desde abajo, pero a medida que ascendía más, tuvo que tantear el camino con las manos. Fue una subida mucho mayor de lo que había esperado y se quedó sin aliento cuando llegó arriba. Sabrina se detuvo al sentir la fría madera de la puerta bajo sus dedos. Buscando a tientas el pestillo, empujó hacia abajo, segura de que estaría cerrada. Para su asombro, la puerta se abrió con un chirrido quejumbroso. Parpadeó, intentando que sus ojos se adaptaran a la brillante luz de la luna que se derramaba en la habitación a través de una ventana abierta.

Ahora bien, ¿por qué estaba abierta la ventana?

Sabrina se quedó de pie en el umbral de la puerta escuchando el silbido del viento a través de la habitación vacía, con el corazón latiéndole rápidamente. Podía ver la forma tenue de una sola silla y en el rincón junto a la ventana, una rueca. No tenía ni idea de por qué había venido ni de lo que esperaba encontrar. Sin embargo, allí estaba, en la misma habitación donde Cora MacGregor había encontrado su prematura muerte.

Obligada por una curiosidad morbosa, se acercó a la ventana. Se atrevió a echar un vistazo cauteloso al patio de abajo.

De repente, Sabrina oyó un estruendo y se dio la vuelta, chillando cuando una forma oscura la agarró por la parte superior del brazo. Apartada de la ventana de un tirón, se estampó contra la pared de piedra, el aliento escapándosele de los pulmones con un fuerte silbido.

Nial gruñó, su voz cortante arremetió contra ella.

—¿Qué demonios haces aquí? —A la luz de la luna pudo ver sus fosas nasales encendidas por la furia, sus ojos fríos por la ira.

—YO... YO... —Sabrina luchó por recuperar el aliento y frenar el estruendo de su corazón

—. Sólo estaba explorando.

Él la sacudió ligeramente.

—¿Explorando? ¿Aquí?

—Lo siento. —Su cuerpo empezó a temblar—. No sabía que estaba prohibido.

Su agarre de los hombros se aflojó aunque seguía inmovilizándola contra la pared.

—No está prohibido. Pero si hubieras deseado ver la habitación, podrías haberlo pedido.

—Tienes razón. Te pido disculpas.

Su ira pareció desvanecerse.

—¿Por qué abriste la ventana?

—Yo no abrí la ventana. Estaba abierta cuando llegué.

—¿Ya estaba abierta?

—Sí.

Pudo ver que no la creía.

—¿Dónde está tu luz?

—No tengo ninguna.

—¿Has subido aquí a oscuras?

—Bueno, no veo la tuya. —Ella sabía que sonaba ridículamente a la defensiva.

—Se me cayó cuando entré en la habitación y te vi en la ventana.

—Ah. —Ella se preguntó por qué él aún no se había apartado. Permaneció apretado contra ella, su cuerpo considerablemente grande resguardando el suyo como si la protegiera de algo.

¿Pero de qué?

El silencio se extendió entre ellos antes de que él hablara.

—Maldita sea, Sabrina, podrías haberte hecho daño aquí arriba. Podrías haberte perdido.

Ella pensó que era una curiosa elección de palabras, pero antes de que pudiera considerarlo, él la atrajo bruscamente, casi con violencia, hacia él, su boca reclamando la suya en una explosión de calor y hambre. La cuidadosa barrera que había erigido alrededor de su corazón fue aplastada en un instante mientras su boca devoraba su suavidad. No eran los besos suaves y tiernos que él le había dado una vez a los dieciséis años. Eran los besos de un hombre impulsado por el hambre y el deseo indomable.

Sus rodillas se doblaron bajo su inesperado rapto y ella se agarró a sus hombros, emocionada y conmocionada a la vez por la embriagadora sensación de sus labios ardientes y la acogedora respuesta de su cuerpo hacia él. La estaba devorando y ella lo permitía, deseándolo más que nada que hubiera deseado antes. Él enredó los dedos en su pelo, inclinando su boca para que encajara en la suya, exigiéndole que se encontrara con él con el mismo abandono temerario.

Ella se entregó a la pasión de su beso, sucumbiendo a la enérgica dominación de sus labios. Estaba débil, pero no le importaba, no quería que él se detuviera. Nunca antes había sido capaz de resistirse a él y se dio cuenta de que nunca lo haría.

Entonces, tan bruscamente como se había inclinado para besarla, levantó la boca, cerró los ojos y apoyó la frente contra la pared de piedra junto a su cabeza. Ella no se atrevió a moverse. La sangre latía con fuerza en su cerebro, saltaba de su corazón y se atascaba en su garganta junto con una emoción cruda y poderosa.

El amor.

Por un momento, no dijo nada y luego se acercó para cerrar la ventana.

—Vámonos. Coge mi mano y te guiaré escaleras abajo. Pueden ser bastante traicioneras en la oscuridad.

Ella dudó, no confiaba en volver a tocarle, aún profundamente conmocionada por su apasionada embestida. Él esperó a que se decidiera y, lentamente, ella le tendió la mano. Él la agarró, esas mismas manos mágicas que momentos antes habían estado enrolladas en su pelo.

Nial permaneció en silencio durante todo el trayecto escaleras abajo. Sin desearle buenas noches, la dejó en su habitación y se marchó. Sabrina cerró la puerta, apoyándose en ella y cerrando los ojos.

Aún le amaba. Era una admisión desenterrada de un lugar más allá de la lógica y la razón. Y era horriblemente, terriblemente cierta.

¿Qué había ocurrido en la torre entre ellos dos?

Ella temblaba. ¿La había seguido, y si no, por qué había ido a la torre? ¿Quién había estado allí antes que ella y había abierto la ventana?

Ignorando el repentino escalofrío, se desnudó para acostarse y apagó la vela. Esta noche soñaría con cosas buenas, con cosas seguras. Pero justo cuando se iba a dormir, le pareció oír una suave voz que le susurraba al oído.

Le advertía que tuviera cuidado con Nial MacGregor.

Capítulo 6

Otros huéspedes del castillo comenzaron a llegar el miércoles por la mañana para la caza del zorro que tendría lugar el sábado. Aún más esperado, al parecer, era el baile de disfraces del jueves por la noche. El castillo bullía de sirvientes correteando de un lado a otro limpiando, horneando y preparando las habitaciones para los numerosos invitados. Sabrina contó personalmente doce caras nuevas, pero estaba segura de que se le habían escapado al menos unas cuantas.

En deferencia a todo el alboroto, suspendió las clases regulares de Aiden y pasaron los días practicando pasos de baile o bajando con los sabuesos. Estaba asombrada de sus progresos y sólo podía atribuirlos a su arraigado deseo de complacer a su padre.

Consideró que era su deber advertirle.

—Aún tenemos que convencer a tu padre. Puede que eso no sea fácil.

—Podemos hacerlo. —Aiden sonaba tan seguro de sí mismo que ella rezó para que tuviera razón.

El resto del miércoles Sabrina lo pasó ayudando a la Sra. MacDougal a coser sus trajes y los de Aiden. En cuanto Aiden supo que se le permitiría asistir al baile, no tardó en anunciar que deseaba ser un pirata. La Sra. MacDougal envió a dos chicas a coser el suyo, mientras seleccionaba un vestido azul claro que serviría de disfraz para Sabrina.

—¿Quién seré yo con eso? —Sabrina miró a la ama de llaves con curiosidad.

—Megan MacGregor, esposa de Darach el Negro.

Sabrina jadeó sorprendida

—¿Megan MacGregor? ¿Por qué ella?

La Sra. MacDougal se encogió de hombros, pero Sabrina percibió su desaprobación.

—Porque Nial lo pidió. Y porque será un disfraz fácil de coser. Ella frecuenta la torre, ¿has oído?

—¿La torre norte? —Sabrina pensó en la ventana abierta.

—Sí, desde luego. Seguro que has oído hablar del tesoro que Darach el Negro escondió en el castillo.

—Aiden me lo contó. Seguro que no te crees esas tonterías.

—'No me corresponde a mí creerlo o no. Simplemente es así.

Sabrina se hundió en una silla.

—¿Qué pasó con Megan?

—Después de que mataran a Darach, desapareció. Algunos creen que encontró el tesoro y huyó con él, pero nunca la encontraron ni viva ni muerta. Y nadie reveló nunca el tesoro.

Sabrina se estremeció.

—Parece que este tesoro, si realmente existe, trae bastante mala suerte.

—Así es. Después de todo, el tesoro vino de los ingleses y su precio fue la traición a la propia gente de Darach. A decir verdad, usted se parece a Megan MacGregor.

—¿Me parezco?

—Sí, puedes verlo por ti misma. Su retrato cuelga en el Gran Salón en la pared al oeste del

hogar. Ella está sentada en el jardín, vestida con un vestido azul con hilos de plata.

—De ahí su elección del vestido azul. Debo echarle un vistazo.

—En efecto, debería. —Levantó el vestido de Sabrina y la estudió. —Cuida de nuestro Aiden. Será su primer baile y sin duda una noche para recordar. Quizá para todos nosotros.

Sabrina asintió, sin saber cuánta razón tendría.

—Esta vez no se me escapará, Madame—. Aiden dio un paso adelante en el aula, blandiendo una espada de madera. El parche negro sobre su ojo derecho se deslizó por su nariz y lo empujó hacia arriba—. Entregue su tesoro de inmediato o enfréntese a una muerte segura.

Sabrina levantó las manos en señal de terror fingido.

—Se lo ruego, señor, no me haga daño.

Aiden rio y Sabrina se alegró al ver que la calidez llegaba realmente a sus ojos por primera vez desde que se conocían.

—Bueno, ¿parezco lo suficientemente fiero para el baile de esta noche, inglesa?

Extendió las manos y se dio la vuelta para que ella lo inspeccionara. A decir verdad, ella pensó que parecía poco menos que adorable con una camisa fluida de color blanco, calzones negros y un trapo rojo atado a la cabeza. Una espada de madera sujeta a su cintura con una tira de cuero. Pero sabía que no debía decirlo.

—Te ves positivamente feroz. —Ella ajustó el trapo sobre su cabeza—. Recuerda que delante de los demás invitados debes dirigirte a mí como Srta. Bingley.

Él le dedicó una sonrisa infantil.

—Nunca te llamo así. Esta noche te llamaré Megan MacGregor. ¿Sabías que te pareces a ella?

—Hay un ligero parecido, supongo. —Sabrina alisó los pliegues de su vestido azul.

La Sra. MacDougal había cubierto el corpiño con gasa plateada, sin duda para que se pareciera al que llevaba la verdadera Megan MacGregor en el retrato.

—Vámonos. Practiquemos esos pasos de baile una última vez antes de ponerlos en práctica.

Los músicos ya habían empezado a tocar abajo y podían oír los cadenciosos acordes que entraban por la puerta abierta.

—No olvides que cuando le pidas a una dama el placer de un baile y ella acepte, debes ofrecerle tu brazo. —Sabrina extendió el brazo hasta que Aiden lo cogió—. Ahora acompáñame a la pista de baile.

El chico hizo lo que se le dijo pero parecía tan nervioso que ella pensó que podría desfallecer. Sabrina le dio unas palmaditas en el hombro.

—Esto no es tan terrible.

—Para ti es fácil decirlo. Eres una muchacha. Te gusta bailar.

Ella puso los ojos en blanco, pero se apiadó de él.

—Ahora, coge mi mano derecha y luego gira a tu izquierda. Ambos daremos tres pasos hacia delante y luego nos volveremos a mirar.

Le cogió la mano e inmediatamente dio tres pasos. Sabrina se tragó una carcajada.

—No, Aiden, debes esperar a la dama antes de dar los tres pasos. Así. —Ella le mostró cómo proceder y él se ruborizó de un rojo intenso, rozando con el pie el suelo.

—Lo siento.

—Lo estás haciendo bien.

Lo practicaron unas cuantas veces más hasta que oyeron un ruido en la puerta. Ambos se giraron para ver a Nial apoyado en el marco de la puerta. Impresionantemente resplandeciente

con una camisa blanca y una falda escocesa negra y gris, exudaba masculinidad. Se había echado sobre un hombro un chaleco escocés en colores a juego y se lo había abrochado con un reluciente broche de rubí rojo. Su cabello negro como el diablo le colgaba suelto sobre los hombros y un puñal enfundado se había sujetado a su cintura con un cinturón de cuero. Se parecía tanto al salvaje Darach el Negro del cuadro que la dejó sin aliento.

Saludó a Aiden con la cabeza.

—Bien hecho, muchacho. No eres malo con los pies para ser un pirata.

Complacido por el elogio, Aiden hinchó el pecho.

—Bailar es fácil.

Sabrina sonrió ante la fanfarronada y miró a Nial. Él la miró, con una mezcla de diversión, calor y deseo en el rostro. No habían hablado del beso en la torre y, de hecho, habían hablado muy poco desde aquella noche. Eso le venía muy bien porque tenía toda la intención de olvidar que había sucedido.

—Megan MacGregor. —Las palabras salieron como un susurro reverenciado—. El parecido es notable.

Ofreció una pequeña reverencia.

—La Sra. MacDougal dijo que tú lo pediste. Dado que teníamos poco tiempo para hacer un traje, estuve de acuerdo en que ésta era una elección adecuada.

—Sí, me complace que hayas considerado oportuno complacerme. ¿Puedo solicitar el placer de este baile?

—¿Ahora? ¿Pero qué pasa con tus invitados de abajo? —Nial sonrió, sus dientes brillando blancos—. Aiden, baja al baile y ocupa mi lugar temporalmente como anfitrión, ¿quieres, muchacho? La señorita Bingley y yo nos uniremos a vosotros en un minuto. Me gustaría que me instruyera en uno o dos pasos de baile.

—¿Quieres que sea el anfitrión? —Aiden apenas podía contener su excitación—. Sí, papá, puedo hacerlo. —Salió corriendo hacia el pasillo, presumiblemente antes de que su padre cambiara de opinión.

—Es un buen muchacho. —Nial se volvió hacia Sabrina e hizo una reverencia—. ¿Empezamos, milady?

Sabrina asintió, intentando calmar el martilleo de su corazón. Nial le tendió el brazo y ella lo tomó. Deslizó su cálida mano por su brazo, dejando un rastro de fuego antes de enlazar los dedos con ella. Juntos empezaron a bailar, perfectamente acompasados el uno con el otro. Al cabo de unos minutos, Sabrina habló.

—Está claro que no necesitas ninguna instrucción.

—Es sólo porque tengo una pareja excelente. —Mostraba un toque de diablura en sus ojos azules.

No pudo evitar sonreír.

—Eres bastante incorregible. Y te das cuenta de que llevar la falda escocesa es ilegal. El Rey lo ha decretado así.

—¿En serio? —Nial expresó una fingida sorpresa, apretó expertamente la palma de su mano contra la de ella y dio un paso adelante—. ¿Y pretendes hacer cumplir el decreto del rey?

—Por supuesto que no. ¿Pero no te preocupa que se corra la voz de esto hasta el rey?

—¿Tú me delatarías?

—Ciertamente, no lo haría. Después de todo, eres mi patrón. Si te llevan a la cárcel, ¿quién pagará mi estipendio?

Sus cálidos dedos agarraron los de ella cuando se pusieron uno al lado del otro. Un aire de mando emanaba de él, recordándole a ella lo poderoso y viril que era.

—¿Es eso todo lo que te preocupa? ¿Tu estipendio?

—Me preocuparía por el efecto que tendría sobre Aiden, por supuesto.

Él se rio.

—Te preocupas por nada. Es sólo un disfraz, Sabrina.

Ella frunció el ceño.

—¿Un disfraz? ¿Y quién se supone que eres?

—Pues Darach el Negro, por supuesto. Si es necesario, recordaré a los ingleses que fue el único MacGregor leal a la corona.

Sabrina dejó de bailar.

—¿Vas vestido como Darach el Negro?

Con un movimiento hacia delante, la atrajo hacia sus brazos. Esto no formaba parte del baile.

—Sí, y al menos por esta noche, parece que eres mi esposa. —Su aliento se sentía caliente contra su oreja—. ¿Qué dices a eso?

Sus ojos se clavaron. Sus brazos la rodearon con fuerza, una mano presionando en la parte baja de su espalda. ¿Su mujer? Agudamente consciente de dónde la tocaba su cálida carne, sintió un hormigueo por el contacto. Esta noche algo intenso y audaz brillaba en sus fríos ojos azules. Su cuerpo respondió a él con una intensidad tan feroz que la dejó tambaleándose.

Aun así, fingió indiferencia.

—No diría nada, por supuesto. No es más que un fingimiento.

Su mirada se intensificó, buscando algo en su expresión. ¿Pero qué?

—Me gusta tu pelo suelto así, —dijo él, cogiendo un mechón y enrollándolo alrededor de

su dedo—. Es tan suave y bonito.

—En realidad es bastante corriente y sencillo.

Se rio entre dientes.

—Eres demasiado modesta, Sabrina. No tienes ni idea de lo hermosa que eres.

—Ahora me tratas con condescendencia.

Su expresión se volvió seria.

—Jamás. Eres hermosa pero nunca lo has sido tanto como en este momento. Vamos, ¿no crees en la magia?

Ella había creído una vez, casi lo dijo en voz alta. Cuando había permitido que un apuesto pícaro escocés la besara bajo las estrellas y ella le creyó cuando le dijo que era hermosa. Nunca más.

Se encogió de hombros ante su cercanía, sus palabras.

—La magia es para los jóvenes y los tontos. Yo no soy ni lo uno ni lo otro.

Detectó un parpadeo en su mirada.

—Uno nunca es demasiado viejo para la magia. —Su voz era suave—. Podría hacerte creer. Ya lo hice una vez.

Antes de que ella pudiera hablar, él la besó, acariciando sus labios con la boca de forma casi reverente. Ella se estremeció ante la dulce ternura de aquello e incapaz de resistirse, se puso de puntillas, enrollando sus brazos alrededor de su cuello y devolviéndole el beso.

Él gimió ante la respuesta de ella, sus brazos la rodearon con más fuerza, profundizando el beso. El suave masaje envió corrientes de deseo a través de ella y saboreó cada momento, una parte de ella preguntándose si sería su último beso. Sus manos exploraron los huecos de su espalda y ella se amoldó a los duros contornos de su cuerpo. Ella esperaba hambre y urgencia en

su beso como antes en la torre, pero esta noche el beso era reflexivo e íntimo. Desgarradoramente afectuoso y soñador. Un beso que haría creer en la magia incluso a un corazón endurecido.

Demasiado pronto, levantó la cabeza y le rozó la frente con un ligero beso.

—Entonces, ¿lo sientes? —murmuró contra su pelo—. Es tal como era entre nosotros hace diez años.

Los recuerdos volvieron precipitadamente y el dolor, reprimido y enterrado durante mucho tiempo, salió a la superficie en un estallido agonizante de angustia y pena.

—No soy la misma chica que conociste. Ella ya no existe.

—Och, pero creo que sí existe.

Los recuerdos de su abrupta partida la asaltaron, mellados e hirientes.

—No dejaré que vuelvas a hacerme esto.

Él enarcó una ceja oscura.

—¿Hacerte qué?

—Tomarte libertades conmigo porque te divierte. Sé que me mandaste llamar porque te daba pena. Yo... no tenía a dónde ir y tú lo sabías. Pero me contrataste para enseñar a tu hijo y nada más. No serviré como objeto de tu entretenimiento porque te aburren tus otros devaneos.

Parecía aturdido por sus palabras.

—¿Un objeto de entretenimiento? —La ira iluminó sus ojos—. ¿Eso es lo que crees que eres para mí?

—¿Por qué no iba a serlo? —Furiosa porque una vez más él le había hecho olvidar la razón y había expuesto sus más profundas vulnerabilidades, estuvo a punto de gritar—. Te he visto con Berenice. Esta vez sé que ella es tu prometida. Así que te pongo sobre aviso de que no permitiré

que me vuelvan a violar nada más que un... un... granuja vestido con falda escocesa.

Su voz se enfrió.

—¿Es eso realmente lo que piensas de mí, Sabrina? ¿Que soy un hombre que no puede mantener sus manos alejadas de una mujer? ¿Un hombre al que no le importa nada a quién se lleva a la cama?

—Eso es exactamente lo que pienso. —El dolor de su corazón la hizo temeraria con sus palabras—. Entonces, vuelve a los brazos de tu hermosa prometida y cesa tus devaneos conmigo.

Se apartó de él, odiando el hecho de que su voz sonara tan tensa y tan terriblemente, terriblemente... celosa. Desesperada, quería que se marchara antes de que se le saltaran las lágrimas y se humillara aún más.

El silencio se hizo pesado antes de que hablara.

—Creía que me conocías mejor que eso. Esperaba que lo hicieras.

Ella seguía sin atreverse a mirarle.

—¿Qué es lo que realmente sé de ti, Nial? Que tú me hiciste dulces promesas, ninguna de las cuales pensabas cumplir o que me rompiste el corazón cuando te fuiste sin una palabra ni explicación. ¿Cómo esperas que confíe en un hombre que llevó a su propia esposa a la muerte?

En cuanto se le escaparon las palabras quiso retirarlas. Horrorizada, se volvió hacia él, sorprendida por lo pálido que había quedado su rostro.

—Por la misericordia de Dios, Nial, lo siento. Estaba enfadada y dolida. No quería decir eso.

Era demasiado tarde. Los postigos cayeron sobre sus ojos, su expresión se volvió distante y fría.

—Supongo que tienes razón sobre mí después de todo. Qué amable de tu parte darme una

mirada muy honesta, si no brutal, de mi verdadero yo. Ahora, debo atender mis deberes y permitirle a usted que atienda los suyos. Eso será todo.

Con esas palabras mordazmente frías, abandonó el aula sin mirar atrás. Por un momento, Sabrina simplemente se quedó allí de pie, con un horrible dolor estrujándole el corazón.

Si él supiera lo mucho que ella aún le amaba. Pero ella no sería su amante. Porque hacerlo destruiría lo poco que quedaba de su corazón.

Capítulo 7

Nial debería haberse alegrado de que sus invitados estuvieran disfrutando del baile, pero no podía importarle menos. No importaba que la señora MacDougal y los demás sirvientes hubieran transformado el Gran Salón en un elegante retiro con cientos de velas y hermosos despliegues de flores. Un grupo de músicos vestidos de colores por los que había pagado una bonita suma de dinero tocaban en un rincón, mientras cerca una larga mesa nido gemía bajo el peso de docenas de platos de comida.

Los invitados se mezclaban, comían y bailaban con la alegría apropiada mientras Nial se abría paso obedientemente entre ellos, deteniéndose a charlar. Sabía que parecía el anfitrión impecable, cortés y generoso. Pero por dentro se sentía enfadado, abatido.

Ahora sabía lo que Sabrina pensaba realmente de él.

Sus acusaciones le escocían, más aún porque muchas de ellas habían sido ciertas. Él no era ningún santo y nunca había pretendido serlo. Pero sus sentimientos hacia ella eran diferentes. Siempre habían sido diferentes. Sin embargo, ella no le había creído, no había creído que sus besos fueran verdaderos. No confiaba en él, no podía confiar en él debido a su pasado. En muchos sentidos, él no la culpaba.

Maldita sea.

Esta noche había tenido la intención de revelar sus sentimientos, de disculparse por sus errores de los últimos años. Quería decirle que no amaba a Berenice y que no tenía intención de

casarse con ella. Pero nunca había sido bueno con las palabras y en su lugar pensó que sus besos, su pasión, transmitirían sus verdaderos sentimientos. Siempre le había funcionado en el pasado y, por eso, había esperado que pudiera funcionar con ella.

En lugar de eso, sólo había empeorado las cosas. Por desgracia, su mal reputación estaba interfiriendo en la relación más importante que había tenido nunca. En nombre de Dios, ¿cómo le había llamado ella?

Un granuja con falda escocesa.

Se encogió. ¿De verdad se lo creía?

Sin proponérselo, la buscó y la vio moverse entre los invitados. Permaneció cerca de Aiden, pero tuvo cuidado de no asfixiar al muchacho. Estaba tan encantadora y pura con aquel sencillo vestido azul. Aún más sorprendente, se parecía realmente a Megan MacGregor con su pelo castaño imposible de domar que le caía suelto sobre los hombros. No tenía derecho a ensuciarla, a mancharla con su reputación, pero que Dios le ayudara, aún la deseaba.

Apretando los puños, se dio la vuelta. Berenice murmuró algo y él forzó una sonrisa. Tendría que hacerle daño a ella también. Sin duda ella se recuperaría una vez que él allanara el camino con una buena cantidad de monedas. No se hacía ilusiones de que ella le amara, pero su rechazo dañaría mucho su orgullo. Aun así, haría lo que tuviera que hacer.

Vislumbró de nuevo el azul por el rabillo del ojo y se volvió a tiempo de ver a Sabrina y Aiden arremolinándose en el suelo. La emoción le apretó el pecho. La tendría sin importar lo que ella pensara de él. Tenía que haber una forma de reconstruir la frágil confianza que se había ido formando entre ellos. Pero primero tenía que demostrarle que no era un granuja y que sus intenciones hacia ella eran honorables.

Decidido, esperó a que la atención de Berenice estuviera en otra parte y se dirigió hacia Sabrina y Aiden. Se obligó a mantener una voz ligera sin rastro de su anterior enfado.

—Ah, señorita Bingley, ahí está. ¿Se está divirtiendo? —Hizo una mueca. Resultaba más que evidente que no era un ingenioso conversador.

Sorprendida, levantó la vista hacia él. Cuando vio sus ojos enrojecidos y supo que había estado llorando, su corazón dio un vuelco.

—Por supuesto, es un baile encantador, Sr. MacGregor. —Ella habló tan bajo que él tuvo que inclinarse para oírla—. Estoy agradecida por haber sido invitada.

Infierno y condenación. Así no era como él la quería, mansa y miserable. Deseaba demostrarle que ya no estaba enfadado, que comprendía por qué ella tenía ideas equivocadas sobre él. Pero, en nombre de Dios, ¿qué podía decirle con Aiden allí de pie y una sala llena de invitados todos preparados para escuchar convenientemente cualquier cosa que dijera?

—Ah, ¿le gustaría bailar?

Vio la confusión en sus ojos.

—Me temo que tendré que declinar. Aiden y yo estábamos a punto de retirarnos por esta noche.

—Oh. Ya veo... entonces... yo... —El silencio se extendió entre ellos. Nial buscó a tientas algo más que decir, pero como de costumbre, las palabras le fallaron. Peor aún, Aiden había empezado a mirarle con curiosidad.

Se aclaró la garganta.

—Entonces, le deseo buenas noches, señorita Bingley. —Saludó a Aiden con la cabeza—. Muchacho. —Cuando se dieron la vuelta, se dirigió directamente al balcón para soltar una retahíla de maldiciones. Heridas de Cristo, no tenía la menor idea de cómo manejar este lío que había montado con ella.

Antes de que pudiera reprenderse más, Berenice se acercó, enlazando su brazo con el de él.

—¿Bailas conmigo, Nial?

Respiró otra vez para estabilizarse. Durante una noche más, fingiría ser el hombre que ella creía desear. Pero mañana le diría la verdad. Su corazón estaba con otra.



Sabrina se despertó con un feroz aporreo en su puerta. Saltó de la cama, cogió una bata y se la envolvió. Una rápida mirada a la ventana le mostró que aún estaba oscuro. Abrió la puerta de golpe. Nial estaba allí de pie, todavía completamente vestido con su falda escocesa y a cuadros.

—¿Qué hora es?

—Tarde. Debes venir enseguida. Han herido a Aiden y el muchacho pregunta por ti. Te esperaré mientras te calzas.

—¿Está herido? —Avanzó a trompicones hacia el hogar y deslizó los pies en un par de zapatos. La tela escocesa de lana estaba rasposa y olía a Nial—. ¿Qué ha pasado?

—No lo sé exactamente. La Sra. MacDougal acaba de llamarme y he venido a recogerla. Date prisa, por favor.

El pánico la invadió.

—¿Dónde está?

La expresión de Nial se volvió sombría.

—En el corral de los sabuesos.

—No. Dios mío, no.

Tuvo que correr para seguir los pasos apresurados de Nial. Su manta escocesa la protegía del viento fresco, pero por dentro el miedo la helaba.

Vieron las antorchas que se balanceaban y oyeron el murmullo de voces cerca del corral de los perros mucho antes de ver a Aiden. Nial se abrió paso entre la pequeña multitud y saltó fácilmente la valla. Preocupado, se arrodilló al lado de su hijo. Aiden yacía de espaldas, agarrándose el hombro izquierdo, con lágrimas corriéndole por la cara. Aún iba vestido con su disfraz de pirata. Sabrina sintió una oleada de culpa y vergüenza. Debía de haberse escabullido después de que se hubieran dado las buenas noches. A ella no se le había ocurrido comprobar cómo estaba antes de irse a dormir.

¿Qué clase de institutriz era?

—Da. —El alivio cruzó su rostro cuando vio a Nial.

Nial cogió la mano del chico

—¿Qué ha pasado muchacho?

—Yo... estaba intentando trepar por la valla cuando me caí.

—¿Qué demonios estabas haciendo aquí abajo a estas horas?

Aiden miró a Sabrina avergonzado.

—Estaba demasiado excitado para dormir. Pensé en ver a los perros por última vez para poder mostrarte lo bien que ahora puedo manejarlos. Pero estaba oscuro y resbalé.

—¿Estás malherido?

Intentó contener las lágrimas.

—Sólo mi hombro, me temo.

Sabrina sintió que la humedad humedecía sus propias mejillas.

—Todo irá bien, Aiden.

—Lo siento. Lo he estropeado todo. Ahora nunca podré ir a la caza del zorro.

—Habrá otras ocasiones, —le tranquilizó Sabrina.

—¿Quién lo dice? —Nial soltó las palabras furioso—. No permitiré que vuelvan a hacerle daño a Aiden.

Aiden sacudió la cabeza.

—No estés enojado con ella, Da. La señorita Bingley me ayudó a ver que los perros no son tan temibles.

Era la primera vez que le oía llamarla por su nombre propio y la emoción se espesó en su garganta ante su defensa.

—He mandado llamar al médico. —Nial levantó a Aiden del suelo—. Descansarás en tu habitación hasta que llegue. —Entregó al niño por encima de la valla y en brazos de un hombre que estaba al otro lado. Tras saltar por encima, volvió a coger a Aiden en brazos.

Sin decir una palabra más, se encaminó hacia el castillo. Sabrina le siguió en silencio, con el corazón oprimido. Estaba segura de que pronto tendría que enfrentarse al momento que había estado temiendo desde su llegada.

Estaba a punto de ser despedida.

Después de que Nial hubiera acomodado a Aiden en la cama, le hizo un gesto para que entrara en el aula. Le siguió, dejando la puerta de Aiden ligeramente entreabierta.

En lugar de amonestarla inmediatamente, casi la ignoró, paseándose por el aula con las manos entrelazadas a la espalda. Aún llevaba su falda escocesa y, mientras se movía, ella vislumbraba fascinada sus muslos desnudos y musculosos.

Finalmente habló.

—Nial, lo siento. Debería haberte consultado antes de permitir que Aiden se acercara a los perros. Es que tenía tantas ganas de sorprenderte, de que te sintieras orgulloso.

Dejó de pasearse y torció el dedo.

—Ven aquí. —Ella dio varios pasos hacia delante hasta situarse casi codo con codo con él.

—¿Ha sido idea tuya o de Aiden? —Un brillo oscuro brilló en sus ojos.

—Mía.

Se rio, pero sin humor.

—¿Estás segura de que Aiden no te manipuló para hacer esto? ¿Planearlo para así poder librarse de sus obligaciones?

El pensamiento la sobresaltó e inquietó a la vez.

—No. —Entonces recapacitó. Cuando recordó la expresión de pura alegría en la cara de Aiden cuando acarició a los perros por primera vez, sacudió la cabeza con firmeza.

—No, estoy segura. Esto no fue ningún plan artero de Aiden.

Nial suspiró.

—Entonces es a ti a quien debo culpar de este percance.

—Sí, acepto toda la culpa. —Hizo una pausa y luego continuó—. Y sin embargo, siento que es mi deber señalar que parte de la culpa también es tuya.

Sus cejas se alzaron.

—¿Mía?

Como ella sentía que de todos modos sería despedida al final de la conversación, decidió ser completamente sincera con él.

—Sí, tuya. Si al menos le hubieras mostrado a Aiden algo de atención, él no habría estado tan hambriento de ella, y yo no habría estado tan dispuesta a ayudarle a conseguirla. Pero al parecer no te atreviste a dedicarle ese tipo de afecto. En lugar de eso, no has tenido más que la

más fría reserva para tu propio hijo, mientras pasabas el tiempo organizando cacerías de zorros y bailes, tonteando con mujeres viudas y besando a la institutriz.

Ya está. Salió un poco más atrevido y duro de lo que pretendía, pero lo había dicho. Y por la misericordia de Dios, era la verdad.

Por un momento él se limitó a mirarla con sorprendida incredulidad. Luego sus ojos se entrecerraron y ella vio destellos de fuego en sus profundidades.

—¿Te atreves a decirme cómo debo actuar con mi hijo?

—Alguien tiene que hacerlo. Apenas le muestras interés paternal.

Se enderezó.

—Eso no es cierto. Yo me ocupo de él, ¿verdad? Tiene un hogar, un nombre. Le he contratado una institutriz para que le enseñe los caminos del mundo. ¿Qué más esperas?

—Espero mucho de ti. Pero Aiden no espera nada. Simplemente quiere tu amor, tu afecto. Puede que no te des cuenta, pero te comportas de forma muy diferente cuando estás cerca de él. Es como si te convirtieras en otra persona: más formal, fría y distante. La mayoría de las veces, ni siquiera le miras directamente. Es como si hubieras erigido a propósito algún tipo de barrera entre Aiden y tú.

—Ya basta.

Ella ignoró su orden.

—Nial, no sé qué pasó entre tú y tu esposa, pero Aiden es inocente. ¿Te haría tanto daño bajar un poco esa barrera y llegar a conocerle? Es evidente que está dolido y tú también. Quizá juntos podáis resolver los problemas que os mantienen separados.

Antes de que pudiera responder, ambos oyeron un ruido en el pasillo. Nial salió y Sabrina le oyó saludar al médico. Ella esperó en el aula, escuchando el bajo murmullo de sus voces

mientras el médico examinaba a Aiden. Al cabo de poco tiempo, Nial regresó al aula.

—Parece que tenemos suerte. Aiden solo se ha hecho daño en el hombro. El médico se lo vendará.

—Gracias a Dios.

Su boca se tensó en las comisuras.

—A pesar de lo que pienses, Sabrina, sé lo que es mejor para mi hijo.

Ella suspiró.

—Sé que tienes buenas intenciones, Nial, pero ¿realmente las tienes? ¿Le has preguntado a Aiden qué opina de la posible unión entre Berenice y tú? Ya es bastante difícil para él llamar tu atención sin una esposa, y probablemente esté aterrorizado por lo que pueda pasar una vez tenga más competencia. Quizá si le aseguraras que todo irá bien una vez que te hayas casado, se sentiría más seguro sobre el matrimonio.

Hizo una pausa, frotándose los ojos con las yemas de los dedos.

—Ahora, habiendo dicho lo que tenía que decir, iré a hacer las maletas. Si fueras tan amable de encargarme un carruaje de vuelta a Alnwick por la mañana, te lo agradecería enormemente. —La miró fijamente con la boca abierta y luego la cerró de golpe. Para su asombro, ya no había ira en sus ojos, sólo tristeza y una profunda resignación.

—No te estoy despidiendo. No quiero que dejes de ser la institutriz de Aiden.

Fue su turno de sorprenderse.

—¿No quieres?

—No. Hay muchas cosas que necesito discutir contigo, pero ahora no es el momento. Tengo un hijo en cama con un hombro herido y un castillo lleno de invitados que esperan una gran cacería del zorro mañana. Sólo prométeme que no harás las maletas y te irás antes de que yo

haya dado mi opinión.

—¿Tu opinión? ¿Qué quieres decir?

—Ya lo verás. Te prometo que pronto todo quedará claro.

Capítulo 8

Sabrina se sentó en una silla junto a la cama de Aiden, leyéndole un cuento. Tenía los ojos arenosos por la falta de sueño, pero se negaba a dejar al niño solo. Había dormido sólo unas horas y luego se despertó dolorido cuando el sol de la mañana se asomó a través de las cortinas. Ella le había dado un tónico y ahora estaba sentado apoyado, con el hombro herido bien sujeto en un cabestrillo hecho con tiras de lino blanco. Una suave brisa recorría la habitación mientras que fuera de la ventana abierta caía una ligera llovizna veraniega. Sabrina se preguntó si la lluvia interferiría en la caza del zorro que, por lo que sabía, seguía prevista para mañana por la mañana.

Aiden se removió contra las almohadas.

—Te he metido en un lío con papá.

Ella sacudió la cabeza.

—No, yo me metí en problemas.

—¿Tendrás que irte?

—¿Quieres que lo haga?

Negó enérgicamente con la cabeza.

—No, prefiero que te quedes.

—Bueno, eso sí que es un cambio de opinión respecto a cuando llegué.

Se apartó nerviosamente las sábanas.

—Lo siento, Srta. Bingley, hay algo más que quiero preguntarte. Algo en lo que he estado pensando durante mucho tiempo.

—Puedes preguntarme cualquier cosa.

Asintió, su rostro palideció un poco.

—¿Crees que mi padre es un asesino?

Se le escapó un suave jadeo.

—¿Qué has dicho?

—¿Crees que mi da mató a mi mamá? —Repitió las palabras apresuradamente, como si ella le hubiera prohibido volver a decirlo.

Atónita, buscó las palabras a tientas.

—Aiden, ¿por qué pensarías algo así?

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Le vi. Aquella noche. La noche que murió mamá.

El pavor le subió por la columna vertebral.

—¿Qué viste?

—Estaban discutiendo. Él la siguió hasta la torre. Subí sigilosamente las escaleras para escuchar. Estaban discutiendo... sobre mí.

El dolor y la culpa en los ojos del chico le desgarraron el corazón.

—Aiden, a veces la gente discute por muchas cosas, incluso por sus propios hijos, pero eso no significa que no los quieran. De hecho, es algo bastante normal.

Aiden apretó los labios.

—M…Mamá estaba llorando y papá le gritaba. Le oí decir que no la quería y que ojalá nunca se hubiera casado con ella. Entonces, de repente, se hizo el silencio. Pensé que Da se iba así que corrí escaleras abajo y me escondí. Un minuto después, le vi bajar las escaleras. Nunca le había visto más enfadado. Cuando pasó, volví a subir a la habitación de la torre para ver a mamá. Pensé que tal vez podría hacerla sentir mejor. Abrí la puerta, pero ella no estaba. Fue entonces cuando me di cuenta de que la ventana estaba abierta.

Sabrina sintió como si una mano le apretara el corazón. ¿No se lo había contado a nadie?

—Oh, Aiden.

Le temblaba el labio inferior.

—Sabía que mamá no pudo salir de la habitación sin que yo la viera. Así que caminé despacio hasta la ventana y me asomé. Allí estaba, tumbada en el suelo, muy quieta.

Sabrina no pudo hablar. En lugar de eso, alargó la mano y le estrechó entre sus brazos y él se estremeció con sollozos desgarradores.

—Aiden, ¿se lo has contado a alguien más?

—No, —dijo con voz apagada—. Tenía miedo.

—¿De quién?

—De papá. ¿Hice algo para que discutieran así? ¿Hice algo para que se enfadara tanto?

—No. —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Nada de esto es culpa tuya.

—¿Entonces de quién es la culpa? —Sus ojos brillaban de humedad.

Sabrina le acarició el pelo.

—No lo sé, Aiden. La verdad es que no lo sé.

La mañana se convirtió en tarde y ni Sabrina ni Aiden hablaron de lo que el muchacho había visto en la torre del castillo la noche en que murió su madre. En lugar de eso, ella le llevó

la comida del mediodía y merendaron en la cama. Acababa de empezar a leer un nuevo libro cuando Nial apareció de repente en la puerta. Iba vestido con un traje de montar de color tostado y botas oscuras, claramente había estado en la caza del zorro con sus invitados. Para asombro de Sabrina, en lugar de su habitual saludo breve y formal desde el umbral de la puerta, se sentó en la esquina de la cama de Aiden y le dio unas palmaditas en la pierna.

—Así que tu secreto ha salido a la luz, muchacho. Has estado trabajando con los perros.

Aiden asintió.

—Siento lo que ha pasado, papá. Sólo quería demostrarte que ya no les tengo miedo. Al menos no la mayor parte del tiempo. ¿Verdad, señorita Bingley?

Ella sonrió y Nial volvió su mirada hacia ella.

Algo se agitó en sus ojos, pero no dijo nada.

—¿Tanto deseabas ir a la caza del zorro, Aiden?

—Ya no soy un niño.

—Tienes razón. Trabajaste duro para vencer tu miedo. Esa es realmente la acción de un hombre.

El muchacho sonrió con orgullo y Sabrina sintió que las lágrimas le punzaban los párpados. Nial la miró por encima del hombro, quizá buscando su aprobación. Ella sonrió y cuando él reanudó la conversación con Aiden, se escabulló de la habitación, dejándolos a los dos solos.

Se estaba secando los ojos con la esquina de un pañuelo cuando vio a Fergus arrastrando los pies por el pasillo, apoyándose pesadamente en su bastón.

—¿Cómo está mi nieto?

—Mejor. Nial está hablando con él ahora.

—Me alivia oír eso. Nunca supe que Aiden estuviera tan interesado en las cacerías de zorros.

—En realidad no lo está. Está más interesado en ganarse la aprobación de su padre. —Se le escapó antes de que pudiera evitarlo—. Lo siento. Parece que últimamente soy muy hábil diciendo cosas que no debería.

—Han sido tiempos difíciles. La muerte de Cora fue dura para los dos.

—Lo sé. Pero afortunadamente parece que Nial podría por fin intentar rectificar el pasado.

—Por tu culpa.

—No, porque creo que por fin se da cuenta de lo importante que es para Aiden.

Fergus se aclaró la garganta.

—No seas tan dura con Nial. Hay muchas cosas que no sabes. Muchas cosas que podrían hacerte cambiar de opinión sobre él.

—No hay nada que pueda importar más que amar a su hijo.

Fergus se pasó una mano nudosa por la frente.

—Ése es el problema, muchacha. Aiden no es su hijo.

Capítulo 9

Sabrina se quedó con la boca abierta.

—¿Qué ha dicho?

Fergus hizo un gesto con la mano.

—Sígueme al salón. El pasillo no es lugar para una discusión así.

Atónita, le siguió y esperó mientras él le pedía a la Sra. MacDougal que les trajera té dulce y galletas. Sabrina avivó el fuego añadiendo otro cuadrado de turba.

Cuando el ama de llaves les hubo servido y se marchó, Sabrina se sentó de nuevo en la silla y formuló la pregunta que le quemaba en la lengua.

—¿Qué quiere decir con que Aiden no es hijo de Nial?

Fergus miró tristemente al fuego.

—Cora tenía un amante.

Sabrina se sintió como si hubiera recibido un golpe en el pecho.

—Dios mío, —murmuró.

—Se llamaba John MacDonald. Un muchacho encantador y, en muchos aspectos, muy parecido a Nial. Cora quería casarse con John, pero su familia no lo permitió. Estaba destinada a Nial desde el día en que nació.

—¿Qué tenía que decir Nial al respecto?

Fergus se rio, pero no era un sonido alegre.

—Él no tenía nada que decir, muchacha. Conocía sus responsabilidades para con su familia y las conocía bien. Se casó con ella porque yo se lo dije.

Se levantó pesadamente sobre su bastón y se acercó arrastrando los pies a un mueble bajo de madera de donde sacó una botella de whisky. La acercó a las sillas donde estaban sentados y le preguntó si quería un poco en su té. Sabrina asintió y después de echarle el licor, se sentó y cogió su taza de té.

—El matrimonio fue un error desde el principio. Nial y Cora no eran el uno para el otro. Cora deseaba entretenerse y viajar mientras que Nial prefería la soledad. También fue una época en la que él empezó a cargar con más responsabilidades en el negocio, incluido el acuerdo que compartíamos con tu abuelo.

Sabrina dio un sorbo al té, apenas notando cómo el whisky quemaba en su garganta.

—Debió de ser una época difícil para él. Pero, ¿cómo sabe que Aiden no es su hijo? —Era una pregunta poco delicada y sus mejillas se calentaron al formularla. Pero tenía que saberlo.

—Nial empezó a viajar cada vez más a menudo. En parte era un interés genuino en el negocio, pero sospecho que era para escapar de Cora, de su unión sin amor. En un viaje, él estuvo fuera casi cuatro meses y cuando regresó, ella le confesó que estaba embarazada y que John era el padre.

Sabrina cerró los ojos, imaginando el dolor que debió causarle la revelación.

—¿Lo sabe Aiden?

—No, nadie lo sabe con certeza excepto Nial y yo, y ahora tú. Nial podría no habérmelo dicho si no fuera porque le encontré una noche en la biblioteca más borracho de lo que nunca le había visto. Nunca bebía en exceso, así que me asustó. Fue entonces cuando me contó lo que

había pasado. Me habían encargado que mantuviera a salvo los asuntos del castillo hasta su regreso, así que fue culpa mía no descubrir que Cora se había estado besuqueando con John.

—No puede culparse. —Sus pensamientos eran un torbellino—. Tampoco Nial puede culparse.

—Te aseguro que ambos lo hicimos. En muchos sentidos, fue un lío de nuestra propia cosecha.

Ella no sabía qué decir a eso.

—¿Qué hizo Nial?

—Fue a llamar a John MacDonald, por supuesto. Pero el canalla se marchó en cuanto supo por Cora del inminente nacimiento. Sabía que Nial volvería al castillo tarde o temprano. Lo último que supe es que había viajado al sur para tomar un barco con destino a América.

—Y sin embargo, Nial no repudió a Aiden.

—No, no lo hizo, aunque se lo pensó mucho. Finalmente le dijo a Cora que mantendría y cuidaría al muchacho como si fuera suyo. Pero la relación entre él y Cora se destruyó.

—Puedo entender por qué. —Dios del cielo, tantas cosas empezaban a tener sentido ahora. La frialdad entre Nial y Aiden, las barreras antinaturales en su relación.

—Aiden nunca ha sido un chico fácil de manejar. Sin embargo, es perspicaz. Creo que supo desde el principio que algo no iba bien entre él y su padre.

—Y llamó la atención de Nial de la única forma que sabía: desobedeciendo.

—Sí. Pero cada vez que Nial mira al muchacho, ve la traición de Cora.

—Debió de mirar a Cora de la misma manera.

Fergus cerró los ojos y Sabrina vio lo viejo que parecía.

—Todo esto fue más que suficiente para llevarla a la muerte.

Sabrina se sintió repentinamente mal del estómago. Dejó la taza de té y el platillo sobre la mesa y se levantó.

—¿Por qué me ha contado esto?

—Porque no quiero que Nial vuelva a cometer el mismo error.

—¿Qué error?

—Casarse con Berenice.

La indignación de Sabrina aumentó en nombre de Nial.

—¿No debería permitírsele tomar por fin sus propias decisiones?

—Sí, debería. Y por eso, por una vez, quiero que siga a su corazón.

Sabrina frunció el ceño.

—No lo entiendo. ¿Él no quiere casarse con Berenice?

Fergus sacudió la cabeza.

—No, muchacha, quiere casarse contigo. Es lo que quiso desde el principio.

Volvió a su habitación, profundamente conmocionada por la revelación de Fergus sobre Cora y Aiden y, sobre todo, por los supuestos sentimientos de Nial hacia ella. No tenía ni idea de qué pensar de su afirmación de que Nial había deseado casarse con ella. Lo más probable era que se tratara simplemente del deseo fantasioso de un anciano. Pero saberlo la perturbaba terriblemente.

No obstante, de algún modo consiguió dormir el resto de la mañana y hasta primera hora de la tarde. Cenó con Aiden en su habitación, evitando con éxito a Nial y a los invitados que se preparaban para la caza del zorro de la mañana siguiente.

Después de arropar a Aiden, durmió a pierna suelta, despertándose al amanecer y oyendo que el castillo ya bullía con los preparativos para el gran acontecimiento. Se vistió a toda prisa,

con la esperanza de respirar un poco de aire fresco antes de que comenzaran las festividades. Deslizándose fuera, utilizó las escaleras de los sirvientes y luego se dirigió al jardín. Estaba admirando las flores mojadas por el rocío cuando oyó pasos detrás de ella.

Se volvió, sorprendida al ver a Berenice. Vestida con un traje de montar de terciopelo azul, con el pelo oscuro recogido y una gorra colocada artísticamente sobre la cabeza, era una visión para la vista.

—Buenos días, señorita Binglan. Hace una mañana preciosa, ¿verdad?

Sabrina se tragó su fastidio.

—Es Bingley. Y sí, es una mañana encantadora.

Berenice sonrió y se encaramó al banco de piedra.

—Och, qué descuidada soy al equivocarme con el nombre de la institutriz. Debería tener más cuidado al hablar de los amigos de Nial.

—Sería muy amable de su parte.

Ella soltó una risita, un sonido profundo y gutural.

—No eres tan mansa como pareces. ¿Te importa si te pregunto cuán amiga eres de Nial?

—¿Perdón?

Ella soltó una carcajada.

—Soy una mujer, querida, y conozco bien a Nial. Te crees enamorada de él, ¿verdad? ¿Qué ha hecho? ¿Robarte un beso? ¿Susurrarte dulces promesas bajo las estrellas? Bueno, déjame decirte algo sobre Nial. Es un hombre que se lleva bien con las chicas. Es guapo, melancólico, encantador. Todas las mujeres que conoce se enamoran de él. No es más que una segunda naturaleza para él. Significa poco.

—Está usted muy equivocada.

—¿Lo estoy? —Berenice se estiró en el banco como un gato elegante y esbelto—. ¿No te has preguntado por qué te trajo realmente aquí? ¿Estaba aburrido o tal vez necesitaba algo de diversión para aligerar su tediosa rutina? No serías más que un capricho pasajero para él, ni siquiera adecuada para una amante de mucho tiempo. Al fin y al cabo eres sencilla y ordinaria. No erres una mujer que capturaría su fantasía por mucho tiempo.

Sabrina apretó los puños, con su ira aumentando rápida y furiosamente.

—¿Cómo se atreve a sugerir tal cosa?

La elegante gata enseñó las garras.

—Me atrevo porque Nial es mío. Tiene la intención de anunciar nuestros esponsales esta noche. Quería dejártelo claro. Solo eres una institutriz, una sirvienta a su servicio... y pronto al mío. Tu destino depende tanto de mí como de él. Así que pisa con cuidado.

Sabrina se sintió como si la hubieran abofeteado. ¿Nial iba a anunciar sus esponsales esta noche? Aunque había estado preparada para una eventual unión de los dos, no previó el aluvión de celos que la desgarró. Era el momento de demostrarle a Berenice que ella tampoco carecía de garras.

Levantando la barbilla, Sabrina dirigió a Berenice su propia sonrisa fría.

—Bien entonces, que gane la mejor. —Un calor satisfecho la invadió mientras el bello rostro de Berenice palidecía.

Sin decir una palabra más, Sabrina giró sobre sus talones y se alejó.



La caza del zorro duró toda la mañana y se alargó más allá del mediodía hasta que finalmente

regresaron los invitados. Sabrina se quedó de pie junto a la ventana de Aiden, observando cómo Nial montaba primero, con el pelo oscuro despeinado por el viaje. Berenice cabalgaba detrás de él, tan hermosa y regia como siempre. Hacían una bonita pareja.

En ese momento, vio a Nial levantar la cabeza, su mirada captando la de ella en la ventana. Sobresaltada de que él la hubiera visto allí mirando, dio un paso atrás.

Aiden apenas podía contener su excitación.

—¿Has visto a Da?

—Sí. Todos han vuelto.

—¿Crees que han atrapado al zorro?

—Supongo que sí, —Sabrina se acercó a la cama y rellenó las almohadas.

—Espero que Da suba pronto para contármelo.

—Estoy segura de que lo hará. —Se alegró de ver al niño de tan buen humor—. Tengo que atender algo ahora, Aiden, pero volveré más tarde.

Salió de la habitación, retirándose al refugio seguro de su propia cámara. Había estado considerando su situación todo el día y finalmente había llegado a una decisión. Después de que los invitados se fueran, le comunicaría a Nial su deseo de marcharse. No sería bienvenida en un castillo controlado por Lady Berenice ni tenía ningún deseo de vivir bajo la dirección de la mujer. Sólo rezaba para que el nuevo vínculo de Nial y Aiden se mantuviera y ambos disfrutaran de su relación.

Se sentó ante su escritorio, escribiendo algunas cartas de solicitud de puestos de institutriz en Londres y esperando que Nial estuviera dispuesto a darle una carta de recomendación. Aún tenía la pluma en la mano cuando llamaron a su puerta. Pensando que era la señora MacDougal, cruzó la habitación y la abrió.

Nial estaba allí de pie todavía vestido con su traje de montar, sus enormes hombros haciendo fuerza contra el abrigo. Su cabello oscuro había sido despeinado por el viento, sus mejillas enrojecidas por la cabalgata. Su presencia parecía llenar toda la habitación y él estudió su rostro durante un momento, pareciendo buscar algo en su expresión.

Su sensación de inquietud aumentó.

—¿Va todo bien con Aiden? Estuve con él hace poco.

—Aiden está bien. No he venido a verte por él. ¿Tienes un momento para hablar en privado conmigo?

—Por supuesto.

Sin decir nada más, la condujo a la biblioteca. Cuando ella estuvo sentada, él caminó hasta su lado del escritorio y se sentó, sin decir nada. En lugar de eso, golpeó con los dedos su escritorio y miró fijamente al espacio como si estuviera reuniendo sus pensamientos. Estaba nervioso, pensó sorprendida. El pícaro de Aberdour estaba visiblemente inquieto por algo.

El silencio se prolongó interminablemente hasta que Sabrina no pudo soportarlo más.

—¿Atrapaste al zorro?

Parecía aliviado de que ella hubiera hablado.

—Lamento informarte de que no lo hicimos. Supongo que la noticia te complace, sabiendo cómo desapruebas tal juego.

—Me complace en nombre del zorro.

Consiguió una risita, pero sonó apenada.

—Dicho diplomáticamente. —Calló de nuevo.

Sin saber cómo ayudarle más, Sabrina cruzó las manos sobre su regazo y esperó. Se había quedado sin conversación sin sentido, así que el resto dependería de él.

Finalmente habló.

—Tenías razón sobre mí.

—¿Sobre qué?

—He tratado mal a Aiden. He hecho mal. Sabrina... él no es mi hijo.

Le impresionó el crudo dolor de sus ojos.

—Lo sé. Pero en todo lo que más importa, tú sí eres su padre.

—¿Lo sabías?

—Tu padre me lo dijo ayer, instándome a que no te juzgara con dureza. ¿Por qué no me lo dijiste?

Suspiró.

—Pensé que si lo sabías empeorarían las cosas entre nosotros.

—Podría haberme ayudado a entender por qué trataste a Aiden como lo hiciste.

—Aiden no lo sabe.

—Quizá algún día debería... cuando sea lo bastante mayor para entenderlo. Pero entonces no importará. Eres el único padre que habrá conocido.

Le dirigió una mirada agradecida.

—Mi querida y sensata Sabrina. ¿Cómo me las he arreglado todos estos años sin ti? Si tan sólo pudiera ver la vida de la forma práctica que tú lo haces. Hay mucho que no sabes de mí... mucho que me avergüenza revelar. Aquel verano que estuvimos juntos, supe que estaba a punto de comprometerme oficialmente con Cora. No te lo dije. No pude.

La confesión era cruda y sencilla. Pero incluso después de todo este tiempo, dolía más de lo que le importaba admitir.

—¿Por qué no pudiste decírmelo?

—Porque no quería que nada estropeara nuestra magia. Y porque yo no la amaba y ella no me amaba. Ella amaba a otro, y hasta que te conocí, ni siquiera sabía lo que era el amor.

La ira burbujeó, se desbordó.

—Tú no me amabas, Nial. Si lo hubieras hecho, no te habrías marchado. Te habrías enfrentado a tu padre.

Suspiró.

—No te culpo por creer eso. Intenté plantarle cara a mi padre. Le dije lo que sentía por ti. Pero me hizo marchar al día siguiente sin ni siquiera permitirme despedirme. Y se lo permití. Pero eso no cambia el hecho de que te amaba.

Se puso en pie, apretando las manos en los pliegues de su falda.

—Basta, Nial. No digas eso. Por favor.

—¿Por qué, Sabrina? ¿Por qué te cuesta tanto oírlo?

—Porque no voy a dejar que vuelvas a romperme el corazón.

Se puso de pie, rodeó el escritorio hacia ella. Ella retrocedió dos pasos.

—No me toques.

—Sabrina...

—Lo digo en serio, Nial. No me toques.

—No te importó cuando te toqué antes del baile. Cuando nos besamos, sentí la pasión en ti.

Su cuerpo traidor la traicionó ante el mero recuerdo, su pulso latía de forma tan errática que casi perdió el aliento.

—Te pido que pongas fin a esta discusión.

Se acercó un paso más, sus ojos azules la miraban fijamente.

—¿Me temes, Sabrina?

—No.

—Estás mintiendo. ¿De verdad crees que le hice daño a Cora? —La ferocidad de su pregunta la tomó desprevenida.

—Yo... no lo sé.

Sus músculos se tensaron bajo la chaqueta como si se enroscaran para golpear.

—¿Me crees tan frío como para agarrar a mi mujer y empujarla por la ventana de la torre? Dime la verdad.

Antes de que ella pudiera responder, él acortó la distancia entre ellos, arrojándola a sus brazos. Ella jadeó cuando sus brazos la envolvieron como bandas de hierro. Sus manos quedaron atrapadas contra su pecho y aunque ella forcejeó, él sólo la sujetó con más fuerza.

—Me responderás, —le ordenó, mirándola con fiereza—. Necesito saberlo. ¿Crees que maté a Cora?

A Sabrina le ardía el aliento en la garganta.

—Aiden dijo que te oyó discutir con Cora en la torre la noche que murió. Sobre él. Te vio bajar furioso las escaleras de la torre y después se acercó sigilosamente a verla. Ella ya se había caído.

Un destello salvaje de conmoción y dolor le desgarró el rostro.

—¿Aiden la vio?

Se le hizo un nudo en el estómago.

—La vio.

Nial cerró los ojos y al cabo de un momento volvió a abrirlos.

—¿Cree que la empujé?

—No sabe qué pensar. Es sólo un niño. —Los músculos de sus brazos se endurecieron bajo la chaqueta.

—¿Y qué dices tú, Sabrina? Aún no me has contestado.

Ella reaccionó con furia al desafío en su voz. Furiosa porque él parecía capaz de bloquear y desbloquear su corazón a voluntad, lo fulminó con la mirada.

—¿Quieres la verdad? Entonces te diré la verdad. Eres, a veces, un granuja insufrible, arrogante y soberbio. Pero no eres un asesino, Nial MacGregor, y lo creo de todo corazón.

La miró fijamente durante lo que le pareció una eternidad, pareciendo sopesar la sinceridad de sus palabras. Luego, sin hacer ruido, bajó la cara hasta su pelo, sus brazos se deslizaron hasta su cintura para descansar en la parte baja de su espalda. La rigidez de su cuerpo pareció fundirse con ella y sus dedos dibujaron ligeros círculos en su espalda, su tacto casi insoportable en su ternura.

—Gracias, Sabrina, —murmuró contra su pelo—. Necesitaba oírtelo decir. Dios sabe que ni siquiera estaba seguro de que lo creyeras.

La soltó y dio un paso atrás, los musculosos brazos que casi la habían aplastado cayendo a sus costados. Aún profundamente conmocionada por lo que había ocurrido entre ellos, Sabrina trató de aquietar sus temblorosas manos.

La miseria marcó su rostro mientras la miraba.

—Hay algo más que quiero que sepas. Cuando Cora me dijo que estaba embarazada y que el bebé no era mío, monté en cólera durante una semana. Luego, después de pensarlo, le dije que lo criaría como mío. Ella me lo agradeció. Fue una de las pocas veces que la vi sonreír.

Sabrina sintió que se le apretaba el corazón.

—Pero las cosas no fueron como la seda.

—No, no lo hicieron. Empezamos a discutir con más frecuencia, más apasionadamente. Debería haber hecho algo. Debería haberme esforzado más por complacerla, pero era demasiado tarde. Para los dos. Anduvimos a trompicones durante varios años más antes de que ella, por fin, hubiera vivido la mentira lo suficiente. Saltar era la salida fácil, y mentiría si te dijera que yo mismo no lo había considerado.

Sabrina se tragó el nudo que tenía en la garganta.

—No me debes una explicación.

—Och, pero sí te la debo. Por esto y por mucho más. Significa más para mí de lo que nunca sabrás, oír que no crees que empujé a Cora. Te juro que no lo hice. Pero sigo siendo parcialmente responsable de su muerte. Por hacer de su vida un infierno y hacerla sentir como si no tuviera otra opción.

—Nial, lo siento. —Parecía todo lo que era capaz de decir. Lo sentía por Nial, lo sentía por Cora, lo sentía por Aiden y lo sentía por sí misma.

Se pasó los dedos por el pelo.

—Podría haberla seguido de no ser por Aiden. Ahora estábamos solos él y yo y no tenía ni idea de cómo manejar al muchacho. Luego estaba el asunto de Berenice.

—Por fin eras libre para casarte con ella y ella también era libre.

—Pero no podía dejar de pensar en ti... en nuestro verano juntos. Oí que habías rechazado a un pretendiente unos años antes. Me preguntaba por qué. Y no podía dejar de preguntarme en qué clase de mujer te habías convertido y si alguna vez me habrías perdonado.

Nunca pensó que diría esas palabras, pero para su sorpresa le salieron con facilidad. Y eran

ciertas.

—Te perdono, Nial.

Sus ojos se encontraron y se trabaron.

—Gracias de nuevo.

Ella suspiró.

—Y ahora que tu conciencia está tranquila con respecto a mí, eres libre para casarte con Berenice.

Sus cejas se alzaron.

—¿Con Berenice?

—Sí. Me ha dicho que tienes intención de anunciar tus esponsales esta noche.

—¿Esta noche? Sabrina, no voy a casarme con Berenice.

Ella parpadeó sorprendida.

—¿No lo harás?

—No, no lo haré. No pienso cometer el mismo error que cometí con Cora. No puedo casarme con Berenice porque mi corazón está en otra parte.

Para su total asombro, él se arrodilló, colocándose sobre una rodilla, y le cogió la mano, sus dedos cálidos y poderosos envolviéndola.

—Está en ti, Sabrina. Me enamoré de ti aquel verano en Inglaterra. Nunca había conocido a una muchacha tan segura de sí misma, tan aguda de ingenio, con la que estar me resultara tan agradable. Había encontrado a mi alma gemela y era demasiado joven y tonto para darme cuenta. Bueno, ahora soy más viejo y mucho más sabio. Y todavía te quiero.

Estaba tan asombrada por su revelación que simplemente se quedó sentada en estado de

shock.

—¿Me quieres ? ¿Todavía?

Él se rio.

—Intenté demostrártelo con mis besos, hacerte creer de nuevo en la magia, pero me consideraste demasiado atrevido... un pícaro. —Hizo una pausa, con la boca crispada en las comisuras—. Seré el primero en admitir que mi acercamiento no fue el más refinado.

Atónita, buscó a tientas algo, cualquier cosa, que decir.

—¿Cómo puedes estar seguro de que me amas? —Como si ella no supiera por sí misma lo que se siente al estar completa y absolutamente enamorada.

Consideró la pregunta.

—Porque a pesar de los años, mis sentimientos por ti no han cambiado. Lo supe en cuanto te volví a ver. Mi corazón se golpeó contra mi pecho con tanta fuerza que no podía respirar. Y cada vez que te he visto desde entonces, estoy tan nervioso como un muchacho. Se me resbalan las palmas de las manos y siento la lengua pesada. Debo decirte que incluso antes de que muriera tu abuelo, ya estaba tramando para traerte aquí, a Caisteal na Mara. Siento mucho la pérdida de tu abuelo, pero me dio la oportunidad perfecta para traerte aquí. Pensé que sólo tenía que romper la desconfianza que me tenías y hacerte ver que mis sentimientos eran verdaderos. En lugar de eso, fuiste tú quien me salvó, dándome la oportunidad de redimirme a través del amor de mi hijo.

La miró con una intensidad tan ardiente que le llegó hasta el alma.

—La verdad es que te traje aquí, Sabrina, porque tenía que saberlo. ¿Te amaba de verdad o sólo era un recuerdo de lo que una vez fue? Ahora lo sé.

Sabrina se sintió a punto de llorar, lo último del muro que con tanto esfuerzo había construido alrededor de su corazón se desmoronaba en polvo con sus palabras.

—No sé qué decir.

Él se levantó y la abrazó, estrechándola contra su pecho.

—Entonces di que me amas. Si no puedes hacerlo, al menos dame la esperanza de que podrías aprender a amarme.

Una emoción como nunca antes había conocido brotó de su garganta y se rompió, dejando brillantes lágrimas sin derramar en sus ojos.

—Sí te quiero, Nial. Siempre te he querido. Me hiciste creer en la magia, como me estás haciendo creer ahora. Pero tengo miedo. Me sentí terriblemente herida cuando te fuiste. Te lloré durante muchos años. No podría soportar que me dejaras de nuevo o que cambiaras de opinión.

—Nunca. Esta vez no. Cásate conmigo, Sabrina. Sé mi esposa y quédate conmigo para siempre.

Sin dudarlo más, ella le rodeó el cuello con los brazos, tirando de él hacia su boca.

—Sabes que lo haré. Pero, ¿cuándo se lo dirás a Berenice?

—Esta noche.

La promesa perduró entre ellos mientras sus labios reclamaban los de ella en un arrebato hambriento y posesivo. Y entonces ella no pensó más.

Capítulo 10

Sabrina contemplaba la puesta de sol desde el asiento de la ventana, con los nervios a flor de piel, los pensamientos tan dispersos que apenas podía pensar con claridad.

Nial la amaba.

Quería pellizcarse y a la vez temía despertarse y descubrir que todo había sido un sueño. Pero tenía que ser verdad. Su corazón rebosaba tanta felicidad que creía que iba a estallar.

No se atrevió a decírselo a nadie, ni siquiera a Aiden. De hecho, casi tenía miedo de asistir a la fiesta de clausura, aterrorizada de que todos vieran la alegría en sus ojos y supieran lo que Nial pretendía. Pero él le había pedido que viniera. Ahora, ella sólo tenía que actuar lo más normal posible, fuera lo que fuera eso.

Antes había tomado el té de la tarde con la señora MacDougal, que la había mirado con extrañeza. Pero, bendita sea, el ama de llaves no había dicho ni una palabra.

Ahora Sabrina puso especial cuidado en prepararse para el banquete, trenzándose el pelo y eligiendo su mejor vestido. Acababa de terminar de vestirse cuando Gladys llamó a la puerta y le entregó una nota. Desconcertada, Sabrina la cogió y cerró la puerta. Desplegó el pergamino y leyó la letra en negrita y desparramada.

Nos vemos en la torre norte a las seis y media. Es importante.

Nial

Perpleja, Sabrina volvió a leerlo. ¿Qué podía tener Nial que decirle que no pudiera esperar hasta después del banquete? ¿Y por qué deseaba reunirse con ella en la torre? Dobló la nota y se sentó en la silla frente al hogar. Su corazón latía incómodo. ¿Había cambiado de opinión después de todo?

Se levantó y fue a consultar su reloj sobre el escritorio. Ya eran casi las seis y media. Apresuradamente, salió de la habitación.

Caminando por el pasillo, oyó un ruido procedente de la habitación de Aiden. Sabrina decidió ir a ver cómo estaba.

Él sonrió cuando la vio, silbando con aprobación.

—Estás muy elegante.

Ella se encaramó a la cama junto a él.

—Por ese halago de bienvenida, te traeré algo de comida más tarde.

Él sonrió.

—Date prisa, ¿quieres? Tengo hambre. Trae budín de ciruelas.

Ella le dio una palmadita en la mejilla.

—Sólo si comes algo de venado primero.

—¿Debo hacerlo?

—Sí, debes. —Ella se levantó, caminó hacia la puerta y se detuvo en el umbral—. Aiden, ¿sube a menudo tu padre a la habitación de la torre?

Parecía sorprendido por la pregunta.

—A veces. ¿Por qué?

—Bueno, me ha invitado a subir para hablar.

—¿Sobre qué?

Ella levantó las manos con impotencia.

—Algo importante que aparentemente no puede esperar hasta después del banquete. Te lo contaré más tarde.

Sonriendo, se dirigió hacia las escaleras de la torre. Subió, agradecida de que Nial hubiera encendido las antorchas hasta arriba. Cuando llegó a la puerta, empujó el pestillo y la puerta se abrió de golpe. De pie en el umbral, pudo ver que Nial aún no había llegado, pero la ventana estaba abierta de nuevo. El mismo gemido espeluznante resonó en la habitación trayendo a su mente la leyenda de Megan MacGregor y cómo supuestamente embrujaba la habitación. Se le erizaron los pelos de la nuca.

Decidida a esperar a Nial al pie de la escalera, Sabrina se dio la vuelta para salir cuando oyó un ligero ruido detrás de ella. Antes de que pudiera moverse, algo duro la golpeó en la nuca.

—No, —respiró mientras el mundo se volvía negro.



Nial estaba en el patio, ayudando al jefe de cuadra, Mac O'Donnelly, a calmar a un inquieto corcel. Uno de los invitados había sacado al caballo a dar un paseo y, por alguna extraña razón, la bestia se había vuelto incontrolable. Nial siempre tenía un tacto hábil con los caballos y sentía un cariño especial por este corcel, así que salió corriendo a ayudar a Mac a pesar de que ya estaba vestido con todas sus galas para la cena.

—¡Maldita sea! —maldijo Nial cuando el corcel estuvo a punto de darle una patada en la pierna—. ¿Qué le ha dado esta noche? Estaba bien durante la caza del zorro.

—No lo sé, señor, —dijo Mac, escapando a duras penas de un golpe en las costillas—.

Nunca le había visto actuar así.

—¿Alguien le golpeó?

—No que yo sepa, señor. Me parece que le duele el estómago. Como si hubiera comido algo podrido.

Una pequeña multitud había empezado a formarse a su alrededor. Nial se secó una gota de sudor de la frente y se detuvo para recuperar el aliento cuando el caballo se calmó momentáneamente. Demasiado para su impecable traje de noche. Tendría que volver a cambiarse antes de la cena.

Mac acababa de ofrecerle al corcel un terrón de azúcar como soborno cuando Nial se dio cuenta de repente de que Aiden caminaba inestablemente hacia él todavía vestido con su ropa de cama.

Nial soltó las riendas y corrió hacia el muchacho.

—Aiden. Dios mío, ¿estás bien? ¿Qué haces fuera de la cama? —Se arrodilló frente al muchacho, notando que su rostro estaba mortalmente blanco y contorsionado por el dolor.

El chico necesitó un momento para respirar.

—Yo... miré por mi ventana y te vi en el patio, Da. Estás aquí.

Nial frunció el ceño, desconcertado.

—Sí, Mac necesitaba mi ayuda con el corcel. ¿Dónde iba a estar si no?

Un hilillo de sudor resbaló por la sien de Aiden y Nial se dio cuenta del esfuerzo que le había costado al chico llegar hasta allí.

—Pero la señorita Bingley dijo que querías reunirte con ella en la torre norte. Ahora.

Nial sintió que el mundo se detenía por un instante, que el corazón le daba un vuelco en el pecho.

—Quédate aquí, —ordenó al muchacho y corrió hacia el castillo a toda velocidad.



Sabrina volvió en sí, con la cabeza martilleándole y el estómago revuelto. La habitación parecía dar vueltas, así que parpadeó, pero el movimiento no se detenía. Fue entonces cuando se dio cuenta de que alguien la había agarrado por debajo de las axilas y la arrastraba por el suelo... hacia la ventana abierta.

—¡No!

Giró el cuerpo hacia un lado, haciendo que su atacante perdiera el equilibrio. Sabrina rodó hacia un lado, liberándose del agarre de su captor. El movimiento casi le provocó arcadas y la vista le daba tantas vueltas que apenas podía ver. No obstante, consiguió ponerse en cuclillas entre sus faldas.

Pudo ver cómo su atacante se desdibujaba y luego se dividía en dos figuras. Sabrina parpadeó con fuerza hasta que volvió a convertirse en una sola figura.

—No te muevas. —La forma habló de forma casi tranquilizadora.

Sabrina se sobresaltó al oír la voz familiar.

—¿Señora MacDougal? ¿Qué hace usted aquí? Alguien me golpeó y... —Sus palabras se interrumpieron cuando el ama de llaves se acercó un paso, bloqueando la puerta. Los rayos menguantes del sol brillaban en un puñal en la mano de la mujer.

Sabrina se llevó una mano a la cabeza.

—¿Usted? Usted me golpeó. Pero, ¿por qué?

La Sra. MacDougal dio un cuidadoso paso adelante.

—Porque no voy a dejar que le des a Nial ni siquiera un momento de felicidad. Se merece sufrir como ella.

Sabrina se puso en pie.

—Cree que asesinó a Cora. —Se estabilizó, intentando ignorar el salvaje latido de su cabeza.

—Sí, la asesinó. —Una fría rabia puntuaba cada palabra—. La llevó a la muerte con tanta seguridad como si la hubiera empujado con sus dos manos.

—Así que sabe que no la empujó.

—Puede que no físicamente, pero la envió a la muerte. De eso estoy segura.

—Era una unión condenada desde el principio. —Sabrina retrocedió hasta sentir la fría pared—. Seguro que no puede poner la culpa sólo sobre sus hombros.

—Era mi sobrina... mi bebé. La crié como si fuera mía. Y ella cuidó de mí trayéndome aquí para dirigir su hogar. Pero le fallé.

Los ojos de Sabrina se abrieron de golpe. Había supuesto que la Sra. MacDougal había estado en la casa de Nial desde que era un bebé. Pero había sido Cora quien la había traído al castillo y allí residían sus lealtades.

—Cora era muy joven y estaba asustada. Y él no la quería.

—Ella tampoco le quería.

—Ella podría haberlo hecho si él le hubiera mostrado verdadero afecto. Pero ella me dijo que por la noche, cuando él dormía, murmuraba el nombre de otra.

—¿Q… quién?

—El tuyo, muchacha. Soñaba contigo.

Su corazón se apretó de emoción.

—No sabía que él estaba prometido a ella.

—Sin embargo, te costará la vida.

Mirando detrás del ama de llaves, Sabrina se dio cuenta de que la pared estaba en un ángulo extraño. Parpadeó pero la pared permanecía donde estaba, extrañamente desalineada con el resto de la habitación.

Sabrina comprendió de repente.

—Un pasadizo secreto. Así es como subiste aquí sin que nadie te viera. Fuiste tú quien siguió abriendo la ventana.

La Sra. MacDougal asintió.

—Es uno de los muchos pasadizos que fueron sellados desde la muerte de Darach el Negro. Él los utilizó para evadir la captura de sus vecinos escoceses mientras ayudaba descaradamente a los ingleses. Tras su muerte, los pasadizos fueron sellados. Reabrí éste con la ayuda de John MacDonald.

—El amante de Cora.

—Sí, fui yo quien ayudó a reunir a los verdaderos amantes. Aquí fue donde se conocieron y amaron, a salvo de las miradas indiscretas de los demás en el castillo. Cora era tan feliz.

—¿Cómo pudo hacerle eso a Nial? —La ira de Sabrina subió a la superficie—. Con tiempo, podrían haber conseguido que su matrimonio funcionara.

Frunció el ceño.

—Nunca. Y mírale ahora, el bastardo sin corazón. Cora apenas estaba fría en su tumba antes de que él te mandara llamar. Pero no voy a dejar que su pequeño plan funcione. Sin ti, se volverá por fin hacia la pobre y afligida viuda Berenice Lokhhart. Ella le hará la vida completamente lúgubre, igual que hizo con la de Cora. Que viva la vida que le impuso a ella. —

De nuevo se echó a reír agitando el puñal delante de ella.

Sabrina buscó desesperadamente alguna escapatoria. El ama de llaves ya se había acercado a menos de dos pasos de ella.

Haciendo acopio de un coraje interior que no sabía que poseía, Sabrina se lanzó hacia delante y golpeó con el pie directamente la rodilla del ama de llaves. Echó a correr de lado hacia la puerta, pero la señora MacDougal alargó la mano y agarró un puñado de sus faldas, tirando de ella hacia atrás. Sabrina dejó que toda la fuerza de su cuerpo golpeara al ama de llaves, lanzándolas a ambas contra el suelo de piedra. Sabrina consiguió apartarse rodando, pero la señora MacDougal se recuperó rápidamente y volvió a embestirla, aparentemente furiosa por su falta de voluntad para irse dócilmente.

Sabrina se volvió y corrió hacia el pasadizo secreto. Había dado uno o dos pasos dentro cuando la señora MacDougal chocó contra ella por detrás blandiendo el puñal. Sabrina giró su cuerpo hacia un lado en el último momento y la hoja se deslizó en la parte superior de su brazo derecho. Un dolor abrasador la envolvió y gritó, empujando al ama de llaves con todas sus fuerzas.

Con un grito de triunfo, la señora MacDougal arrancó el puñal, apuntando una vez más a su cuello. Sabrina se arrojó a un lado del estrecho pasadizo, estrellando su cuerpo con fuerza contra la pared derruida. El puñal falló en su cabeza por un pelo, y envió una lluvia de pequeñas piedras deslizándose hasta el suelo. Un destello brillante de algo alojado en la pared captó su atención, pero no tuvo tiempo de examinarlo más a fondo. La Sra. MacDougal se abalanzó, agarrándole el brazo herido y retorciéndoselo con fuerza a la espalda. Sabrina sollozó mientras un dolor agonizante la atravesaba. La sangre, caliente y espesa, corría por su brazo y espalda, su vestido estaba empapada y pegajosa. Aun así, luchó hasta que sintió el frío metal del puñal contra su garganta.

—Para. —El ama de llaves apretó más fuerte. —No luches más contra mí, muchacha.

Déjame ayudarte a acabar con esto lo más pacíficamente posible.

Las piernas de Sabrina temblaban, su visión se nublaba por las lágrimas. El ama de llaves la medio cargó, medio arrastró por el suelo, el puñal pinchándole la piel y haciendo que un hilillo de sangre caliente resbalara por su cuello.

La señora MacDougal condujo a Sabrina hasta la ventana abierta.

—Que te vaya bien, muchacha.

Las lágrimas corrían por las mejillas de Sabrina y ni siquiera se había dado cuenta de que estaba llorando. No quería morir así... como Cora. Sin tener la oportunidad de volver a ver a Nial.

De repente, la puerta de la torre se abrió de golpe. La señora MacDougal gritó de rabia y Sabrina miró por encima del hombro, viendo a Nial lanzarse hacia ella, con la cara llena de miedo.

La señora MacDougal le dio un empujón. Sabrina gritó y le tendió una mano justo cuando empezaba a caer por la ventana.

—¡Nial!

Capítulo 11

A Nial se le cayó el corazón a los pies cuando vio a Sabrina en la ventana abierta. En el momento más largo y agónico de su vida, se lanzó hacia delante, apartando a la Sra. MacDougal de su camino y cogiendo la mano de Sabrina justo cuando empezaba a desaparecer por el lateral.

Apoyó el cuerpo contra el alféizar de la ventana, aferrándose desesperadamente a Sabrina y haciendo una mueca cuando la Sra. MacDougal chilló y saltó sobre su espalda, blandiendo el puñal. La hoja rebanó su chaqueta y atravesó la carne bajo su hombro derecho. Apretando los dientes contra el dolor, le clavó un codo con fuerza en el estómago, oyendo cómo se quedaba sin aliento al caer jadeante al suelo.

Con el sudor empapándole las sienes, arrastró a Sabrina de nuevo por el alféizar y entró en la habitación. Una rápida mirada le indicó que respiraba, pero se había desmayado. La tumbó con cuidado en el suelo y luego se levantó para ocuparse de la señora MacDougal, que aún sostenía un puñal y se acercaba a él blandiendo el arma.

—Mataste a Cora y alejaste a John MacDonald de ella. Le robaste cualquier oportunidad de ser feliz.

Nial luchó por controlar su rabia.

—¿Por eso has hecho esto? ¿Para verme pagar por ello?

—¿Por qué no deberías sufrir como ella? Cora no lleva siquiera seis meses en su tumba y ya la has traído aquí.

—Sé que querías a Cora y siento que la hayas perdido. Todos la perdimos. Cora y yo éramos jóvenes y tontos cuando nos casamos, completamente inadecuados el uno para el otro. Y ambos estábamos enamorados de otra persona. Nunca quisimos hacernos daño, pero simplemente era nuestra suerte en la vida.

—¿Cómo pudiste no amarla? Era perfecta.

Por alguna razón, se sintió obligado a responder.

—Los asuntos del corazón son más complicados que eso. Y deberías saber que Sabrina es inocente. Ella no sabía que yo estaba prometido a Cora.

—Eso no importa. No voy a dejar que te dé un momento de alegría o de paz.

Nial se miró las manos y vio que estaban pegajosas de sangre. Su temperamento se encendió de nuevo, caliente y cegador.

—Has hecho daño a Sabrina. Sabes que aún puedo cometer un asesinato en esta torre.

Ella chilló y se lanzó sobre él, con el puñal apuntando a su corazón. Con un fuerte manotazo, le quitó el cuchillo de las manos y éste cayó estrepitosamente por el suelo, desapareciendo en un pasadizo secreto que él creía sellado desde hacía tiempo. Ella volvió a abalanzarse sobre él, golpeándole y arañándole la cara con las manos desnudas. Él la apartó de un tirón y la arrojó bruscamente a un lado. Ella se estrelló contra la pared de piedra y se desplomó en el suelo.

—¿Nial?

Era Sabrina que yacía bajo la ventana. Él se volvió, con el corazón alojado en la garganta. Se arrodilló junto a ella.

—Vas a estar bien, mi amor. —Se encogió de hombros para quitarse el abrigo y luego se quitó la camisa. Con un agudo rasgón, rasgó el material por la mitad. Cogió una tira y empezó a enrollársela alrededor del brazo para detener la hemorragia.

Ella le miró fijamente.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Aiden. Me dijo que habías venido a verme. Imagina mi sorpresa al oírlo.

Sabrina giró la cabeza hacia el pasadizo.

—Encontró el pasadizo.

Nial hizo una pausa, manteniendo la tira quieta.

—Lo vi. Creía que el pasadizo estaba sellado desde hacía tiempo.

—La Sra. MacDougal lo abrió hace años con la ayuda de John MacDonald. Nial, aquí es donde Cora se encontraba con él.

Se le revolvió el estómago, pero siguió vendándole el brazo con calma.

—Haré que lo sellen de nuevo.

—El tesoro está ahí.

Su ceja se alzó.

—¿El tesoro?

Ella asintió, mordiéndose el labio inferior.

—Lo vi con el rabillo del ojo en la pared de piedra. Una especie de joya roja, envuelta parcialmente en una tela. La Sra. MacDougal la reveló sin querer cuando intentó herirme. Creo que puede ser el tesoro de Darach el Negro. Ahora es tuyo.

Deslizó los brazos bajo su cuerpo, levantándola y estrechándola contra su pecho desnudo.

—Mi querida Sabrina. Ya tengo el tesoro de Darach el Negro.

Ella frunció el ceño.

—¿Lo tienes?

Él le dio un beso en la nariz.

—Megan MacGregor era el tesoro de Darach el Negro. La leyenda dice que ella era más preciosa para él que mil gemas. Es lo que todo hombre MacGregor busca. Ese tesoro no yace envuelto en una tela y escondido en un pasadizo secreto. Yace en mis brazos ahora mismo.

Sabrina suspiró.

—Eso es lo más romántico que he oído nunca.

Nial sonrió, un mechón de pelo le cayó sobre la frente mientras le daba otro beso en los labios.

—He sabido que la joya estaba ahí todo el tiempo. Permanece donde está para perpetuar la leyenda. Algún día nuestro hijo buscará el tesoro y encontrará que su mayor recompensa no está en una fría piedra, sino en los cálidos brazos de la mujer que ama.

Sabrina le rodeó el cuello con los brazos, atrayendo su boca hacia la suya.

—Es un cuento precioso.

—En efecto, lo es. —Él la estrechó contra sí y descargó ligeros besos sobre su frente—. Un cuento de amor verdadero y magia. Por fin reclamo el tesoro MacGregor para mí. Y pretendo cuidarlo y entregarme a él, el resto de mi vida.

Notas